-7-

RELACION DE LA CATÁSTROFE

DEL VAPOR

AMÉRICA

POR

SU COMANDANTE B. BOSSI

Conteniendo esplicaciones, esposicion de los hechos, documentos relativos, apreciaciones de la prensa, sumaria, vista fiscal, resolucion del Juez competente y de la Comision de guerra y marina Italiana



MONTEVIDEO
Tipografia Italiana de B. Bossi, Piedras 121
1872

-7-

RELACION DE LA CATASTROFE

DEL VAPOR

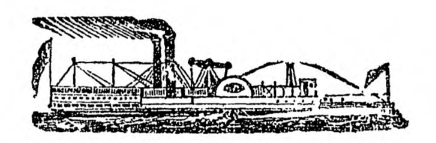
AMÉRICA

POR

SU COMANDANTE B. BOSSI

Conteniendo esplicaciones, esposicion de los hechos, documentos relativos, apreciaciones de la prensa, sumaria, vista fiscal, resolucion del Juez competente y de la Comision de guerra y marina Italiana.

Al ilustrado Sor Dr Eduardo de la
en prueba de estima
B. Bo



MONTEVIDEO
Tipografia Italiana de B. Bossi, Piedras 121
1872

ESPLICACIONES NECESARIAS

> Lo que mas mata en las grandes conmociones, no es el aullido del tigre, ni el estallido del trueno, ni el mugido de las furiosas olas; mata sí, la garra que abre la herida, el rayo que calla en el espacio y el escollo que destroza.

I.

La mas grande calamidad que puede pesar sobre el hombre, es la injusticia de sus semejantes — si ella no le mata le anonada, y no hay fuerza de voluntad que baste, ni conciencia de su inocencia que le libre de las garras de ese monstruo devorador de lo mas sagrado del hombre, la calumnia. Oh! si todos tuvièramos que sufrir una sola vez en la vida la injusticia de nuestros semejantes, cuantas lágrimas, cuantos dolores se le evitaria á esta pobre humanidad. — Fíjese la vista en un hombre herido por esa cruel arma, ayer no mas le habreis visto lleno de vida y esperanzas, hoy le vereis triste, abatido y marchito, cual flor destrozada por el huracan.

La cólera puede ser un placer, la venganza un alborozo, y todas las pasiones del hombre seràn un consuelo, pero la injusticia es un aguijon que penetra y desgarra las carnes, es el dolor permanente que priva de todos los mas dulces consuelos de los nobles corazones.

Es un loco, un nècio, oireis decir, como si fuera la primera victima de la calumnia y de la maledicencia, todo pasa en este mundo, brevemente nadie se ocuparà mas de ello, y asi con la misma lijereza que se le atacò se le defenderà,—nada hay duradero en la vida. ¡ Insensatos ! tambien desaparece la calentura, mientras tanto os abraza y atormenta, y muchas veces los rastros que ella deja son peores que la misma dolencia.

Es verdad que si fuí calumniado por unos cuantos que solo saben

insultar contando con la impunidad, caeria en la tacha de ingrato, si no hiciera pùblica mi gratitud à todas esas distinguidas personas que me honraron con sus visitas; mientras que en la calle se especulaba con el honor ageno en boletines, sin miramiento à mi familia y à mis hijos, que son tambien americanos, cientos de voces amigas encubrian esos gritos y alaridos salvages que no abonaban mucho en favor de los especuladores — jamàs olvidaré esos leales amigos, que con sus cariñosas atenciones dulcificaban mis sufrimientos físicos y morales.

No es bien cierto envidiable la conducta de esos séres que aprovechan de la ocasion para aumentar las angustias de la familia de esa víctima del acaso ó de la asechanza; por muy acostumbrado á esa vida de rencores y venganzas, la conciencia es un juez terrible, pues à ella los entrego.

II.

En cuarenta años de residencia en estos paises, creo en mi calidad de Comandante de Paquete,haber prestado mas de un servicio, y servicios de cabezas que no se pueden corresponder. — Nadie podrà decir que me he escusado jamàs, sin distincion de color político cuando se me ha solicitado un servicio, todo lo he espuesto para ser útil al perseguido— pues cuando creia haberme labrado una posicion de aprecio, la mas negra ingratitud se ensañó contra mi persona; triste leccion para los que como yo se decidan fundar una familia y dejar sus restos aquí. Es verdad que no todos sus habitantes son acreedores à un juicio tan severo; la prueba de que hay escepciones, la tuve en esas numerosas personas que me visitaron, mientras que otros me crucificaban.

III.

En los primeros momentos de esaltacion tuve que soportar y tolerar no las quejas de los que habian perdido objetos queridos, sino los mayores insultos que avergonzarían à los salvages de la Australia, de personas que para encubrir su cobardía y odiosidad, descargaban contra el mas infortunado toda su hiel; estos no buscaban al culpable, solo querian una víctima.

En efecto, hallaron el terreno preparado; hacía tres años que con una constancia digna bien cierto de mejor causa, era yo el blanco de gratuitos enemigos, pero hasta entonces ocultos unas veces, y otras, valièndose de la prensa ligera que à todo se presta — fué tal la guerra que en esos tres años se hizo à mi empresa, que seria tarea demasiado àrdua para describirla — así es que para no cansar al lector, me limitaré à ciertos hechos los que creo suficiente para dar una idea del resto.

En el acto de llegar de los Estados-Unidos, el ataque fuè al vapor que venia precedido de tanto renombre y de tantos elogios; la envidia por una parte que no duerme, y los del mismo oficio, empezaron á propagar tantas falcedades, sin sentido comun es verdad, pero las que no dejaban de hallar eco entre los ignorantes y los predispuestos siempre al mal — dieron principio con decir de que el *Amèrica* por su volúmen no podia resistir los vientos ni la mar, mientras tanto acababa de atravesar el Atlàntico de Norte y Sur, y habia dado prueba de su sólida construccion en el famoso temporal que obligò à arribar à muchos vapores y buques de grande porte, siendo el *America* el que habia sufrido menos. Visto que era inconmovible à la mar y al viento, y que mi constante vigilancia podia evitar hasta cierto punto el fuego, cesaron en su tarea contra el vapor y cambiaron de tàctica — Dejaron descansar à este, dirijiendo todos sus tiros al Comandante; si este hubiera sido nuevo en el país, podríase llegar à creer que era tal cual lo pintaban, pero este tenia treinta y tantos años de Comandante de Paquete, y recien despues de viejo le notaron que era grosero, sin educacion, tirano, cruel è intratable, y así ya de un modo, ya de otro, una vez por el vapor, y otra por el Comandante, se perjudicaba los intereses de la empresa, por consiguiente, esta se veria en la necesidad de vender el vapor à bajo precio, para comprarlo los que mas se empeñaban en desacreditar à ese hombre qen en realidad, solo tenia el delito de haber dirijido la construccion del mejor vapor que surcó las aguas del Plata y de ser su comandante.

En efecto, huvo un momento que casi consiguieron su objeto.... pero infelizmente para mi no se realizò, asi estaba escrito en el libro del destino de que yo habia de ser víctima espiatoria de mi propia obra; la que me habia elevado hasta sentarme al lado de un Monarca, tambien debia servir para undirme en un pièlago de disgustos sin fin.

IV.

Muchos avisos tuve de que estuviera alerta por el fuego, à cada uno de estos avisos redoblaba mis cuidados, y para defenderme en el puerto obligaba à mis oficiales à hacer la guardia de noche; con todo, nada basta cuando el enemigo asecha. — Un viage desembarcamos en Buenos Aires como de costumbre, varios cajones mercaderias embarcados en Montevideo; no pareciendo nadie à reclamar dos cajones, la Aduana quiso averiguar lo que contenian, y quedaron estupefactos al hallar **cartuchos de fusil á bala**—llamado al Agente para que diera esplicaciones, este llevó el libro respectivo, el que indicaba á quien iban dirijidos; se trató por todos los medios de averiguar la existencia de esa casa, inutilmente se buscó, en Buenos Aires no existia; se pide informe á la Agencia de Montevideo, esta contesta que habia cobrado el flete, pero buscada con empeño la casa remitente, tampoco existia, ambos nombres eran supuestos —**juzgue el lector los medios que emplearon mis enemigos : y me acusan aun de haber sido demasiado severo en mi manifiesto!**

Pues, esa noche que llevábamos ese terrible enemigo à bordo como no volamos, son misterios incomprensibles — los cajones de mercaderia se colocaban sobre la cubierta à los costados de la màquina ó à proa, à donde los pasageros de segunda clase se sentaban, dormian y fumaban; estoy cierto que mas de uno fumó esa noche sobre ellos, y asi mal clavados, casi abiertos, no sé como no cayó una chispa é incendió esa mína; vuelvo à decir, son acontecimientos que no se pueden esplicar. — El caso es, que salvamos milagrosamente de una muerte segura.

No habia viage que no se embarcàra alguno para promover desórdenes, y asi tener un motivo siempre nuevo para atacarme y precipitar la ruina de mi naciente empresa. Las circunstancias fatales del pais desde mi llegada, habian contribuido bastante à que ella no fuera próspera, y acompañada de esa tenaz guerra, seguramente el capital disminuiria de valor —Un dia lleguè à creer que no siendo la època favorable á esas empresas, desistirian de la persecucion — bien lo necesitaba, moral y fisicamente, ya estaba aniquilado, enfermo viajaba, me sentia desfallecer; la lucha que habia sostenido era superior á las fuerzas de un hombre; yo solo combatia contra un ejèrcito de fantasmas que me herian impunemente sin siquiera poderme defender.

V.

Dias antes de la catàstrofe, el Sr. Pearsons vino à Montevideo, y abordo me refirió que se habia presentado una persona desconocida para comprar el *Amèrica*; al darme esta noticia pasò en mi una cosa estraordinaria; senti un malestar sin poderme esplicar la causa; con todo, le dije que me alegraba mucho esa noticia porque ya me sentia desfallecer, que la tarea era superior à mis fuerzas, porque diez y seis malas noches por mes eran capaz de quebrantar á un coloso—en efecto, lo deseaba con el alma salir de ese infierno, que debia despues de la salud arrebatarme mi fortuna y mi tesoro, que consistia en un album empezado por los dignísimos monarcas Brasileros y continuado con cientos de amistosos recuerdos de personages notables de los distintos paises del globo pertenecientes á la mas alta escala social, y muchos documentos de distintas sociedades literarias europeas — como igualmente todos mis apuntes de viages en los dos mares americanos y en las vírgenes florestas del Brasil. — Esa vorágine parece que quiso destruir todo lo que podia consolarme en mi infortunio, destruyendo hasta el ùltimo vestigio de mi pasado, entregàndome maniatado á un presente ingrato que me và consumiendo como si aun ejerciera sobre mi su terrible efecto ese elemento, que cual rayo en pocos minutos destruia ese colosal palacio que horas antes se deslizaba tranquilo como el Cisne en la laguna, y que encerraba para mi un mundo de gratos recuerdos y de trabajos geogràficos de alguna importancia para la ciencia.

La noticia que me dió el Sr. Pearson aunque me alagaba porque en breve descansaria de mis fatigas, no me abandonaba un momento, y al contrario me comunicó una triseza tal, que yo mismo no podia esplicarme. Si no fuera el temor de pasar por visionario entre el dia que me habló el Sr. Pearsons y la noche de la catástrofe diria que mas de una vez en los seis ó siete dias me pareció oir claro una voz, à veces despierto y otras durmiendo que me decia ALERTA: lo atribuí al efecto de la preocupacion de mi espíritu—pero en los momentos que reflexionaba sobre lo estraño de la propuesta para comprar el *Amèrica* en circunstancias tan críticas que se perdia mensualmente; se me venia à los làbios la palabra *alerta*; y me repetia, aquí hay algo de sèrio detràs de esa propuesta, y así pasè del domingo hasta el viernes á la noche en que pude esplicarme mi tristeza, y todos los fenómenos que pasaron en mi en esos pocos dias.

El mártes, dos dias despues, volvió el Sr. Pearsons à Buenos Aires, le manifestè mis temores sobre esa compra tan intempestiva; me preguntó con su abitual bondad si no estaba contento.— le dije que sí, pero que yo dudaba de esa compra, porque tenia la persuacion que nadie estaba dispuesto à perder dinero — en fin, no pude esplicarle porque me tenia agitado esa noticia — se hechó à reir mi amigo, sin comprender mis recelos, ni yo se los podia definir — Volví ese dia à Montevideo y el viérnes estaba otra vez en Buenos Aires para salir esa misma tarde en lugar del sàbado, porque era la fiesta de Natividad.

Bajè à tierra para ver al Sr. Pearsons y saber algo; encontrè en su lugar al Sr. Samuel Hale su suegro y mi buen amigo — le preguntè si habia vuelto la persona interesada para la compra del *Amèrica*, me contestò negativamente — entónces me habló del deseo que tenia de liquidar la sociedad del vapor, ya fuera que los sócios le pagaran su crédito, ò se vendiera para comprarlo — si sucedia esto ùltimo, me ofrecia un nuevo arreglo que venia casi à cubrirme de mis pèrdidas. — Mucho le agradecí à ese amigo que por consideracion à mi persona habia soportado tres años se le debiera mas de setenta mil patacones. Así fuè que esa tarde me embarqué lleno de esperanzas y disipada la tristeza que hacia dias me dominaba.

VI.

Esa noche del 23 y 24 de Diciembre de 1871, que no me serà posible olvidar, es decir seis ó siete dias despues que se presentó un desconocido comprador, ardía la que habia causado tanta envidia y tantos gratuitos enemigos à su Comandante y Director. ¡Pero que rara coincidencia! El hermano, el que habia crecido junto, el otro envidiado y perseguido vapor YÍ, tambien habia muerto dias despues de que se trató de su compra, de la misma muerte y atacado en el mismo punto con pequeña diferencia; es decir, el *Yí* en el departamento de la màquina à popa adonde no hay jamás fuego ni elementos para ello — El *Amèrica* en el mismo departamento á proa adonde no hay combustible ni fuego, con la diferencia que uno fuè en el puerto sin pasageros, el otro en viage con 114 pasageros, por eso el capitan del primero fuè respetado, el del segundo crucificado. **Ah! arcanos, arcanos, quien pudiera penetrar en ellos; que horribles cosas se verian; es mejor así, poco importa que haya una víctima inocente, peor seria conocer á los victimarios.**

¡Cuando uno pega un trabucazo apostado tras de una esquina y se puede salvar de la justicia, si llega à poseer fortuna, tal vez llegarà á ser considerado aun conociendole criminal, pero al herido por la injusticia, al desgraciado, al victima y salvado milagrosamente de tantas asechanzas es preciso anonadarlo, **porque puede haber comprendido el orígen de su desgracia y señalar á sus asesinos !!!**

VII.

En esos momentos fatales que la razon se estravia tan facilmente por la inmensidad de la desgracia, no hay quien se ocupe real y positivamente en averiguar la verdad y los motivos que originaron el suceso, y basta una voz enemiga que señale à uno, para que sea en el acto elegido por victima del Cain disfrazado que aprovecha el momento para asesinar el hermano — horas antes hubieran muerto al capitan de la *Villa del Salto* — pero à éste le tocó salvarnos *forzosamente*, cambió de color la escena — como cambiaron de modo de pensar esos mismos que horas antes repito lo querian responsabilizar de todo; yo me lo esplico, pero no lo puedo esplicar—bastó una voz durante el incendio que dijera al ver alejarse el bote, *allá và el Capitan*, para que todas las imprecaciones cayeran sobre él, y todos los que tal cosa oyeron quedaron prevenidos contra el que se ocupaba de arrojar al agua cuantos objetos flotantes habia abordo para que se salvaran los que lo estaban calumniando — pues aun abordo de la *Villa del Salto* habia la creencia, de que el Capitan Bossi habia huido en el bote — mientras que èl mismo fuè uno de los primeros que recogieron los botes salvadores y se hallaba en un camarote sin sentido; pues mientras se recibian los nàufragos ¿por qué abordo del *Villa* no les decia su Capitan y su Comisario à esos nàufragos que gritaban contra el Comandante Bossi, que no habia tal cosa, y que la prueba de ello era que se hallaba allí?

Levantada esa infame calumnia, ya por su parte como por la prensa, ¿què les restaba hacer á esos insultadores de oficio? confesar que habian juzgado muy severamente de mi conducta y destruir la mala impresion que habian causado con su lijereza—pero como habia mis eternos enemigos al rededor de los nàufragos, no les dejaban tiempo para reaccionar, era necesario hundirme, desprestigiarme para siempre, vengarse, y si era posible, hasta el asesinato habrian deseado para quedar satisfechos — asi es como los compañeros de infortunio vinieron à ser los instrumentos de mis miserables enemigos, y asi se esplica esa tena-

cidad en querer responsabilizarme, pero ninguno se atrevió en ese aguasero de insultos, acusarme de criminal, asumiendo, bien cierto, la responsabilidad personal. — Uno solo, el mal educado Billinghurst, el que no sabe hablar sin emplear los tèrminos de la canalla — solo ese se atrevió desde Buenos Aires contestar à una invitacion, que no aceptaba desafio mio porque era un *criminal*—¿y quién me habia juzgado y condenado para declararme tal? Miserable, asesino del honor ageno; causante de muchos ahogados, porque sus desesperados gritos fueron los que pusieron la confusion abordo, è hizo precipitar al mar á muchos antes de tiempo.

Cuando la pasion impera, la razon y justicia no tienen lugar; se hizo un hèroe del capitan del *Villa del Salto* que no supo cumplir con su deber, y que talvez repito, debido à su negligencia y pèsima maniobra de colocarse tan distante del vapor incendiado, fue causa de muchos ahogados — Se hizo un hèroe de mi desgraciado amigo L. Viale, por haber entregado un salvavida à bordo à una señora, contando que nadaba como un pescado, y que no se hubiera ahogado à no haberse prendido varios nâufragos de èl. — Mientras tanto el verdadero héroe Sr. Rohl, que salvó mujer y tres hijos, y que del mismo modo hubiera salvado otros sin esa atencion, apenas se hizo mencion — otro hèroe fuè el Sr. Pondal que con la mayor sangre fria repartia en el agua tablas, salvavidas y cuantos objetos flotantes habia à sus compañeros de infortunio. ¿Pues que prueba esa indiferencia, mas bien, esas injusticias y ese entusiasmo? — pasion y miserias de esta pobre vida!

VIII.

Cuando se fué el primer maquinista que traje contratado por un año, hombre leal y muy capaz, me recomendó mucho que no embarcara jamàs maquinistas que no fueran Americanos, que ya fuera por rivalidades ó ignorancia del sistema americano me causarian desgracias: siempre presente sus consejos tratè de que el 1° que habia quedado y que habia venido de aceitero pero bastante capaz aunque sin esperiencia de que tuviera de 2° un americano — En efecto tuve uno mucho mas capaz que èl, y como el 1° me habia avisado que se quedaria aun dos meses para que yo esperimentase al 2.°, y que siendo de mi gusto le dejaria en su lugar; pues cuando me esperaba esa despedida, una mañana me sorprende con la noticia de que se despedia el 2.° — porque habia hallado mejor colocacion. — Confieso que no debí permitirlo, y al

1.° debí haberle dicho : váyase vd.; — no me sentí capaz, y vi salir à aquel inteligente maquinista con disgusto — y hasta me acérquè casi à suplicarle que no se fuese — si yo hubiera podido pagarle sueldo de 1.ª clase, no hubiera salido de mi lado, y tal vez mi desgracia no hubiera sucedido — era muy vigilante, muy activo y tenia mucha esperiencia, creo que es 1.° del *Montevideo.*

Pues en lugar de ese inteligente maquinista, el 1° embarcó à un jóven de una mirada tal que no se puede esplicar, me impresionò mucho aquella fisonomia, y cuando me dijo el 1° que no era americano le exijí que lo despidiera; contra su costumbre el 1° me contestó que si lo despedia, él tambien se iria; este abusaba porque ya no tenia el otro y sabia que teniendo presente el consejo de Mr. Collin yo no tomaria jamás de 1° sino un americano, así me hizo la forzosa obligándome á tener un 2° contra mi gusto, y este sabiéndolo me odiaba — Mas de una vez le reprendí por sus descuidos, jamàs me contestaba, pero en su mirada habia siempre un voto contra mi, y quien sabe si el primer maquinista inocentemente no fomentaba ese ódio que me profesaba. Dias antes de la catàstrofe se presentaron dos amigos del 2.° al costado del vapor, el comisario cumpliendo con mis órdenes no les permitió subir, esto fué motivo de un gran altercado y segun me refirió el comisario, dicho 2.° pronunció varias palabras de amenaza, sin poder comprender el sentido.

En los últimos viages este individuo bajaba à tierra en Buenos Aires contra su costumbre, y ese último dia vino casi al momento de la salida, pasó à mi lado echàndome una de esas miradas que hacen presentir una mala intencion, con todo, no hice caso, porque jamàs pasó por mi mente la idea de una venganza por parte de una persona que ningun mal le habia hecho, y que le proporcionaba los medios de vivir ganando un buen sueldo, aun contra mi voluntad.

En el momento de la rotura de la caldera de babor, que salté como un rayo à la màquina, hallè solamente el 1.° y medio quemado, le preguntè por el 2.°, increpàndole que aquel era el culpable por haber dejado la caldera sin agua, porque no podia ser otra la causa; me contestó defendièndole y echàndose la responsabilidad sobre èl, mientras tanto, inutilmente le hize buscar, lo que no conseguí, se habia escondido, y no lo ví mas, despues supe que fué hallado ahogado con un revolvers y puñal en la cintura, esa pistola la tenia en el fondo de su caja, segun me declaró el primer maquinista, ¿por què se

armó de esa manera? para quién eran destinadas esas armas? Dios solo lo puede saber.

Visitándome à los pocos dias de mi desgracia el Comandante Vazquez, me preguntó si tenia desconfianza de alguno de mis empleados, le dije que sí, pero que en esos momentos no me atrevia à manifestarlo, porque mis enemigos supondrian que para librarme de las acusaciones calumniaba à un muerto. — Entonces preguntàndome quien era, me neguè en decirle el nombre; apelo á la caballerosidad del Comandante Vazquez, si es cierto que él me indicó el individuo, dicièndome: *y no puede ser otro*; — refirièndome que en la Colonia descubrieron con el Coronel Crovetto, que ese mismo individuo quiso entregar el vapor *Coquimbo* à los blancos, planes que desbarataron por su vigilancia, y motivo por el cual lo despidieron. — ¡ Que coincidencia ! era el mismo individuo que yo suponia autor de la rotura de la caldera, mi 2.° maquinista !

IX.

La Compañia Salteña en los tres años no dejó un solo dia sin hacer salir uno de sus vapores con el *América.* — Viendo que el *Amèrica* marchaba mas que sus vapores, y creyendo poder luchar, determinò que fuera el vapor *Rio Paranà* — pero este duró poco, se perdió en una peña frente à la Isla de Ratas y quien mandó salvar sus pasageros à la una de la mañana à pesar de su desleal guerra fuí yo, pues no reconozco ni he reconocido jamás enemigos en la mar, y estando en peligro todos son mis hermanos — perdido este vapor, le reemplazaron con el *Uruguay* y siguió la tenaz guerra sin tregua, hasta bajar los pasages à dos pesos; con todo, las personas y sobre todo las familias, que querían viajar con aseo, decencia y respeto, preferian el *Amèrica.* De ese antagonismo estùpido tal vez resultó ó fuè la causa de no prestarme auxilio esa fatal noche el *Villa del Salto*—porque habiendo pasado tan cerca no es fàcil esplicarse ese misterio de no vernos atravesados y cubiertos de popa á proa de humo, que debia indicar, aunque mas no fuese, un incendio á bordo. Un vapor que estaba adelante otro le pasa, y à la media hora este queda parado, en lugar de conservar su proa al Este la pone al Sud, rodeado ó cubierto del humo del vapor, que es bien distinto al producido por el carbon, ¿cómo no suponer un contratiempo almenos? — pero pasar à su costado ese vapor como si nadie esistiera en èl, es singular, son misterios inesplicables. —Despues de dos horas recien vuelve cuando todo se habia consumado, y en lugar de acercarse

á media cuadra del incendio, se coloca à tres cuadras, asi es que con dos botecitos no era posible salvar à muchos; en cada viage se pasaban cuartos de hora, en cada uno de ellos habia nuevas víctimas que deplorar.

Què hizo la autoridad para averiguar la conducta de ambos capitanes? tomar algunos informes y declaraciones que pudieran arrojar sospechas sobre la *ineptitud* y *cobardía* del que dias antes se le daba mucho valor y gran capacidad, víctima entonces de una gran desgracia casual ò premeditada; pero del otro capitan nada absolutamente, nadie se preocupó, que bien averiguado, talvez era la causa de cuantos perecieron. — Al contrario, este recibió una medalla de unos entusiastas, que horas antes le hubieran apuñaleado si le hubieran tenido á su alcance; con el otro, víctima talvez de una infamia, se emplearon todos los medios para asesinarle moralmente.

¿Que imparciales fueron las autorídades, ¡no es verdad? ya se vé, este comandante Bossi era tan dèspota, habia sonado la hora de la venganza, todas las furias se habian dado cita al infernal banquete! que bella oportunidad, no es verdad ! Esas denuncias por la prensa bajo su firma, pidiendo ser juzgado junto con el capitan del *Villa del Salto*, ¿para què prestarle atencion ? la víctima estaba elegida, mejor era dejarla de blanco á todos los tiros, asi se hundia ese comandante Bossi que tuvo el atrevimiento de establecer el órden y respeto que debe haber à borbo de un vapor—pues la autoridad de marina levantò una sumaria, que de todo tiene menos ese carácter, evitando de tomar todas las declaraciones de hombres imparciales, y hasta de algunos que fueron espresamente á declarar, enfin ni se quiso averiguar sí el capitan del *Villa del Salto* dormia ó no dormia. ¡Que modo singular de esclarecer los hechos en una catàstrofe que murieron cuarenta y tantas personas, víctimas del abandono y negligencia del buque auxiliar!

X.

En Buenos Aires, el *Nacional* y *Tribuna* se mostraron dignos de figurar entre los mas inmundos pasquines — Esos escritores ofendieron mas á su propia patria que á mi persona, porque la prensa es el espejo del grado de civilizacion y cultura de un pais. — Uno de ellos ya ha sido castigado, el otro algun dia le tocará su turno ; no hay deuda en este mundo que no se pague.

Hay que notar, que esas dos empresas durante la guerra Franco-Prusiana, las he servido diariamente sin que les costàra un centavo,

conduciendo en todos los viages á sus agentes, que eran los cronistas, para anticiparse á dar las noticias, y mas de una vez gastè mayor cantidad de carbon para servirlos.

!Que gratos fueron! ¿No es verdad? ¡ Que bien me correspondieron! ¡Que leccion para los estrangeros!

Antes de concluir, me es forzoso manifestar algunas verdades, aunque tenga con pesar, que herir susceptibilidades nacionales.

Cualquiera que no conociera el modo de ser de estos paises, realmente podria creer, que el sentimiento de humanidad predomina mas que en ninguna otra parte del mundo. — Esas catástrofes tan comunes en los Estados-Unidos y en Inglaterra mismo, jamàs se le ocurre á nadie hacer cargos á los Comandantes, porque seria necesario colocar al hombre bajo de las fieras para atribuirle la intencion, asi es que despues de esos luctuosos episodios, solo se oye la voz de la compasion para los que salvaron y algunas làgrimas para las víctimas. — No hace mucho tiempo que el vapor *Iponina* antes *Porteña*, estando atracado á una barranca en el Paraguay, se quemó, pues no podia estar mas cerca el lugar de salvacion, con todo, sesenta fueron las víctimas, debido á que esos vapores son un monton de pòlvora, y por eso se esplicaràn mis detractores, la justicia que me asistia para ser rigoroso contra los que pretendian fumar en todas partes: pues nadie se ocupó de denigrar al capitan,de hacer cargos indebidos,ni de las sesenta víctimas mayor nùmero que las de la *Amèrica* — ¿Por acaso no eran tambien dignos de compasion? — Aquí, à la vista del puerto, un navio ingles se quemó, y gracias á la disciplina se salvaron la mitad, pues con setecientos hombres y 18 embarcaciones, solo consiguieron echar 3 de ellas al agua—¿por què no se insultó à su comandante? — ¿por què no se le atribuyó à él la catàstrofe? ¿y qué esas cientos de vìctimas no eran dignas tambien de los humanitarios escritores,como las de la *Amèrica*?

Pero lo mas curioso es, que estos escritores tan humanos, son los mismos que todos los dias no hablan mas que de degüellos, de asesinos, propagandistas constantes de la maledicencia con olor à sangre de unos contra otros, enrostrándose mutuamente las mas terribles hecatombes humanas, felicitàndose en las matanzas entre hermanos; pues estos mismos, han querido conmigo hacer alarde de una humanidad que no existe.

La prueba de que no existe, es que pocas veces se ocupan con poca ecepcion, de tantos asesinos que pululan las calles de estos pai-

ses, y que día à dia la estadística criminal aumenta asombrosamente— hemos visto andar á balazos en la calle, como al principio de la California, ¿ y acaso estos señores se ocuparon ni de condenar el hecho — no, porque todo se mira bajo el prisma de partido, ó de estranjero è hijo del país.

Para un desgraciado emplearon todos los términos mas soezes, todos los medios mas indignos, todo lo que no seria moral y humano emplear contra los reos confesos y convictos de grandes crímenes — mientras tanto, si mañana un asesino mata alevosamente enlutando una familia, estos mismos periodistas pedirán su perdon porque es del partido, pero cuando se trata de personas estrañas se fusilarán de á cuatro, y os dirán que así lo exije la vindicta pública — en fin, la pasion domina de una manera espantosa, y así como condenamos lo malo, diremos que hay periodistas dignos que comprenden su mision, aunque infelizmente son muy pocos y constantemente atacados por su moralidad, su honradez política y su justiciera conducta.

Para atacarme todos los dias hallaban nuevos motivos, pues hoy que la autoridad competente ha pronunciado su fallo, y como este destruye todas las calumnias, nadie se ocupa de hacerme justicia; si fatalmente hubiera resultado criminal, oh! entonces desgraciado de mi — sendas columnas se hubieran llenado de insultos contra la víctima— bien cierto por humanidad!

Estas verdades, estamos ciertos, que nos atraerán una porcion de ataques de esa prensa ligera, desde yà le diremos que esas verdades indistructibles, están gravadas en el alma de todos los estrangeros y en una gran parte de las personas sensatas del país, por consiguiente, no las destruirán jamàs hasta que la instruccion y educacion haga desaparecer esos vestigios de una època que ya no tiene razon de ser.

Así como nadíe me negará el derecho, la razon y la justicia que me asiste para quejarme de los que tan impremeditamente me atacaron, pretendiendo sentarme en el banco de los criminales sin oirme y sin mas datos, que los gritos de unos cuantos mal intencionados; debo tambien como acto de justicia y agradecimiento, hacer mencion de los que supieron respetar la desgracia, colocàndose en el terreno digno de su mision y que sin asumir la posicion de defensores mios, supieron esperar que se produjeran pruebas para manifestar su autorizada opinion; esto era lo mas sensato y arreglado à la moral; lanzar el anatema sobre una victima no juzgada, es robarle á la autoridad su mas noble

atributo, y es un acto que favorece muy poco á los que así procedieron.

Pues, reciban mis mas sinceras gracias *El Siglo, L'Unità Italiana* (Montevideo), *El Italiano,* (Buenos Aires) *La Capital, Opinion Nacional* (Rosario), *El Ferro-Carril* (Chile) y demas periódicos de esa jóven República, que no olvidaron en la desgracia á su viejo amigo.

Quisiera hacer tambien una mencion especial de las personas que me dieron tantas pruebas de amistad en esos momentos tan aciagos para mi, pero por su nùmero y por temor de un olvido involuntario, les envio á todos, mis mas espresivas gracias, aseguràndoles que jamás olvidaré su dígna conducta para con el calumniado, y à los que se dejaron arrastar por el torrente de la maledicencia, les perdono, deseándoles en igual ocasion, mas pacatez y menos pasion, para no recaer en la tacha de injustos y de lijeros.

La resolucion del juez competente que entendiò de ese célebre proceso, en que solo figuran los que depusieron contra mi, y con toda la injusticia de la primera autoridad, de no querer admitir à declarar las personas que podian esclarecer los hechos, con todo, el juez tiene que confesar que ni indicio de criminalidad resultó contra mi persona; ¡ y no faltaria mas que los hubiera! siendo yo el ùnico perjudicado porque ni un peso tenia asegurado.

A continuacion hallarán los lectores todo cuanto se ha publicado respecto de la catàstrofe, menos los inmundos pasquines de los Billinghurts Castro y otros — me estimo demasiado para ocuparme mas de estos asesinos del honor ageno, los que entrego al desprecio pùblico; la persona que se estime debe rechazarlos como al leproso, porque si éste puede enfermar al cuerpo, aquellos infaman à cuantos se pongan en su contacto y degradan à la humanidad entera; séres tan despreciables como esos malvados, debian de ser marcados en la frente con un fierro rojo para que todo el mundo los conociera. Por amor á la patria de mis hijos, no quiero presentar á mis lectores esos rasgos de ferocidad, de barbarie y de bajeza, dignos de los descendientes de los Cuitiños, Alen, Cabrera y Troncosos, con todo, eran mas disculpables, ellos servían á una idea polìtica y asesinaban la materia, estos nuevos vàstagos asesinan el espíritu — y lo que hay de mas sagrado en el hombre, el honor!! pero si hay alguno que quiera acusarme, asumiendo la responsabilidad personal, está á sus órdenes

B. BOSSI.

EL SIGLO

Esplosion é incendio del vapor AMERICA — Mas de CIEN víctimas — Varios detalles.

Montevideo, Diciembre 24 de 1871.

Hoy al amanecer el vigia del Cerro hizo repetidas señales de que se incendiaba un vapor, y à los pocos momentos se supo que era el «America», cargado de pasageros y procedente de Buenos Aires.

Las calderas del «América» habian hecho esplosion, segun supone el capitan Bossi por falta de agua y como consecuencia se pronunció un voraz incendio que vino á aumentar inmensamente la catástrofe.

(1) En aquel terrible momento el «América» se hallaba al Norte del Cerro, 72° Este, Punta dell'Espinillo N. 5° E., distante 18 millas del Cerro y 7 la costa.

La esplosion hizo numerosas víctimas, (2) cuyo nùmero vino à aumentarlo el incendio, para escapar del cual algunos hallaron la muerte en las olas.

Por fortuna, en medio de tan inmensa desgracia, el «Villa del Salto» que acababa de llegar, se dirigió inmediatamente al lugar de la catástrofe, logrando salvar las personas cuya lista damos en seguida, algunas de ellas quemadas, pero cuyo estado no ofrece gravedad.

Es indescriptible la escena que presenciaron los pasageros del «Villa del Salto». Gran número de personas pedian ausilio flotando alrededor del «América», asidos á salvavidas ó pedazos de madera, ó nadando

En el «Villa del Salto» fallecieron tres.

Hay un maquinista quemado en las manos y la cara.

Los muelles se llenaron de personas que llenas de afliccion averiguaban la suerte de sus parientes ó amigos. D. Dario Beccar ha perdido su señora y dos hijos. El se salvó en una tabla, que otro náufrago quiso arrebatársela cortándole la mano.

(1) Demoraba el Cerro al E. ¼ N. E. del compas distancia 22' N. E. ¼ E. punta Espinillo y la costa de las Barrancas 7 millas mas ó menos.

(2) Dos foguistas.

El *Amèrica* traia 206 pasageros (3) de los cuales se han salvado 66 en el «Villa del Salto» y probablemente 6 ú 8 en una sola lancha que pudo utilizarse, pues el incendio fué tan rapido que no hubo tiempo para emplear las demas.

— Algunos de los náufragos han llegado cubiertos con una frazada otros en camisa y calzoncillos, y tal era el pavor, que algunos que habian podido conseguir un salva-vidas, aun estando á bordo del «Villa» no lo abandonaban.

— El actor Aymerich fué salvado por un arrojado jóven, cuyo nombre sentimos no poder recordar.

— La Capitania pasó una nota á la Comision de Beneficencia, significándole el estado deplorable en que se hallaban los náufragos que todo lo han perdido.

— Al tener noticia de la catástrofe, se embarcaron en un vapor del Sr. Piaggio el Ayudante Schultz y varias otras personas que se hallaban en la Capitania.

Augusto Rohl: — Este señor con su señora y tres hijos se lanzaron al agua asidos á un madero y dispuestos á morir juntos ó salvarse juntos. Tuvieron la fortuna de ser recojidos por el «Villa del Salto», y es la única familia que se ha salvado.

Marco del Pont — Se asegura que sucumbió el jóven abogado de este nombre, salvándose su esposa.

HEROISMO — Se nos refiere que el Sr. D. Juan José Pondal, uno de los pasageros del «América» arrebató muchas víctimas á las olas, aprovechando para ello su maestria en la natacion.

PASAGEROS SALVADOS POR EL «VILLA DEL SALTO»

Lorenzo Furini, Luis França, Miguel Garjulo, Ignacio Gomez, Eduardo Glover, Domingo Giraldo, Giovanni Giacolani, F. A. de F. Ken, David Lapido, Luis Sinclater, Rosario Lopez, Isaac Larrain, Camillo Liumarck, Adela de Lavalla, Guillermo Livingstone, Señora de Marco del Pont, Juan Marin, José M. Martinez, Francisco Moragas, Agustin Martinez, Eduardo Otero, Juan Puig, Osvaldo Perez, Guillermo Parodi,

(3) 114 pasageros; se salvaron ochenta y tantos

Juan José Pondal, Roon (oficial prusiano) Augusto Rohl, su señora y tres hijos, José Ferreira, Luigi Voltolini, Pedro Arrieta, Enrique Aymerich, Ramon Artagaveytia, Cárlos y Sra. A. Kerley, Alejo Arocena, Dario Bekar, P. Burmeister, Comandante Bossi, Rodolfo Buceti, Lisandro Billingurst, Germano Burmeister, Camilo Barbieri, Jacinto Castro, Santiago Kanstadt, Comisario del *Amèrica* Giovanni Chincota, B. G. de Larrue, Fernando Delala, Francisco Esteves, Reinal y señora, Gregorio Redonnel, Gustavo Sirois, Sienra y Carranza (Ingeniero), Luigi Traversi, Francisco Touris, Torcuato Vilanueva, Anselmo Virgilio, Ignacio Zeballos, Domingo Alonso, Maulo Cañone, Augusto Viterbo, Aurelio Vitali, Alberto Marco del Pont.

Comisario Nessi.

El capitan Bossi, cumpliendo su deber, trató de organizar el salvamento de los pasageros, pero el terror pudo mas que la disciplina en los marineros, que solo atinaban á salvarse en los botes.

Bossi está chamuscado en una mano.

Muchos de los salvados llegaron como es de suponerse, semi-vestidos, pues el conflicto empezó cuando casi todos dormian en sus camarotes.

El «Villa del Salto» entrò con bandera á media asta.

RELACION OFICIAL DE LA CATÀSTROFE

Parte del Comandante Bossi al Sr. Capitan del Puerto sobre el incendio del vapor « America »

MUY SEÑOR MIO :

Me incumbe el pesaroso deber de participar à V. S. que hoy á la una y tres cuartos de la mañana, viniendo de Buenos Aires en el vapor italiano *Amèrica,* de mi mando, hallàndome con 4 3|4 brazas de aguas el horizonte muy claro, con rumbo al Este, y avistado pocos momentos antes el Cerro al Este, cuarto al N. E., à distancia de 25 millas mas ó menos, acababa de acompañar al Sr. Poudal y al Sr. Garay à sus respectivos camarotes, y me disponia à descansar un rato en mi cuarto de servicio al lado del timonel, cuando me sorprendió un fuerte estampido aumentado con el vapor que salia de la chimenea.

Ocurrí inmediatamente à la màquina que se hallaba à oscuras por haberse apagado las luces y mandando venir unos faroles, preguntè al maquinista que habia sucedidó, me contestó que se habian roto unos tubos flus y que no habia otra novedad en la màquina, lo que me tranquilizó, porque teniendo el *Villa del Salto* muy inmediato por S. O. esperaba ser auxiliado por èl; mas viendo que èl pasaba sin pararse, fuí à tocar el pito, pero en vano, porque no habia presion en la caldera: entonces izè dos faroles, uno bajo del otro del palo de bandera de proa, è indudablemente no advirtió esta señal, pues siguió su rumbo.

Pasado un cuarto de hora despues de este desagradable suceso, se me hizo saber que se notaba un olor à quemado en el salon, lo que me alarmó sobremanera, è hice preguntar al maquinista si habia alguna quemazon en la màquina, y contestó, que el humo que se notaba era producido por los fuegos que se estaban apagando; no satisfecho con esto, mandé al contramaestre arriba de la tolda, à ver si en la chimenea se

notaba algun fuego, y me contestó lo mismo: que el humo era producido por los fuegos que se estaban apagando; con todo, siendo el riesgo del fuego lo que mas temor me causaba en el *Amèrica*, ordenè armasen las bombas, y al conducir la manguera arriba à la tolda, à donde se notaba el humo, no se oyò mas que un tremendo grito de ¡ *fuego* ! y con la velocidad del rayo, el fuego invadió el buque dividièndolo en dos partes.

Al pronto, revistièndome de toda la energia que el caso demandaba, ordené echasen los botes al agua, y que al mismo tiempo se emplease la ùnica bomba servible que esistia á proa, pero en ese momento de pànico, nadie prestó atencion à mis órdenes: solo cuatro marineros arriaron el bote de servicio diario, y embarcàndose en èl con unos cuantos individuos mas, (ignoro si eran pasageros ó de la dotacion del buque,) se fueron con rumbo al Norte, sin prestar atencion al llamado de todos los que quedaban à bordo.

Visto la felonia de estos hombres, me arrojè al agua para pasar á popa, por na poderlo hacer por los salones que estaban ardiendo, para ver si habian echada al agua un bote salva-vidas y un bote pequeño que se hallaba à popa de la màquina, pero nada se habia hecho, porque la mitad de los marineros se habian ido ; de los otros cuatro que restaban, tres se arrojaron al agua en seguida, y uno solo quedò en la proa, que fuè el que me acompañò hasta el ùltimo momento.

Viendo la imposibilidad de poder hacer cosa alguna por falta de personas del oficio, y el fuego que avanzaba y todo destruia con la rapidéz del relàmpago, volví à proa à donde lleguè estenuado despues de un cuarto de hora de desesperada lucha, y debido á mi fiel marinero Joaquin que allí estaba, me ayudó con un cabo, con el cual me suspendiò hasta el castillo de proa, à donde quedabon unos quince piès sin fuego. Una vez allı recuperè un tanto mis fuerzas, y con el mismo marinero fondeamos el ancla de babor para que sirviese de auxilio y pudiesen asirse de la cadena los infelices que estaban luchando para salvarse. Echamos tambien al mismo fin, cuantos cabos, cadenas y maderos habia en la proa, y cuando ya no quedaba un piè de espacio sin estar invadido por el fuego, en ese momento supremo oimos un grito de *ahí viene un vapor* ! y cuando veíamos inminente el peligro de ser tragados por la voràgine, nos tiramos el marinero Joaquin y yo al agua, uno tras el otro. Yo tenia un brazo inutilizado, y no pudièndome aguantar à la cadena por falta de fuerzas, me dejè ir con la corriente, que siendo de bajante me llevaba en direccion del vapor que venia, tratando de conservarme sobre el agua como mejor podia.

A los tres cuartos de cuadra del *Amèrica*, del cual ya no existia mas que el casco, descubrí un bote que se dirigia hàcia nosotros, y levantando la mano me divisaron, y se dirijieron á mi, agarràndome en el momento que ya estenuado estaba à punto de sumerjirme.

Es cuanto por el momento puedo manifestar à V. S. ofrecièndole ampliar esta declaracion si fuese necesario.

Dios guarde à V. S. muchos años.

Montevideo, Diciembre 24 de 1871.

B. BOSSI

AL PÚBLICO

Mi comportacion durante la catástrofe del vapor « América »

Ya debia haberme habituado à los ataques de mis gratuitos enemigos, que no pierden momento para incarme su venenoso diente, sères sin conciencia propia que ni aun respetan à sus semejantes en la desgracia; almas corrompidas y depravadas en quienes no germina un solo sentimiento de justicia; reptiles de la humanidad en quienes solo hay la idea del mal, impelida por la envidia que les causa, ya sea la posicion, inteligencia, ó el valor de sus víctimas.

Debía despreciar todas esas infames calumnias que estàn propagando con la pèrfida intencion, come se dice generalmente che *de la calumnia algo queda*; pero vive Dios, esta vez fallarà ese axioma; confundirè à los calumniadores de oficio y hasta à los crèdulos que como loros se prestan à repetir lo que oyen al primer miserable que se le antoja desacreditar à un hombre honrado.

Desde que lleguè à este país con el vapor *Amèrica*, se me ha tomado para blanco de la calumnia, he sufrido mas de un insulto porque tenia intereses agenos junto con los mios à mi cargo, esto me obligaba à callar mis justos resentimientos contra los indignos como apasionados ataques sin que se me pueda echar en cara una sola accion fea, al contrario, creo que nadie pueda decir que he rehusado un favor al que me lo ha pedido, y tengo conciencia de haber hecho muchos, y entre ellos de haber salvado muchas cabezas.

Hasta ahora el pretesto para atacarme, habia sido el órden que habia establecido à bordo del vapor *Amèrica*, que no es bien cierto invencion mia, porque esiste en todos los vapores del mundo, à donde se tiene mas en cuenta la vida de los pasageros y tripulantes que el miserable interès. El triste resultado de mi desgraciada empresa, vino à corroborar cuanta razon me asistia para temer los terribles efectos del fuego.

Los mismos que antes me atacaban ò ridiculizaban por esas medidas de seguridad haciendo de ellas un arma para perjudicar mi empresa; hoy en lugar de hacerme justicia la esgrimen en otro sentido, buscando lo que hay mas sagrado en el hombre, el honor: pero desligado de esos intereses no consentirè que quede ni la sospecha, porque llevarè al calumniador ante los tribunales competentes ó à cualquier otro terreno á donde el honor ultrajado sabe hacerse justicia.

Quisiera hallar en mi alma bastante indulgencia para esos pasageros victimas como yo de la catàstrofe, para perdonarles las calumnias que propagaron hacièndose eco seguramente de algun istrumento de mis enemigos que vendria à bordo, lo que nunca me faltaba todas las veces que conducia muchos pasageros. Para destruir hasta el último vestigio de esas calumnias, no apelarè bien cierto à los tripulantes de mi buque, porque podrian ser sospechados de parciales; apelarè à la caballerosidad de pasageros como el señor Pondal y Garay que estaban despiertos hasta el momento de reventar los tubos de las calderas; al del señor Canstt y Pondal que asistieron conmigo despues de la esplosion en la màquina, y vuelvo al señor Pondal que una hora antes me pidió licencia para ir à visitar la màquina y pedir al maquinista esplicaciones sobre su sistema, à lo que accedí hacièndole acompañar por el contramaestre Juan Giacolomi; despues de una larga permanencia en la màquina volvió el señor Pondal á felicitarme por la hermosa màquina que poseía el *Amèrica* pero sobre todo, admirado de que con 30 libras de vapor marchara tan bien lo mismo que han visto los señores Canstt y Rohl y tantos otros que visitaron la màquina, que por se colocacion estaban los indicadores y movimientos à la vista de todos, y aun mismo del salon superior se veia todo y era por donde yo vigilaba el indicador de la presion como el del condensador.

Con solo ocurrir à la Capitania del Puerto y preguntar á esa reparticion à la hora que llegaba regularmente el *América* y à que hora llegó en ocasiones estraordinarias, sería mas que suficiente para pulverizar esa infame calumnia de que veniamos corriendo carreras. Generalmente de las 3 à las 3 1[2 estabamos frente al puerto esperando el dia en las noches oscuras para entrar al fondeadero; y en las estraordinarias llegábamos à la una y minutos, á la 1 1[2 y á las 2, al efecto habiamos pedido permiso à la Capitania del Puerto para bajar à esas mismas horas, que siempre fuè con objeto de servir à algunos pasageros que deseaban asistir à los bailes de familias en Solis; muchos jóvenes

distinguidos de este país podrian atestiguar si me han visto con los mismos pasageros entrar á esas horas al Teatro Solis.

En este malhadado viaje salimos de Buenos Aires à las seïs y cuarto, pero para embarcar unos pasageros que se habian retardado, demorariamos algunos minutos mas, operacion que se hizo muy rapidamente, estando el rio muy crecido no tuve necesidad de dar la vuelta por la canaleta de las Catalinas, atravesè casi en línea recta el banco de la Ciudad, lo que me hizo ahorrar una vuelta de tres à cuatro millas y que viene à dar una menor distancia de las 120 que se calcula entre Montevideo y Buenos Aires; el rio empezaba à bajar y siguiò toda la noche bajando con mucha rapidez; pues à la 1 y 3[4 fuè la esplosion de los tubos y nos hallábamos en 4 brazas y 1[2, demorándonos el faro del Cerro que apenas se distinguia al E. 1[4, N.E. del compàs, aproximadamente de 25 à 26 millas de distancia; por consiguiente habiamos andado 90 millas en 7 horas y 1[4 faltàndonos para llegar à Montevideo con la misma marcha dos horas largas, lo que venia à dar por resultado que habriamos llegado à las 4, un poco mas tarde que lo de costumbre, habiendo tenido en nuestro favor la fuerza de la bajante que no podia tener menos de una y media o dos millas por hora, lo que daba por resultado definitivo que el *Amèrica* habria andado toda la noche hasta Montevideo à razon de 12 millas por hora comprendido el empuje de la corriente: si esto es correr carrera dejo al buen sentido de las personas competentes y que han viajado en el vapor *Amèrica* cuando hacia los viages de dia, que lo realizaba sin forzar en 8 horas y à los que asistieron al paseo à la Isla de Flores que fuè en 56 minutos y volvió en 53; à los pasageros que se encontraron en un viaje de esta à Buenos Aires llevando noticias de la guerra Franco-Alemana à los Sres. Varela que lo realizè en 7 horas y 5 minutos, lo que dà por resultado que el *Amèrica* anduvo en esa noche 17 millas por hora y no habia pasado de 40 libras de vapor. Los ignorantes que forjan la carrera porque alcanzamos al *Villa del Salto*, debian preguntar primero cual es la marcha del *Villa del Salto*, y si esta era la primera vez que esto sucedia: todos los que han viajado en el *Amèrica* en los dias que salia con el *Villa del Salto*, les hubieran informado que el *Amèrica* à su marcha regular sempre llegaba antes que aquel con pocas escepciones, pues en este desgraciado viaje, recien à la 1 y 1[4 nos habiamos puesto à su costado.

Creo que con estas verídicas esplicaciones los difamadores del ho-

nor ageno, no tendràn mas que morderse la viperina lengua que tan vilmente emplean sin calcular el mal que pueden causar á la familia del calumniado, y mis amigos espero conservaràn su estimacion al que no conoce nada arriba del honor.

Apelo á toda mi sangre fria y necesito de toda la calma para que mi indignacion no estalle cuando me vea en la necesidad de destruir otra grosera calumnia; la de que yo abandonè el vapor embarcàndome el primero en el bote que se alejò de nuestro costado, y la de que yo no tomè las disposiciones del caso para salvar los pasageros. Empezarè por decir que despues de la esplosion de los tubos ordenè fuesen à ver si el buque tenia agua en la bodega, se me contestó que estaba seco; en ese mismo momento que el buque se hallaba casi tapado del vapor que se escapaba de la chimenea y de distintos puntos de la màquina y que por falta de marcha se habia atrasado y venia avanzando el *Villa del Salto*, acudí al pito para llamarle en nuestro auxilio, pero no habiendo presion en las calderas inùtil fuè mi tentativa, entonces mandé izar dos faroles al palo de bandera de proa dejando estos à la mitad del palo, ùnicas señales que podia hacer, aunque para conocer que nos hallàbamos con algun contraste à bordo, era mas que suficiente vernos parados, atravesados y despidiendo una inmensa columna de vapor que salia por la chimenea, bien fàcil era distinguir el humo del vapor al del carbon: el *Villa del Salto* pasó à la distancia de una cuadra ò cuadra y media mas ó menos de nuestro costado como si en aquel vapor no esistiera una sola persona à su bordo, despues de la desgracia supe à bordo del *Villa del Salto* que se hallaban de guardia, un baqueano, un marinero y un timonero; mas adelante me ocuparé de esto.

Confiado en que el *Villa del Salto* se aproximaria à ofrecerme sus servicios como yo lo hice en un caso mas ó menos igual con el vapor *Uruguay* mandado por el capitan Stuard, no habia mandado fondear hasta entonces, pero viendo que alejaba de nosotros el *Villa del Salto* hice fondear el ancla de estribor; ya en la persuacion que solo de Montevideo podia esperar auxilio; tratè de inspirar conformidad à los pasageros, hacièndoles comprender que solo era cuestion de demora, realmente no habia en ese momento indicio de ningun peligro, porque yo mismo habia ido à la màquina siguièndome el Sr. Pondal, el que oyó al maquinista decirme, que nada habia de alarmante, que estuviera tranquilo, pero notè habia una caldera con los fuegos cerrados; lo que le ordenè en el acto apagarlos, me contestó mandàra marineros,

pues no tenia bastantes foguistas; inmediatamente di las órdenes para que bajaran los marineros. Al retirarme y subir arriba al castillo de proa, debe haberme oido el Sr. Pondal que me seguia, cuando dí la órden de cerrar las puertas para evitar que los pasageros fueran abajo à donde habia mucha suciedad y despues no fueran á los salones à ensuciar las alfombras, esto seria suficiente prueba, de que yo en ese momento ni asomo de peligro consideraba que habia, ocupàndome de la conservacion de las alfombras; allì encontrè que habia una cantidad de pasageros reunidos que indignados por la conducta del *Villa del Salto*, trataban de formular una protesta, entre ellos recuerdo al Sr. Garay.

Seguro de que nada habia que temer desponia recostarme un rato y al entrar á mi cuarto oigo unos pasageros que dicen que se sentia olor á quemazon; al oir estas voces y habiendo sido siempre mi gran temor el fuego, en el acto entré al salon y en efecto se notaba ese olor, llamé instantaneamente la tripulacion, dispuse que un hombre fuese á la máquina á ver lo que habia y que el contramaestre fuera á la tolda principal para que viese de donde salia un poco de humo que desde la proa se notaba, mientras tanto mandé armar la bomba de proa inmediata al comedor; en ese mismo momento volvian los dos individuos y me contestaban que no habia novedad, que el humo que se notaba era el carbon que se apagaba, no satisfecho de esto, mandé por segunda vez y fui yo en persona á asomarme á la máquina, no descubrí nada que indicase fuego, me salí afuera á ver si habian preparado la bomba para en cualquier caso tenerla pronta.

No pasaron cinco minutos cuando un grito espantoso de incendio se oyó abajo y al mismo tiempo se hizo una inmensa luz, y con la rapidéz del relámpago asomó el fuego en el comedor atras del espejo; sin pérdida de tiempo mandé dar á la bomba á los marineros, ordené al contramaestre y marineros de echar los botes al agua; algunos pasageros corren á popa, otros siguen á los marineros y cuatro de estos se dirigen al bote de servicio que se hallaba mas pronto para arriarlo al agua; — supe despues que se embarcaron en él veintesiete personas, parece incomprensible como esos aparejos resistieron semejante peso. Mientras tanto yo gritaba que dieran à la bomba, y al contramaestre echaran el bote salvavida de la parte de estribor de proa del tambor, pero como cuatro marineros contra mis órdenes se habian ido con el bote, solo le quedaban tres al contramaestre porque uno estaba enfermo — el contramaestre con toda su buena voluntad tuvo que renunciar porque el

fuego empezó a caerle encima y se vió en la necesidad de arrojarse en al agua desde esa altura.

En ese momento en que penetraba el fuego en el comedor, y que istantaneamente abrazó el salon de babor y estribor, el pànico se apoderó de la gente, ya nadie atendió mis órdenes, mis gritos y amenazas se confundian con el sordo y terrible rumor de las llamas, tratando cada uno de ellos de su propria conservacion; asi me quedé solo, aislado, con sola mi buena volnntad, pero bien cierto que esto no bastaba para evitar los horribles efectos de la catástrofe.

Como yo ignoraba que los cuatro marineros se habian ido con el primer bote, tuve esperanzas de que habrian botado al agua el bote salva-vida de popa. Pretendí pasar por el salon, inùtil fuè mi tentativa, abrasaba ya ambos costados: de esa manera quedamos divididos los de proa con la popa. En medio del fuego entrè al cuarto Nº 1 à sacar un salvavida porque yo no tenia en mi cuarto, y hacer salir à una señora que dormia en ese cuarto, en efecto, la pobre en camisa salió despavorida y le dí un salvavida, y salí afuera para tentar de pasar à popa por arriba de la tolda, ya no era posible, entònces ordenè al marinero Joaquin al que habian dejado solo en la bomba y que nada podia hacer, echar abajo las puertas y arrojarlas al agua para que sirvieran à los nàufragos, y yo tomè la resolucion de pasar à popa por el agua; entrè à mi cuarto adonde habia tirado el salvavida, me desnudè, quedando en ropa menor y me dejè caer al mar confiado en el salvaviday con muy decidida voluntad de buscar algo en favor de los pasageros (advirtiendo que yo no sè nadar). Una vez en el agua, con mucho trabajo lleguè à popa vi que el bote salvavida estaba arriba, empezè à llamar unn por uno mis empleados pero nadie me contestò; entonces vi el cuadro mas horrible que puede presenciar un hombre en este mundo; cuarenta ó cincuenta personas que se arrojaban al agua uno sobre otro vestidas como estaban, una vez en el agua, uno tratabe de asirse al otro con esa desesperacion del que se cree perdido, y asi se ahogaban entre ellos impelidos por el vèrtigo.

Es un momento que no olvidarè jamás, momento que me hizo verter lágrimas, y que hubiera dado mi vida si hubiera podido salvar tantas victimas; los rayos de fuego me obligaron à ganar la rueda porque me quemaban las sienes; en ese momento me siento agarrar de los pantalones, y debido à haberme prendido de la rueda no me arrastró al fondo el infeliz que se ahogaba con parte de mi pantalon con el que se des-

prendió; en el mismo instante otro vuelve à prendérseme de la otra pierna, tratè de asirle por la cabeza para sostenerlo, pero me arrancó el resto del pantalon y desapareció.

No pudiendo auxiliar à nadie porque apenas me bastaba à mi mismo, me lanzo otra vez à la mar con direccion à proa; en una distancia tan corta de las ruedas á la proa empleè mas de un cuarto de hora, lleguè estenuado y sin fuerza, apenas pude gritarle al marinero Joaquin que me habia esperado en la proa, èste me vè, me tira un palo, pero habia uno cerca de mi mas necesitado, se lo cedo, entonces Joaquin me tira un cabo, me aferro de él, pero me hallo con un solo brazo ùtil y no puedo subir de por mi mismo; le grito à Joaquin que me suspenda, este buen marinero conservàndome el respeto y la obediencia, y haciendo esfuerzos sobrehumanos me levantó hasta arriba; una vez allí y repuesto un tanto de mis fuerzas, pretendo ir à la casilla del timon para arrojar las cajas de los compases, pero en ese momento el fuego la invade y en unos minutos desaparece, mientras el fuego viene avanzando, ordeno à Joaquin de fondear el ancla de babor para que la cadena sirva de asidero à los nàufragos, un jóven pasagero de proa nos ayudó en esa maniobra, siento no conocer su nombre y no sé si salvó para hacer una memoria de ese arrojado jóven. Cortamos el estraes y sacamos el foch para quitar ese combustible y servirnos de sus cabos, todo và al agua, lo mismo que cuantos cabos y cadenas habia, dejàndolas amarradas arriba para que sirvieran à los pobres nàufragos que venian buscando donde asirse; el fuego en ese tiempo habia avanzado de tal modo que solo nos restaban unos seis piès de espacio,este jóven y Joaquin con dos baldes que alli teniamos, trataban de contener el incendio, en vano, en pocos momentos nos vimos reducidos à la punta de la proa, es decir, à la sola rueda de proa, el jóven acababa de arrojarse al agua, en ese momento oigo el grito: *un vapor viene* en efecto, al Este se notaba, ya no era posible estar allí, el fuego nos rodeaba, ordenè à Joaquin se bajase, porque à pesar de los calumniadores yo sabia desde muy jóven que el deber de un comandante que se estima debe ser el ùltimo à abandonar su puesto, y aunque le pese, vuelvo à repetir à los calumniadores que yo fui el penùltimo cediéndole el puesto de honor al marinero Joaquin, porque cuando yo le ordenè que bajase, me contestó con esa serenidad que siempre conservó: *no mi comandante vd. no puede bajar solo, vd. no tiene mas que un brazo ùtil, yo lo bajarè por este cabo* (del aparejo del pescador) *despues bajarè yo;* la abnegacion

de este hombre casi le cuesta la vida; cuando yo estaba en el agua, tuvo que arrojarse como una bala porque el fuego habia reventado por los costados y lo habia abrasado.

Una vez al mar fuí à asirme de la cadena, pero con una sola mano me era imposible resistir, por tres ò cuatro veces las olas me arrebataron y esto me agotaba las fuerzas, viendo que no podia resistir, me desprendí de la cadena, entonces Joaquin me gritò que no me fuese porque iba á arreglarme cabos en la cadena para que yo afirmara los piès, le dí las gracias al buen marinero y me larguè al favor de la corriente confiado en que me sostendria sobre el agua hasta la llegada del vapor, volviò el pobre à pedirme no me fuera, pero inutilmente, yo me hallaba mejor asi que prendido a la cadena adonde me habia visto dos veces próximo á la muerte.

La corriente seguia alejàndome y à la distancia de 40 varas del costado de estribor del *America* descubrí mi contramaestre en las ruedas, lo llamè para que me acompañara, pero el pobre acababa de volver de la mar à descansar un rato en aquellos fierros bajo una lluvia de fuego; en un momento ya nada quedaba del vapor *Amèrica*, solo el casco y todo èl era un fuego horrible, mil colores se dibujaban en aquella inmensa voragine. Oigo unos gritos, me vuelvo en direccion al vapor que venia en nuestro auxilio y noté que un bote se desprendia; hago los ùltimos esfuerzos para sostenerme y sobre todo para alzar una mano ùnica ùtil para sostenerme y hacerme notar porque habia perdido la voz. — En fin, un hombre que viene en la proa me divisa y manda poner lo proa à donde yo estaba en pocos momentos, ese angel salvador me agarra con sus robustos brazos y me coloca dentro del bote, era un cadàver que le disputaba a la muerte, me llevaron á bordo del *Villa del Salto* despues de haber salvado cuantos cabian en el bote. De lo que pasó despues yo nada supe, me hallé en Montevideo en un cuarto que supe despues era del capitan, con una camisa de lana y envuelto en muchas frasadas, supuse que habia estado desmayado todo ese tiempo. Mi hijo querido, que disputè hace meses tambien à la muerte, fuè uno de los primeros que vi junto con el amigo capitan Rodriguez, que me prodigó mil atenciones, el pràctico señor Bisso del mismo modo y ambos se disputaban para ofecerme ropa, pues yo para contentar à ambos me puse la camisa de Bisso y los calzoncillos de Rodriguez.

La primera cosa que peguntè fuè à quien debia la vida, en ese mo-

mento entraba al cuarto la persona que me habia salvado, era Don Aristides Capuano, con ese aire de satisfaccion que solo se obtiene despues de haber prestado servicios de esa clase; pero al mismo tiempo estaba pintado en su noble fisonomia el dolor causado por el sangriento drama que habia presenciado.

En un momento que quedè solo preguntè à un jóven del buque, si ese generoso hombre era empleado del vapor, me contestó que nò que era pasagero, y agregó: à ese hombre le deben vds. todos la vida, pues si él no avisa que se está quemando el *Amèrica* nosotros seguimos hasta Montevideo, èl fuè quien hizo despertar al capitan. En eso entraron algunos amigos, cortamos la conversacion, pero quedè con el deseo de saber el resto.

Vino un oficial de la corveta italiana à nombre del comandante, à ofrecerme el bote; despues de volver mi hijo con ropa, me vestí, pero antes de dejar el vapor quise hablar con el capitan; como habia oido á un pasagero, que sin saber lo que decía hablaba de carreras, dije al capitan que me hiciera el favor de decirme si creia que nosotros habiamos forzado la máquina, me contestó que nò, porque él solo llevaba diez y seis libras de vapor, preguntè si saliendo antes media hora el *Villa del Salto* llegaba antes que el *Amèrica*, contestó que nó, que el *Amèrica* llegaba antes; preguntè por último, si creia que nosotros teníamos necesidad de forzar para llegar antes, que nó, me contestò. — Le agradecí su franqueza, y me embarqué en el bote de la corbeta, teniendo el placer de hacerme acompañar de nuestro salvador, quien vino hasta mi casa — estaba ansioso de saber como èl nos habia servido en tan aciago momento, no siendo de la dotacion del vapor.

Apelo á ese valeroso hombre, que hay demasiada nobleza en èl para mentir, por si me aparto un àpice de la verdad.

Dice que á la una y media no pudièndo dormir se levantó, pero que cuando salió afuera, seria la 1 y 3|4, subió arriba de la tolda y halló de cuarto uno de los vaqueanos, un marinero y el timonero — que el vaqueano lo convidó à tomar tè y que le ofreció coñac, que despues preparó un cigarro y se fuè à prenderlo detràs de la casilla del timon, al dirijir su vista al Oeste vió una gran fogata, primero creyó que fuera la luna, que despues se fijó bien que era fuego, que no viendo el *Amèrica* supuso seria ella que debia estar ardiendo: en el acto avisò al vaqueano, pero este le dice que no sabia lo que debia de hacer, nuestro salvador le dice fuera pronto à despertar al capitan; mientras que el

vaqueano fuè al cuarto del capitan, Aristides Capuano tomó la rueda del timon y arribó en direccion á la fogata, el capitan una vez sobre la cubierta mandó aumentar el vapor y apurar para llegar lo mas breve, pero emplearon mas de hora y media para llegar al costado del *América*.

Todo lo que pasó en esta inolvidable catàstrofe, fuè tan ràpido, de tal naturaleza, que no hay imaginacion humana que pueda detallar el conjunto de ese horrible cuadro, y los episodios de ese sangriento drama.

No es estraño que haya pasageros que digan que no me han visto despues de declarado el fuego, pues divididos por la voragine solo tuve la desgracia de ver à mis pasageros cuando yo fuí à popa por la mar, que ellos se arrojoban al agua, pues asi se esplica la suposicion que yo me habia ido con el bote.

Si por una de esas debilidades humanas de momentos dados en la vida y de que nadie puede librarse, yo hubiera cometido ese razgo de cobardia,, bien cierto que mis hijos no hubieran visto mas la cara de su padre. Tengo conciencia de haber hecho quanto humanamente se pudo en cumplimiento de mis deberes, y esto mitiga un tanto el dolor de la inmensa desgracia que pesa sobre mi y mi familia.

Que tristes reflexiones se nos vienen á la mente, los maledicientes y algunos de los mismos salvados solo supieron calumniar al desgraciado capitan que pierde la mayor parte de lo que posee; que à los 54 años de edad se arroja al agua creyendo ser ùtil à la parte opuesta adonde èl se halló al ser dividido por el fuego, emprende una lucha gigantesca para su edad ya contra las olas, ó en medio de la voragine; y no hallaron una sola palabra de gratitud al salvador de todo.

Con que facilidad esta desgraciada humanidad cambia de parecer; como es ligera, lo que adoraba ayer, destruye y pisotea hoy; lo que ayer era bueno, hoy es pèsimo y asi sucesivamente. — A bordo del vapor *Amèrica* no hubo mas que un grito de reprovacion entre los pasajeros, por la conducta de la *Villa del Salto*, se habló de protesta, de comunicados à la prensa y creo si mi memoria no me es infiel hasta de amenazas, hoy cambió la escena el perverso, el que no cumplió con su deber, el que se fuè primero, el que abandonó, el que tiene la culpa el que ocultó que habia fuego à bordo enfin el que merece la horca es el capitan al que ayer se le convidaba à firmar la protesta contra el del *Villa del Salto*.

Arístides Capuano, no os desanimeis por presenciar estas escenas de la vida, los nàufragos salvados no todos saben que sois vos quien nos ha devuelto à nuestra familia, pero aunque lo supieran y nos mostraran su gratitud, el mundo es asi, es compuesto de gratos é ingratos, à vos os queda la inmensa satisfaccion de haber hecho el bien, eso no se consigue con dinero, con nada de esta vida.

Yo tambien he prestado muchos servicios: tengo treinta y nueve años de estos paises, 33 de capitan de paquete en medio de estas eternas luchas porque pasan estos paises, he salvado muchas cabezas.

Pues muchos me han agradecido el servicio pero el mayor nùmero me han correspondido con la mas negra ingratitud; y asi mismo, he continuado à hacer el bien sin preocuparme de los ingratos; vos sois jóven, no desespereis, la humanidad marcha à la perfeccion;prestadle cuantos servicios podais que la recompensa la tendreis en vuestra propia conciencia.

Arístides Capuano ochenta y tantas personas habeis arrancado de las garras de la muerte, sois digno de los mayores premios y de la estimacion universal, confieso mi debilidad en medio del cariño que os profeso os envidio vuestra posicion. — La fortuna os sea propicia y contad con la sincera y eterna amistad del que os debe la vida y se dice con orgullo vuestro hermano y amigo.

B. BOSSI.

FRANQUEZA GENEROSA

Recomendamos à nuestros lectores lean atentamente la carta que dirije el señor Redonnet al Sr. Bossi, sin conocerlo mas que de vista, quien habla segun su conciencia.

¡Oh! se harà la luz!!!

Sr. Redonnet:

AMIGO:

Vd. comprenderà la situacion en que me encuentro, despues de haber hecho humanamente lo que se puede.

La calumnia se ensaña bàrbaramente en mí.

Pido à vd. que si algo le consta de lo que digo en mi manifiesto, quiera vd. tener la bondad de declararlo al piè de esta, ó en carta separada.

De vd. su amigo S. S.

B. BOSSI.

Diciembre 27 de 1871.

Sr. don B. Bossi

Presente.

MUY SEÑOR MIO:

Respondiendo à su carta fecha de hoy — diré à vd:

Que prevenido contra vd. antes de saber à bordo del *Villa del Salto* de què modo llegó vd. allí, siento desde entonces un deber de con-

ciencia en raciocinar respecto à su posicion y sus actos, en nuestra terrible noche del 24.

La generalidad condena à vd.

Yo estoy muy lejos de hacerlo.

Es cierto que la generalidad en este asunto es inconsciente.

Tambien parece que entre las victimas felices, que deben ser como yo, *conscientes* — no falta quien le condene.

Sea lo que quiera, yo cumplirè un deber de concienciencia en contestar à vd. CON REPOSO, como el que felizmente me acompañó, para salvar mï vida con el señor Sienra y Carranza.

La respuesta es grave señor Bossi — y no es para darla al piè de su carta — è inmediatamente.

Mañana con el reposo y reflexion que el asunto requiere enviarè à vd. mi contestacion.

Si la encuentra vd. dèbil, y aun si lo fuese — entienda que es lo que mi conciencia ó mi seguridad deba decir — y jurar y sostener ante cualquiera de mis compañeros de desgracia con suerte.

Mientras tanto saluda á vd. atentamente S. S. S.

REDONNET.

Hotel Concordia, cuarto núm. 6

Sr. D. Bartolomè Bossi:

Presente.

MUY SEÑOR MIO :

Me hago un deber de conciencia y un honor al contestar con la reflexion debida à la suya fecha de ayer : si mas detalles vd. necesitàra de mí, y yo los conozco, con la mejor voluntad se los daré.

Repito que comprendo esto, como cumplimiento de un deber de conciencia.

He sido pasagero del vapor *Amèrica,* alojado en el camarote 33.

Estuve despierto y en pié, desde el momento de la esplosion que tuvo lugar la aciaga noche del 24 del corriente en sus primeras horas.

Una vez fondeado, y sin vapor las calderas, y apagados los fuegos .... una perfecta tranquilidad tuvo lugar abordo.

Nada notè digno de sèria reprension ni crítica.

Nada oí que mis compañeros de viage criticáran.

Alguno de ellos venido espresamente *de las hornallas*, hizo saber à todos los que quisieron oir «*que nada habia que temer*» — que èl se iba à dormir, y que aconsejaba à los demàs que asi procedieran. — Testigos fueron el Sr. Reinal, su señora y muchos otros que no conozco.

Yo no vì à vd. en el salon ò en popa, desde que de allí saliò con motivo de la esplosion, dando voces para calmar los ànimos, y dirijièndose naturalmunte, donde su presencia era necesaria.

No lo estrañè, lo encontré perfectamente natural, y vd. esplica en que pasó los 40 ó 50 minutos que mediaron entre la esplosion y el incendio.

Yo creo su esplicacion con tanta mas facilidad, cuanto que los actos que relata, me eran ya mas conocidos, y otros son tan naturales è imprescindibles en el caso en que nos hallàbamos, que no puedo pasarle por alto.

Recordamos siempre que entre la esplosion y la sùbita aparicion del incendio, no pasaron de 40 à 50 minutos mas ó menos.

Mi relój marcaba las 3 y 10 minutos — fuè la hora en que me arrojè al agua. No sè à que hora esplotó la caldera — serian las 2 mas ó menos, no ví entonces mi reloj.

Hemos llegado al momento terrible .... à la aparicion del fuego, hasta entonces invisible .... pero desde entonces aparecido como la erupcion de un *volcan*!!

¿Què causas lo motivaron?

¿A qué descuido fuè debida la aparicion atroz?

Nadie tiene el derecho de omitir una opinion justa.... sobre todo si ella debia servir directa ó indirectamente para que la opinion pùblica se pronuncie en asunto de tanta gravedad.

Todos sabemos emitir opiniones aventuradas en nuestras vistas ó en nuestras opiniones personales.... pero este atroz suceso demanda especial cordura, especial reflexion, íntima imparcialidad.... y tambien presencia de los hechos.... para lanzar opiniones que envuelven en sí la acriminacion ó la absolucion de uno de los hechos mas atroces y acaso el mas atroz que recuerde la historia de los siniestros marítimos en el Plata.

Por mi parte, Sr. Bossi, està Vd. muy lejos de merecer mi crítica.

La opinion general abordo, la noticia del pasagero venido espresamente — algunos minutos antes — y la conciencia y vista mia, no me permitiria hacer à Vd. el menor de los cargos, sin cometer un crímen.

Puedo à vd. ofrecer mejor absolucion personal ?....

He maldecido, he deseado, hubiera muerto à vd. en un momento de vèrtigo....momento que solo puede comprender quien pasó por èl !!! Oh momento de suprema desesperacion !!

Por èl pasaron todos los que estàbamos en la galeria de popa fuera del salon.... con el fuego mirándolo atrozmente !!!

El bote de babor fuè arriado de sus pescantes en aquel momento; se dirijió à la costa, y el nombre de vd. circuló entre nosotros, como si supièramos seguramente que vd. se alejaba en èl.

Puede repetirse el nùmero de imprecaciones supremas que aquella vista de abandono atroz causó ?

Cualquiera puede contestar à esta pregunta.

A partir de este supremo momento, nadie pudo hacerse ningun gènero de ilusion, en cuanto à conservacion de la vida.

Serian las 3 de la mañana.

Á las 3 y 10 minutos, yo estaba en el mar, en union con el Sr. Sienra y Garranza, ni èl ni yo teniamos salvavidas.

Nos dirigimos à la proa, pero guardando una distancia de 150 à 200 metros del incendio, por el costado de babor.

Estando frente al castillo de proa, vi que un hombre se hacia izar para subir à aquel peligrosísimo, infernal y reducido espacio; el fuego lo tenia invadido.

El hombre que allí se — hizo *izar* — no dudo hoy por su manifiesto — que era vd. — y esto provado — es su mejor manifestacion, y es imposible que allí hayan subido dos hombres.

La cuerda quedó colgando y nadie la aprovechó para hacerse subir — ó para intentar hacerlo.

Mi opinion y mi conciencia hoy — despues de cuatro dias de vida nueva — de reflexion — y de tranquilidad casi normal — es la siguiente:

Primero — Que su manifiesto de ayer — relata muy fielmente — el suceso fatal — en que he tenido la fatalidad de sufrir — escepcionalmente menos — que la generalidad.

Segundo — Que he presenciado en todos sus detalles la ascension

al castillo de proa — y tambien los actos de los hombres que allí estaban — hasta un momento de increible sufrimiento.

Vi romper con hacha, ú otro objeto semejante ó golpear para romper — el remate de la Roda (ó Branque) — como objeto flotante y recurso de salvacion.

Los que allí se sostuvieron, nadie les envidia seguramente su posicion.

Estar allí fué sin duda una valentia; valentía á la que doy una clasificacion mas alta.

Desde que se incendió el *estay* del palo trinquete, allì no habia à mi juicio, ni objeto que tirar al agua, que sirviera para alimentar esperanzas de salvacion.... salvacion momentànea !!.... à nado.

Tercero — Que yo no debo dudar que fuè vd. quien se hizo *izar* por el lado de *babor* inmediato al *escoben*, y que su llegada al pedazo de castillo que quedaba ardiendo y su permanencia allí es un hecho de sèria bravura, si no tiene algo de osada, de delirante impremeditacion; YO CREO QUE FUÉ BRAVURA.

Cuarto. — Que aquellos momentos no eran para estar en el espacio que vds. resistieron como salamandras.

Vds. han estado sobre el tajamar en un espacio ilimitadísimo ardiendo la tabla del castillo bajo sus pies y teniendo mas abajo un caos de fuego, un infierno !!!

Quinto — Que en conciencia: un deber, una duda de honor, declaran á mi juicio el hombre que tuvo la sangre fria de hacerse izar al cràter del volcan, cuando podia estar en el agua prendido del cabo que lo subió; le ha debido salvar su sangre fria, para mandar, para preveer, y para hacer ejecutar todo lo racionalmente digno de llevarse à cabo, antes de la erupcion que tuvo lugar, por frente al camarote 32, si mi vista y mi memoria, no es infiel.

El tajamar ha sido mi constante punto de mira, tanto es así que hasta 5 minutos antes de estar abordo del *Villa del Salto* no habia visto à dicho vapor.

El Sr. militar prusiano, me dirijió la palabra à 50 ó 60 metros de distancia, y este fué el motivo de que, y casi en seguida llegamos al buque nuestro salvador.

Fuimos los primeros que subimos sobre cubierta.

Debo à ese Sr. militar prusiano, mis cumplimientos, por su modo de contestar à las pocas palabras que le dirijí, — interpretando como en

tales casos se interpreta — la proximidad de un compañero de infortunio.... Oh humanidad !!

Digno de felicitacion es tambien el tal Sr. por su sangre fria.

Recomiendo à vd. que no olvide la presencia cerca de la proa de ese caballero prusiano, ni de los que estuvieron prendidos de la cadena, del ancla tendida por estribor.

Quisiera abundar en otros datos, y puedo hacerlo si llega el caso, por ahora creo que bastarà si no sobra con la presente, como respuesta à la suya de ayer.

Quedo à sus òrdenes — en lo que pueda hacer luz y de mi dependa, mande.

Cumplo un deber de conciencia, y lo cumplirè del modo mas lato que la razon, ó la publicidad, ó la fé en juicio requieran de mi ese cumplimiento.

Soy de vd. en conciencia, justo apreciador, que recien hoy, por la presente se dice su amigo y S. S.

REDONNET.

Hotel Concordia, cuarto nùmero 6.

OTRA

Sr. Director de «El Siglo»:

La Revolucion del 26 del corriente haciendo una descripcion de lo acontecido à bordo del vapor *Amèrica* dice que el infrascripto en compañia del capitan Bossi y un maquinista bajó á inspeccionar la màquina despues del estruendo. Esto no es cierto, el que acompañò al capitan Bossi fuè mi primo Don Santiago Canstatt el cual me dijo al volver al salon que habia dos foguistas muertos.

Lo que sí es cierto es, que el infrascripto le hizo presente al capitan Bossí que el humo que se hacia sentir à bordo le parecia provenir de fuego que aun no se hubiera apagado, y entonces el capitan preguntó à dos empleados que se hallaban trabajando en la cubierta del come-

dor, y estos contestaron que provenia del carbon que se estaba apagando.

Insistiendo nuevamente en la anterior observacion, el Capitan Bossi volvió à preguntar à los marineros y estos contestaron negativamente.

Siempre el infrascripto al lado del Sr. Bossi oyó el grito de los marineros que estaban abajo, de *fuego*, y entonces el capitan les dijo: *silencio cada uno en su puesto.*

En este estado atravesè la càmara y me fuì à popa à calmar el espíritu ya bastante agitado de mis compañeros y no volví à ver mas al Sr. Bossi.

Al agradecer à vd. la atencion de la publicacion de lo que dejo dicho, solo me resta decir que no he autorizado à nadie à interpretar el juicio que haya podido formarme de tan lamentable incidente.

De vd. atento y S. S. Q. B. S. M.

L. SIENRA Y CARRANZA

Montevideo, Diciembre 27 de 1871.

JUSTIFICACION

El Comandate Bossi ha escrito las siguientes cartas

A los señores Castro y Garay:

En medio del dolor inmenso que me abruma, víctima de un infortunio que no sentiràn con tan agudos dolores, aun los que han perdido en la catàstrofe à los sères mas queridos de su corazon, hora por hora siento todavia los dardos envenenados de acusaciónes tremendas que me asestan los que conmigo fueron víctimas en la horrible catàstrofe, como si acibarando mi dolor y haciendo mayor mi infortunio encontrasen consuelo á su afliccion y remedio à su desgracia.

D. Jacinto Castro y don Manuel Garay me acusan y me acusan con despecho y con ira, como si yo fuese reo criminal y no victima tambien en la luctuosa tragedia que describen.

Ya ha pasado la exaltacion que en mi ànimo desprevenido para tales maldades produjeron las primeras acusaciones que vieron la luz pública, y solo tengo un sentimiento de compasion para los que en tan grande infortunio solo albergan en su pecho sentimientos de ódio à mi persona.

El Sr. Castro me acusa de que durante cuarenta minutos que mediaron entre la esplosion de los tubos y la esplosion del fuego, nada hice para prevenir las desgracias que acontecieron.

Pero yo no creia ni razon tenia para creer, que el fuego fuese consecuencia de la esplosion de los tubos y no habia razon para creerlo.— Cuando se me manifestaron los primeros temores de que algo ardiese en el fondo del buque, hice las averiguaciones mas activas, y su resultado fué negativo. Asi mismo hice preparar las bombas y cuando me ocupaba de esa tarea, por un esceso de precaucion, el fuego estallò en la proa y se estendió de proa à popa con la velocidad de un relàmpago.

¿Cuál es mi crimen? ¿No haber adivinado que la esplosion de los tubos habia de producir la esplosion del fuego? ¿No haber alarmado à los pasageros con temores de que yo no participaba absolutamente?

¿Quién mas que yo debia temer la catàstrofe que se produjo, yo que tenia la responsabilidad moral de cuanto sucediese abordo, yo que corria los mismos y mayores peligros que los pasageros y que tenia en aquel buque el pan de mis hijos?

El Sr. Garay por su parte me acusa de que no hice al vapor *Villa del Salto* todas las señales de riesgo, tales como cohetes, cañonazos, campana.

Si todo el trastorno que habia sufrido el buque hasta ese momento era la esplosion de un tubo que no debia tener en órden regular, otra importancia que la postergacion del viage por algunas horas, con tiempo sereno y mar tranquilo. ¿Por qué habia yo de dar señales tan alarmantes de un riesgo inminente que en mi concepto no habia?

Yo esperè que el *Villa del Salto* se aproximase por el solo hecho de haber interrumpida el *Amèrica* la marcha y arrojar el vapor en cantidad y fuerza estraordinarias, lo que à todas luces revelaba un trastorno en la màquina.—Viendo que así no sucedia, levantè faroles y los hize colocar à media asta; ¿cómo podia yo suponer que no los veria aquel buque, cuando debia tener su capitan fijas en nosotros sus miradas por el hecho inesperado de haber detenido su marcha y largar el vapor à toda fuerza?

Pero yo me resignè à ver mi viage postergado por algunas horas: eso era todo lo que yo veia en el alejamiento del *Villa del Salto.*

En suma:

En tres hechos capitales yo baso mi defensa, ya que en el triste caso se me ha colocado de defenderme, cuando creia ser compadecido por lo menos en el inmenso infortunio que me estaba reservado en los arcanos del destino.

1°. Que es falso que yo hiciese forzar la marcha del vapor *Amèrica* para tener el trivial placer de llegar al puerto antes que el *Villa del Salto*, lo que he demostrado á la evidencia en un manifiesto circulado ayer y puedo ratificar ahora, con la sola observacion de que á las 2 de la mañana, hora en que el *Amèrica* ha estado fondeado muchas veces en el puerto, estábamos á veinte y tantas millas.

2°. Que el incidente de la esplosion de los tubos no determinaba peligro de ningun gènero, y que por consiguiente yo debia tranquilizar à los pasageros, *como los tranquilizè*, y no habia razon para que apelase desde luego à los medios estraordinarios y desesperados de salvacion.

3°. Que desde el primer momento de pronunciarse el incendio quedé

separado de la casi totalidad de los pasageros, y que por consiguiente no pude prestarles auxilios materiales ni morales de ningun género, y que harto hice con lanzarme al agua por la proa para volver à ella despues de haber llegado à la popa, con el intento de utilizar los botes salvavidas, cosa que no pude realizar porque no encontrè á nadie que me contestase y el fuego lo devoraba ya todo, y una vez que volví à entrar à bordo me ocupè de lo único que me era ya dado ocuparme, de arrojar tablas, puertas, cuerdas y otros objetos que sirvieran de apoyo à los infelices náufragos.

Estos hechos que han de quedar establecidos con caracteres inequívocos de verdad, serán la base, estoy cierto, de la reaccion que espero se hará en la opinion pública y que yo espero como el único consuelo que admite mi inmenso infortunio y mi justificada desesperacion.

Sírvase vd. Sr. Director de *El Siglo* dar cabida á estas líneas y se lo agradecerà un hombre que sufre el doble tormento de un infortunio horriblemente real y atrozmente calumnioso.

BARTOLOMÈ BOSSI.

P.D. Despues de escritas estas líneas, he recibido las siguientes cartas que sin duda contribuiràn à esclarecer la verdad y à rectificar el juicio falso de algunas personas bien intencionadas.

Montevideo, Diciembre 27 de 1871.

Señor Bossi:

Acabo de leer su manifiesto al público y su parte à la Capitania, y como parto para Buenos Ayres, debo cumplir declarando como caballero y hombre amante á la verdad, que en todos los puntos que vd. me nombra como tambien todo lo que vd. dice respecto de mi es cierto.

Como he oido tantas versiones falsas sobre los hechos pasados, es por eso que en honor à la verdad me dirijo à vd. en la presente.

Lo saluda S. S. S.

JUAN JOSE PONDAL.

Señor Bossi:

En su contestacion à su carta le dirè que à los 3[4 de hora ó una hora poco mas ó menos despues de haberme arrojado al agua y despues de haber dado los dos salvavidas que tenia á dos pasageros que estaban para sumerjirse, determinè dar vuelta todo el buque, nadando para buscar una tabla pues ya estaba cansado y al pasar por la proa lo ví à vd. y otro parado en la rueda de proa; como despues me volví hàcia la popa, ya no lo ví à vd.

Lo saluda S. S. S.

JUAN JOSE PONDAL.

Diciembre 27 de 1871.

Sr. D. Manuel Garay.

Presente.

MUY SR. MIO:

Sirvase vd. contestar á continuacion si los puntos que contiene el parte oficial que pasé al Sr. Capitan del Puerto sobre el incendio del *Amèrica* con fecha 24 del corriente son ciertos.

Su seguro servidor

BARTOLOME BOSSI

Montevideo, Dicembre 27 de 1871.

Sr. Bossi.

MUY SR. MIO:

Es cierto el primero, segundo y tercer párrafo de su parte al Sr. Capitan del Puerto.

Lo demás que contiene lo ignoro, porque yo me encontraba en la popa del vapor, en donde ví el bote lleno de marineros, que contados despues, eran once y nueve pasageros.

Me lancé al agua por la escalera de embarque, y casé la borda del bote por el costado derecho, y como á cuatro cuadras del vapor que estaba envuelto en llamas, fui alzado y pude notar al rato que en la proa se hallaban dos hombres.

S. S. S.

MANUEL GARAY.

Montevideo, Diciembre 27 de 1871.

Sr. D. Manuel Garay.

Presente.

Agradeceria tuviera vd. la bondad de decirme si todo lo que dice *La Tribuna* fecha de hoy, bajo su firma, es declaracion de vd. S. S.

BARTOLOMÉ BOSSI.

Sr. Bossi:

Lo declarado por mi al Sr. Bustamante, es cierto con escepcion de la parte en que asegura que la lancha se dió vuelta.

Ignoro si despues de arrojarme al mar, vd. permaneció á bordo, pero supongo que sea cierto porque he oido á los naúfragos que fueron salvados por puertas, mesas, palos, remos y otros objetos lanzados al mar.

El escribano D. David Lapido que fué de los últimos en arrojarse al mar, podria declarar al respecto.

S. S. S.

MANUEL GARAY.

Montevideo 27 de Diciembre.

El capitan Bossi hoy previno al Sr. Capitan del Puerto que los Sres. Garay y Pondal se iban que les tomara declaraciones, y que el Sr. Aristide Capuano se iba mañana que no dejàra de tomarle declaracion para esclarecimiento de la verdad. ¡Lo que no se hizo !!!

PIEZAS PARA EL PROCESO DEL COMANDANTE BOSSI

Señor D. Dario Becar.

Quisiera poder contestar su relacion dirigida al Sr. D. Luis Varela, en los mismos términos que empleé para con el Sr. Rohl; pero como vd. no refiere un solo hecho constatado y segun se vè por el lenguaje de su escrito, no por maldad sino por ignorancia ó por referencia de otro.

Para hacer la luz, Sr. Becàr, en esta tremenda catástrofe, los que se hallaban durmiendo y que solo vieron por donde arrojarse al agua, deberian confesarlo ingenuamente; lo mismo aquellos que vieron deslindando lo visto á lo escuchado, con la imparcialidad é independencia que emplean los Sres. Rohl y Redonnet, ya quedaria restablecida la verdad; pero pàrece que se hubiera apoderado de varios la mania de referir algo que se relacione con la desgracia mia, y sin reparar que llegan hasta ofender el buen sentido y cada uno dice lo que le parece.

Por ejemplo, dice vd. «*Bossi le contestó con estas testuales palabras (por la esplosion del tubo.) No hay que alarmarse, solo ha rebentado un tubo y á las* 9 *de la mañana entraremos en Montevideo*: pues si todas las palabras testuales que cita son como esta, las colocaré en la misma categoria de otro cuento de que el año pasado el dia 5 ó 6 de Enero me sucedió igual caso, y que un pasagero fué a inondar la màquina para que no se incendiara el vapor...

Que vd. se lo haya figurado, que se podia componer un tubo ó tubos; pase; porque ignora seguramente como están colocados los tubos en las calderas, pero que V. ponga en mis làbios semejante disparate, no se lo puedo permitir. Las testuales palabras cuando se me agoviaba con preguntas, de que si habia peligro, y que hariamos allí fondeados, son las sigientes, Sr. Becar *es cuestion de tiempo, en lugar de llegar á las* 4, *llegaremos á las* 9 *ó* 10, *porque viendo mis agentes que no llegamos con*

el Villa del Salto, y el Cerro señalàndonos fondeados, nos enviarán un vapor para remolcarnos hasta Montevideo.

En otro error Sr. Beccar, incurre vd., diciendo que vió un farol fúnebre à la mitad del palo, pues esto prueba que no ha visto por sus propios ojos los faroles à media asta; los han visto todos los que se encontraron en la proa commigo como lo atestigua el Sr. Rohl, y se conservaron hasta que se quemó el palo, que fuè despues de haber llegado la *Villa del Salto.* Con todo, veo que vd. es de los mas moderados, y que solo habla por referencia de otras personas; le reconozco demasiado buen sentido para forjarse esos cuentos inverosimiles.

Nadie ha llegado Sr. Beccar à inventar y formular acusaciones mas ridiculas en esta desgraciada catàstrofe, que los que firman el contra manifiesto; ellos, como Billinghurst pretenden con insultos probar todas esas falsedades que no tienen sentido comun; quiero creer que algunos de los firmantes han prestado su nombre para seguir esa efervescencia de la exaltacion que siempre deja en pos de sí una catàstrofe semejante.

Vd. juzgarà de la verdad de todo lo que refieren, cuando afirman que me había ocultado á bordo del *Villa del Salto*; el Sr. Capitan Rodriguez Capuano y otros, el Sr. Billinghurst padre, que me preguntó por su hijo y à quien nò conocia, podran contestar por mí y decir si me había ocultado. ¿Y porqué ocultarme? y de quien? Nadie es libre de una desgracia; yo era uno de los mas desgraciados y tenia conciencia de haber cumplido con mi deber.

Dicen que me refugié abordo de un buque de guerra; estoy por creer que aun les dura el pànico: yo desembarquè al costado de la Capitania adonde habia mas de cincuenta personas, entre ellos varios amigos que me recibieron en sus brazos.Desde ese dia, mi casa ha estado abierta á todos los que han querido visitarme, que han sido numerosos y lo mas distinguidos, estrangeros y nacionales, entre ellos los señores Pondal y Garay.

Lo mas singular de la relacion de esos señores, es el lenguage que emplean, que bien cierto no està en armonia con la posicion que ocupan en la sociedad de este país.

Dicen que porquè no ocurro á los tribunales para hacer castigar á los que me calumnian. Tengan paciencia, señores, yo tambien la tengo: la causa se està siguiendo: brevemente se sabrà el resultado.

¿Por qué esos señores no me acusaron aqui bajo su firma: porqué *rio*

por medio agotar el diccionario de los insultos? mas digno y mas decente hubiera sido presentarse á los Tribunales, y hacerme castigar si tal cosa merecia y no ensañarse contra el infortunio.

El Sr. Burmeister tambien escribe su relacion mas ó menos fundada como la de los otros: dice *que visitó la màquina, que trabajaba con* 30 *libras y con mucha irregularidad, que llamó la atencion al Señor Rohl, y que este señor le contestó, no importa, todo vá bien*: inutilmente pienso que quiso decir ese señor, que habia notado *irregularidad* en la màquina; solo el Sr. Rohl, á quien le dirigió la observacion, podria esplicarme lo que hallò de irregularidad el Sr. Burmeister; este señor no sigue la ruta de los demas, que refieren lo que dicen haber visto y oido; en fin, estos cargan con la responsabilidad de su verìdica ó falsa esposicion.

El Sr. Burmeister cita un muerto, esté no lo desmentirá seguramente, ni le pedirá cuenta de haber usado de su nombre. Ese desgraciado empleado (2° Comisario) era demasiado honrado y agradecido para que me correspondiera calumniandome; no cabe tanta felonia en un alma noble.

El Señor Burmeister ha oido decir que los italianos al hechar un voto dicen «Sacramento»; creyó con esto haber hallado la clave para convencer que su relacion es verídica, me aplicó á mi esa palabra, ignorando que hace treinta años que ni pienso en la lengua de mi patria y que los votos los hecho en castellano puro.

Mas curioso aun es cuando dice que *vino un muchacho con la manga à quien ordenè «ajustarla»*, esto es aun mas oscuro que lo que dice haberle referido el muerto; el marinero encargado de la manga era el barbudo Joaquin á quien de cerca no lo trataría seguramente de muchacho; la manga no necesitaba de *ajuste* porque estaba siempre prnnta para cualquier accidente desgraciado.

El último de los disparates del Sr. Burmeister es cuando dice porqué no mandé dos marineros á agugerear el costado del buque: en esto prueba el Sr. Burmeister que sus conocimientos acerca de la construccion de un buque de esta clase, corren parejas con todo lo que ha revelado en el trascurso de su relacion. ¡Oh ignorancia y mala fé como te ensañas con el infortunio!

El Sr. Burmeister concluye con hablar de revolver, de matar, como si se tratara de la cosa mas sencilla del mundo ; pudo haberme procurado para satisfacer su deseo, y aun está á tiempo si desea llenarlo.

¿Con qué el Señor Burmeister fué el que avisó á los pasageros de

camara que se incendiaba el vapor? Son muchos los que se disputan este aviso: como son muchos los maquinistas, los marinos que yo tenia á bordo: todos habrian dispuesto mejor que el ignorante Comandante y nadie les habiera igualado por sus condiciones en cobardia..........

¿Con qué el Sr. Burmeister de la cámara de popa ha visto incendiarse el castillo de proa? Bravisimo: segun se vé el Señor Burmeister tuvo el secreto de conservarse en medio de la vorágine para ver arder el castillo de proa que fué lo último de todo á quemarse.

Señor Beccar: de todas esas relaciones haga vd. un resúmen, no resultará de èl, sino insultos, pasion, personalidad, deseo de una victima à quien culpar, y ni un solo dato que nos coloque en el camino de la verdad, fuera de las declaraciones de los Srs. Bohl y Redonnet; en estos casos vd. convendrà conmigo, que cuando se trata del honor ageno es mejor reflexionar antes de lanzarse á la prensa, con datos que pueden ser destruidos por el último empleado ó por los mismos pasageros amantes de la verdad y justicia.

Unos dias mas y se hará la luz; la verdad no puede quedar oculta; entonces se dara á cada uno lo que le pertenece.

De vd. S. S. S.

BARTOLOME BOSSI.

Montevideo, Enero 3 de 1872.

El Incendio del « América »

AL PUBLICO.

De regreso hoy de mi viaje al Uruguay, he leido en el manifiesto del Capitan Bossi lo que se refiere à mi persona y movimiento del buque de mi mando y debo declarar que la distancia á que pasó el *Villa del Salto* del *Amèrica* fuè à dos ò tres cuadras estando èste marchando y no fondeado ni atravesado.

Que yo estaba sobre cubierta y no ví entonces ninguna señal que me hiciera sospechar hubiese sufrido algun contraste. Que es muy posible

haya puesto las luces cuando estábamos distantes, no siendo fácil las distinguiéramos por estar bajas en el palo de bandera de proa y no al tope del mastelero.

Que estando á gran distancia y habiendo bajado recien de cubierta, vino el primér práctico Serafin Garbiso y me dijo se apercibia una luz que parecia de buque incendiado y que quizá fuese el *Amèrica*; subí inmediatamente y aumentandose la luz, doy órden de poner la proa hacia ella, y mandé dar toda la fuerza á la màquina, llegando donde estaba el *Amèrica* á los sesenta ó setenta minutos mas ó menos.

Es incierto que el capitan Bossi me haya preguntado: si saliendo antes el *Villa* llegaba antes que el *Amèrica* y contestándole yo que no, que el *Amèrica* llegaba antes; ni tampoco si yo creia que tenia necesidad de forzar para llegar antes; lo que me dijo el capitan Bossi cuando salió de mi buque en el puerto de Montevideo, tomando mis manos entre las dos suyas fué, *Gracias Capitan, vd. ha hecho todo lo que podia, yo hubièra hecho lo mismo.*

Diciembre 30 de 1871.

JOHN O. MOORSE.

Capitan del *Villa del Salto.*

Sr. Director de «El Siglo»:

Tenga vd. la bondad de dar cabida en su ilustrado periódico à las siguientes lineas:

Con sentimiento veo que el capitan del *Villa del Salto* se lanza en mal camino: lo siento doblemente porque es un padre de familia como yo; por consiguiente, cuanto he dicho hasta la fecha à su respecto, ha sido siempre para salvarlo y no para perderlo. ¿Qué hubiera ganado yo con acusarlo por no haber cumplido con su deber?, bien cierto que en nada remediaba mi infortunio. Pero al darme un desmentido tan poco reflexionado, me veo en la necesidad de probarle que no soy yo quien falta à la verdad.

El capitan Morse, creo que no sabe lo que ha firmado y es disculpa-

ble porque no es su idioma: dice que pasò à dos ó tres cuadras, asi será: (pero ni cuadra y media pasó distante) dice que estábamos en marcha; todos los pasageros que escribieron en contra mia, lo desmienten; cerca de un cuarto de hora pasó desde que paramos para ponerse à nuestro costado, pero sea todo positivo lo que dice ¿què clase de capitan es el Sr. Morse, que pasa al costado de un vapor que marcha mas que el suyo y que instantàneamente lo deja como fondeado y le pierde de vista en poco tiempo, sin ocurrírsele que algun siniestro debia haber paralizado la marcha de aquel vapor envuelto en una nube de humo ? Preguntàrselo al Sr. Garay y demàs pasageros que quisieron formular la protesta contra èl, si estaba ó no el *Amèrica* parado.

Dice el capitan Morse que empleò 60 minutos para volver al lugar del siniestro; es decir, que à las 3 recien vió el fuego, ¡que ceguedad! hacia cerca de una hora que el *Amèrica* ardía, y afirma que estaba despierto, como si fuera un delito el confesar que estaba durmiendo, cuando ni falta es: ese empeño en darse por despierto y sobre cubierta, èl sabrà el motivo; nosotros à quien agradecemos con toda nuestra alma, es al Sr. Arístides Capuano, quien lo mandó despertar por el pràctico.

Hà sido muy mal aconsejado el capitan Moorse por el que escribió esa refutacion; supuso este salvarlo y al contrario lo ha perdido. Si yo merezco un proceso por mis *imprevisiones*; lo merece del mismo modo el capitan Moorse, por el abandono, la negligencia ó la falta de su deber en no venir á ofrecer sus servicios, por lo que pudo ser la causa de la muerte de todos los que venian en el *Amèriea*, como lo puede ser de los que se ahogaron.

Es preciso que á ambos se nos juzgue, así servirá de ejemplo á los demás capitanes que se ocupan en esta navegacion: dejando las consideraciones á un lado se trata de esclarecer la verdad; es un deber de la autoridad el averiguarla y caiga el fallo sobre quien resulte culpable.

A continuacion publicamos las contestaciones de los que se hallaban presentes cuando hice las preguntas en mi manifiesto. Veremos si tambien desmiente á esos señores como pretende desmentir á

S. S. S.

B. BOSSI.

Sr. D. Pedro Castrillon

MUY SEÑOR MIO:

Espero de su franqueza quiera vd. tener la bondad de contestarme al piè de esta; si es cierto que le dirijí al capitan del *Villa del Salto* las preguntas espresas en mimanifiesto y si sus contestaciones son tan testuales y verídicas como las preguntas.

De vd. atento S. S.

B. BOSSI.

S|C. Enero 3 de 1872.

« Si creia que nosotros habiamos forzado la máquina —me contestó que nó, porqué él solo llevaba diez y seis libras de vapor. »

« Si saliendo antes media hora el *Villa del Salto*, llegaba antes del *América*— me contestó que nó, que el *Amèrica* llegaba antes. »

« Si creia que nosotros teniamos necesidad de forzar para llegar antes,— que nó me contestó. »

Señor D. Bartolomé Bossi.

En contestacion á su carta y en obsequio á la verdad diré á vd; que tanto las preguntas como las contestaciones son exactísimas; ellas han sido hechas en mi presencia.

CASTRILLON.

Señor D. Juan B. Rodriguez.

MUY SEÑOR MIO:

Espero de su franqueza quiera vd. tener la bondad de contestarme

al pié de esta, si és cierto que le dirigí al capitan del *Villa del Salto*. las preguntas espresas en mi manifiesto y si sus contestaciones son tan testuales y verídicas como las preguntas.

De vd. atento y S. S.

B. BOSSI.

S|C. Enero 3 de 1872.

Sr. D. Bartolomè Bossi.

MUY SEÑOR MIO.

En contestacion á las preguntas que vd. me hace en esta carta, dirè en honor à la verdad que es cierto cuanto dice vd. en la presente, pues yo me encontraba al lado suyo.

Sin mas me repito de vd. su afmo. amigo.

J. B. RODRIGUEZ.

Sr. D. Aristides Capuano.

MUY SEÑOR MIO:

Espero de su franqueza, quiera vd. tener la bondad de contestarme al pié de esta, si es cierto que le dirigí al capitan del *Villa del Salto*, S. Moorse; las preguntas espresas en mi manifiesto, y si sus contestaciones son testuales y verídicas como las preguntas.

De vd. atento y S. S.

B. BOSSI.

S|C. Enero 3 de 1872.

Sr. D. Bartolomè Bossi.

Muy señor mio:

En contestacion á la pregunta de vd. debo decir con toda franqueza, que es cierto lo que vd. dice en la presente, puesto que yo me encontraba á su lado en el camarote á la presencia de dos personas mas.

Sin mas me repito de vd. su S. S. y amigo.

A. CAPUANO.

Señor director del diario « El Siglo: »

Espero de vd. se sirva dar cabida en su ilustrado periòdico á las lineas siguientes, á lo quedará agradecido S. S.

B. CROCCO:

Ex-Comisario del vapor *Amèrica.*

Señor Director de El Siglo.

Viéndome atacado á mí vez por unos pasageros compañeros de desgracia del modo mas injusto é incitando al parecer á la autoridad para que se me procure cual sí fuera un criminal, contestarè á esos Sres. no para defenderme, porque no cabe defensa á donde no hay un crímen, sino para dejar constatada la verdad, que es la que debe hacer la luz en esta tremenda catástrofe. Mi declaracion ò esposicion hecha en la Capitanía del Puerto, esplica la posicion en que me encontraba antes y despues del incendio.

Consta á todos que despues de la rotura del tubo todos quedamos tranquilos porque nadie vislumbraba un próximo peligro. El segundo comisario que habia ido á la máquina junto con otros pasageros, á su vuelta á la cámara donde se hallaban las señoras bastante agitadas

aseguró tambien que fuera de la rotura del tubo, no habia nada que pudiera alarmar. Convencido que nada habia que temer, invité varias veces á los Sres. que fueran á dormir y yo tambien hice lo mismo por hallarme fatigado, prueba mas que evidente de la tranquilidad de mi espiritu en ese momento.

Pasado un cuarto de hora poco mas ó menos vino á dispertarme el 2° Comisario, alarmado por el olor que habian notado algunos pasageros; me vesti inmediatamente y al salir del salon para ir á proa, en ese momento reventó el incendio lo que me obligó á retroceder, estando el Capitan á proa, á ocupar mi puesto á popa, desde ese momento ya no hubo mas que confusion y gritos, nadie atendia á pesar de que yo les decia en alta voz que se proveyeran de los salva-vidas que estaban bajo los camarotes; los mas serenos así lo hicieron.

Por consiguiente es un cargo injusto el que se me quiere hacer, además desde que se instaló el *Amèrica* en esta carrera, mas de una vez se han publicado todos los elementos que poseia ese vapor en caso de peligro para la salvacion de los pasageros. Siento no recordar los nombres de las personas que por mi indicacion se proveyeron de salva vidas; apelo á la caballerosidad de esos señores para que lo hagan público y destruyan esa idea de algunos que quieren formularme un cargo injusto.

Otro de los cargos es que el capitan habia abandonado su puesto y que debia estar allí para decir á los pasageros donde estaban los salva vidas. No era allí el puesto que debia ocupar el capitan, es en la proa donde debia hallarse y allí estaba; esto es tan ridiculo como el que yo debia saber las condiciones en que se encontraban las puertas, puesto que yo no estuve abordo, cuando se construyó el buque, y si hubiera sabido que las puertas y algunos otros muebles podrian servir mejor que los salva-vidas, se los hubiera indicado à todos, aunque en casos de peligro cada uno hecha manos de lo que cree mas útil para su salvacion. Si esos señores hubieran conservado la serenidad como el Sr. Rohl y otros, hoy no harian cargos indebidos contra los que son tan victimas de la catástrofe del *Amèrica* como ellos.

BACCIO CROCCO.

Montevideo Enero 4 de 1872.

AL PÙBLICO

A la prensa — Á la razon imparcial y justa

Mi deber y honor me impulsan á volver à la prensa, á volver siempre, hasta que se haga la luz sobre las causas reales que hayan producido la catàstrofe del *Amèrica*, y hasta que estinga y pulverize la calumnia con que se pretende anonadarme.

Estoy solo contra una infinidad de acusadores; los unos justamente afectados en lo mas sensible de su alma y cuyo desahogo compadezco; los otros frios y gratuitos, que van creando y recogiendo materiales que arrojár sobre mi cabeza, conturbada tambien por hondos pesares y por crueles sufrimientos.

Instigantes fríos que están cortejando el dolor que preocupa con justicia el sentimiento pùblico y que saltándo las barreras de la prudencia y la razon, la barrera de la misma justicia humana; fallan sin pruebas, condenan, y arrojan el estigma de sus antipatias contra un hombre agoviado por una situacion cruel.

No me dirijo pues, à los compañeros de naufragio, porque respeto su hondo pesar. No contesto á la prensa fria que traiciona su justo sacerdocio, porque su actitud cruel es preconcebida.

Me dirijo á los diarios nòble y dignamente inspirados, que sin hacerme favor, sin ponerse de mi lado,sin ampararme, son bastante rectos y prudentes para esperar que los hechos que se produscan, los autorizen à hacerlo con fallo ingenuo y certero; sea ó nó adverso.

Me dirijo à la opinion desarmada de la sociedad que no se erige en tribunal absoluto y tiránico para lanzar un fallo sin formularlo sobre la prueba irrefragable de los hechos, ¿ qué voy á decirles á ciertos diarios de Buenos Aires, que desde el primer momento de la catástrofe han repetido:

(1) « El Comandante Bossi es un criminal ! ! !

« El Capitan Bossi es la causa absoluta del siniestro ! ! !

« En vano da manifiestos el Comandante Bossi. No se justificará nunca, jamas ! ! ! No hable; cállese, doble el cuello ante nuestros denuestos y sopòrtelos humillado ! ! ! »

(1) *La Tribuna* y *Nacional.*

Pero tal procedimiento no puede emplearse ni aun contra los criminales, en las sociedades cultas y cristianas ! — Hallan altivo, insolente mi manifiesto, ¿ pero que quieren ? qué pretenden esos diarios ! quieren que vaya á implorar su favor de rodillas, á pedirles clemencia de sus iras; favor á mi quebranto y que responda con humildes palabras y mentida hipocresía, á las descargas de insultos y denuestos que me han arrojado ?

Yo no necesito su favor; yo no preciso sinó que se me haga justicia y se atiendan sin preocupacion los hechos que espreso. ¿ Quieren que saque fuerzas de mi natural postracion para hacer una cobarde parodia, para hacerme absolver ante su tribunal de cúlpas que yo no acepto ?

Yo soy tambien un náufrago; soy tambien un padre de familia; he soportado tambien los peligros; y si mi caracter y mi posicion á bordo del *Amèrica* me subordinan á los cargos competentes que puedan formnlárseme, nadie puede admitir que se substituya anticipádamente el desahogo del rencor al nóble peso de la justicia.

Ante esta, me subordino y me doblego; pero la calumnia hiriente y sistemática la rechazo.

Una calamidad puede reconocer diversas causas, y por dolorosa que aquella sea, y por mas hondamente que aquella hiera el corazon de la humanidad, no es razon para que determinadamente se descargue la responsabilidad sobre una victima escojida.

Mi comando del *America* que me atribuye responsabilidades profesionales y oficiales, tienen sus límites cuando un incidente desconocido, ó una eventualidad me hacen víctima como à todos de la fatalidad de los hechos.

¿ Se ha inquirido ya en la prensa y en la opinion la causa real del siniestro?

¡ No ! se han emitido juicios diversos sobre probabilidades y presunciones; y yo voy à demostrar una vez mas en esta esposicion la vaguedad y la inconsistencia de esas opiniones.

¿ Se ha investigado mi conducta y mis disposiciones durante el peligro y en medio del siniestro?

Lo ignoro!

Unicamente se han motejado mis cualidades.

Se me ha tachado de **inesperto;** olvidando treinta y cinco años de mando naval en estos rios y en casi todos los mares del mundo.

Treinta y cinco años de cruel esperiencia entre los rudos labores de la vida marina, con todos sus sinsabores, con todos sus peligros, son nada ante el juicio incompetente y ligero.

No importa!

Se me tacha de **cobarde** por los mismos que no ha mucho atribuian á los accidentes de mi agitada existencia, un temple bastante firme para acometer esploraciones árduas y aventuradas que todos conocen.

Se me llama **indigno**; à mi que he merecido la estimacion de tantas personas honorables que me honran con su amistad; à mi que debido á mi honestidad y labor; me habia colocado en una situacion apetecida y que estoy satisfecho de haber hecho todo el bien posible à mis amigos, à mis enemigos y aun á los indiferentes.

Bien pues, tambien yo á mi vez tengo derecho de ser atentamente escuchado, para desvanecer esos cargos que parecen brotar todos juntos y de repente á causa de un infortunio tremendo que se quiere hacer pesar sobre mí, que yo rechazo con todas mis fuerzas, y que se ha de desvanecer cuando la verdad se levante con toda su serena magestad.

II

Se me hacen los siguientes cargos:

1.° *Que por una vanidad pueril forzè la máquina para llegar primero que el « Villa del Salto. »*

Desde que he demostrado que el *Amèrica* llegaba poco mas ó menos á las 3 de la mañana; y desde que en ocasion del siniestro, me encontraba á veinte y tantas millas distante, quiero decir, que iba con menos fuerza que la comun; y como parece que ya está reconocido el hecho con esactitud, resulta pues, que **mi vanidad y mi orgullo** no han tenido ingerencia en esta desgarradora calamidad.

Ni fuerza **escedente de vapor**, ni fuerza de pueriles pasiones han motivado la catástrofe; y asi, quede deshecho el cargo que con mayor virulencia se me formulaba desde los primeros momentos.

III

2.° Cargo contra mí:

« *Que habiendo forzado la máquina con manifiesta temeridad, hizo esplosion la caldera, y de eso provino el incendio.* »

Como no estalló la caldera sino un tubo flus de una caldera, y lo único que podia suceder y sucedió, era que escapase el vapor, infiriendo daño á los que alcanzase el agua hirviente; y como los efectos inmediatos de este derrame seria apagar los fuegos, resulta que el desquicio de la esplosion del tubo no ha podido producir la catàstrofe.

Contesto las dos aseveraciones primeras; y resalta que las induciones empiricas, y los dos cargos con que se me responsabilisa no tienen base.

Asi, pues, ni los diarios ni los pasageros del *Amèrica* ni nadie puede determinar la causa del fuego, que ha podido ser casual, ó como dice el señor Rohl, hijo de un designio criminal; y ante estos dos dilemas de que vendria á depender la cuestion, no puede haber ninguna conciencia serena y despreocupada que pueda resolver.

No ha sido el esceso de vapor lo que ha motivado la catástrofe.

Nadie indica ni supone, ni menos afirma, de donde provino el fuego.

Ha entrado en la màquina el señor Canstt como lo afirma el señor Redonnet en su carta: se ha acercado el señor Rhol; como lo dice él mismo; visitó el señor Pondal; han entrado y salido varios pasageros, empleados del buque, maquinistas, etc.; nadie ha visto el fuego; y mi reiterada investigacion dió por resultado, que el humo que salia era proveniente de los fuegos que se apagaban.

¿ Còmo es que nadie vé fuego ni señales de incendio ? ¿Cómo es que los empleados de esa seccion ni los estraños lo notan ?

Solo Bossi, el Comandante Bossi ha debido ver y sentir lo que nadie veía ni sentia; lo que nadie presumia siquiera ! ! !

Lo razonable, lo justo, lo que resalta, es que Bossi como todos los demás, venia á ser una victima de ese acaso cuando no se revelaba á nadie, cuando habia tantos presentes; y de esto nace, y así se esplica mi tranquilidad que se toma tambien como una culpa, no se alterase, puesto que informado de la verdadera causa del contratiempo, no veía un peligro para las vidas de los pasageros ni para la pérdida del buque.

¿ Se puede creer que ante la mas leve presuncion de un peligro semejante, me habria mantenido impasible ?

¿ No se trataba acaso de solemnes responsabilidades ?

¿ No tenia yo tambien mi vida que perder? ¿No tenia en el buque mis intereses ? ¿Y cómo se puede imaginar, en fin que yo afectase una tranquilidan ficticia que podia tener consecuencias tan supremas ?

Porque la tenia en realidad; es que la inspiraba á las personas que

me interrogaron, incitándolas á descansar; porque espiritus sobrehumanos no podian inspirarme la idea terrible de que la fatalidad fuese á convertir el *Amèrica* en una tumba para los demás y en una tumba para mi mismo.

Creo que ante la razon despreocupada deben tener algun valor estos argumentos, abonados por los instintos de la naturaleza y por ser bastantes á destruir las sugestiones preconcebidas y cavilosas

IV.

Producido el incendio, vienen ahora los cargos sobre mi conducta durante el peligro.

« 1.º Que desapareci, me fuguè, que me ocupè de mi mismo, que abandonè à mis pasageros.

Se dice, en segundo lugar, que« mostré aturdimiento, cobardia, etc. »

Voy á responder, y ruego se acuerde la debida atencion al que se defiende contra cargos tremendos innobles y altamente injustos.

El Señor Redonnet, pasagero del *Amèrica* y cuya carta concienzuda se ha publicado, dice: *que despues de una hora que se hallaba sostenièndose en el agua hácia la proa del « Amèrica, me veia todavia entre el fuego arrancando maderas, picando palos, etc.* »

Las cartas que tambien he publicado de los Sres. Pondal y Garay, ratifican una de ellas en parte y la otra el todo de mi manifiesto.

Luego el Comandante Bossi que abandonó el último su puesto, destruye los cargos de los que no podian verlo como era natural divididos por la vorágine y aterrados por el peligro.

Pero el Capitan Bossi vuelto á la proa, manda arriar el ancla á flor de agua para que sirviera de descanso á los nàufragos. El Comandante Bossi arrojaba al agua los fragmentos de madera, los pedazos de borda y cuanto flotaba en el rio, para salvacion de muchos, ¿ de donde brotaban esos elementos de salud, esas tablas del nàufrago, ese ausilio providencial?

¿ Eran los tripulantes del *Amèrica* los que los arrojaban?

No; porque habian huido, ¿Eran los pasageros acaso? No porque lo habrian ya declarado; y solo el Señor Rohl revela haberse munido de un madero abordo.

Luego era yo; que no pudiendo hacer otra cosa, hacía en mi desesperacion lo que era posible.

Resulta pues, que ni fugué, ni mostré aturdimiento, ni inaccion. Resulta que no podia hacer mas; porque estando todos contestes en que **el fuego estalló** con la rapidez de un volcan. interceptando el buque, y desesperado de no poder ya hacer nada á proa por el abandono en que me encontré, y arrojados cuantos medios flotantes, fuí á la popa por el agua con la esperanza y ánimo de hacer arriar el otro bote salva-vidas, y no encontrando ya à nadie que pudiera ayudarme, volví á ocupar mi puesto.

A mi vez pregunto; ¿por qué habria sido imposible que los mismos pasageros lo hubiesen empujado al agua en un momento en que el peligro es comun, y en que cada cual es dueño de sus inspiraciones de salud, de sus derechos supremos para disponer de todo lo que conduzca á la salvacion?

El bote de servicio, mas á la mano, habia sido arriado por mis tripulantes de abordo, y un gran numero de pasageros se fueron en él. ¿Porquè estos no obligaron à los tripulantes en tan corto numero à ir à salvar à lo menos las señoras y los niños?

No me restaba otra cosa que hacer sino los desesperados esfuerzos **que hasta el último instante** consagrè à los desgraciados nàufragos, hasta que el fuego me envolvia en sus llamas.

Agregan «que no dì los salvavidas à los pasageros;» pero esto està contestado de dos maneras-

Los que tenian costumbre de viajar en el *Amèrica*, sabian que en cada camarote habia siempre un chaleco de salud bajo la cabecera de cada cama; saben los que me acusan, que el fuego nos interceptó, por consiguiente, nada podia decirles; y consta de todas las relaciones, que los salvavidas del *Amèrica* tomados por los que previeron la perdicion del buque y mantuvieron alguna serenidad, son los que figuran en ese terrible drama, en la lucha con las olas.

Es ya notorio **que no abandoné el buque**: está demostrado que no desfallecí un momento; está provado que hize cuanto **un hombre solo** puede hacer por sus semejantes en tan solemne trance.

V.

Se dice «que debí redoblar las señales para el *Villa del Salto.*

En oportunidad hice las señales indicadas con los faroles estraordi-

narios y en lugar convencional, porque me faltó el silbato como lo afirma el señor Rohl; ya probé que no tenia cañones, fusiles, fuegos de bengala ni cohetes; por consiguiente, hice cuanto estuvo de mi parte para avisar al *Villa del Salto* que venia acercándose, aun no habiendo hasta entonces amago de ningun peligro.

Si todos estàn conformes en que el fuego estalló como un volcan interceptando la proa de la popa, se comprenderà facilmente, por què los pasageros han ignorado de lo que me ocupaba.

Sus indicaciones hechas despues para hechos que se consumaron fuera de su vista, non tienen fundamento; provado que hice uso de las señales de costumbre y únicas de que podia disponer.

¿Si yo hubiera perecido con la esplosion del tubo, què señal podia ser mas terriblemente elocuente que la inmensa cantidad de humo que rodeaba el vapor *Amèrica,* y despues la del fuego mismo?

Esta serie de observaciones son hechas despues de la catastrofe; ó por los que léjos del peligro, de la escena y de los hechos, no pueden razonar lógica y concienzudamente; ó por los que piensen darla como competentes y responsables; ò por los desgraciados que, habiendo sufrido tanto, tienen justo derecho de espresar impunemente las sugestiones de su espíritu dolorido.

Asi pues, respetando y compadeciendo á los unos, respondo y confundo á los otros; porque, necesitando friamente ostentar una esplicacion de hechos **fatales** y desconocidos imprudentemente, me hacen víctima para descargar su **anatema** cuando les falta el argumento razonado y convincente.

VI.

Algunos de los náufragos dicen en sus esposiciones: «que me aturdí y no hice nada, ni tomé disposicion alguna.

Otros cuyas esposiciones se han publicado, afirman: que cuando se diò la voz de fuego, me oyeron gritar: «silencio, todo el mundo à su puesto.»

Otros refieren, «que me vieron arrojar sobre la bomba y aplicarla al incendio.»

Los otros, y mas bien todos atestiguan que la tripulacion no cumplió con su deber, dejàndome solo....

El señor Redonnet, con la franqueza y la conciencia de un hombre de honor, afirma y jura ser exacto el contenido de mi manifiesto, como testigo ocular, como víctima del siniestro.

Los señores Pondal y Garay, cuyo testimonio se quiso hacer valer contra mi en los primeros momentos, vienen con su testimonio ocular y la voz de su conciencia á ratificar mis declaraciones.

El Sr. Rohl, que revela una gran serenidad y que formula cargos que ya contesté y contesto en la generalidad de este escrito, se abstiene prudentemente determinar, despues de un análisis la causa del fuego; luego entonces, no es el Capitan Bossi el ùnico que habla aquí defendiendose, no es el gratuitamente acusado el que se sugiere incidentes, ni fragua situaciones, ni inventa hechos; nó; son los mismos pasageros los mismos náufragos, las mismas víctimas, que vienen con su voz tambien dolorida y competente, á dar fuerza á la verdad de mi esposicion, á robustecerla y ayudarme en la noble tarea de levantar la verdad de un acontecimiento terrible.

Para dudar de mí, es menester dudar de los otros. Para rechazar mis asertos, es menester rechazar la ingènua declaracion de los que han sufrido conmigo y con los demás los peligros y los dolores; y tiene que admitirse ó que he dicho la verdad, ó que los caballeros nombrados son conmigo cómplices de una cruel impostura.

VII.

Creo que he tenido derecho á que se me tratase, no con indulgencia, sino con la consideracion que la prensa culta acostumbra usar con todos y nada mas; soy casado con una argentina hija de un benemérito militar de la independencia, el general Casto Cáceres, tengo hijos argentinos y orientales, à ellos debo dejar un nombre sin tacha, para que un dia puedan ostentarlo con honor que serà la única riqueza que podrè dejarles despues de la fatal catàstrofe que me arrebató treinta y nueve años de trabajo improbo.

Por consiguiente, cuando ha sonado para mi la hora de un tremendo infortunio, creo que se ne debe juzgar como á hombre de bien, no como un filibustero; creo que se me debe juzgar dentro del amparo de mis derechos civiles y de mis derechos sociales; y no ponerme fuera de la ley, condenándoseme sin oirme y sin valorar mis quejas.

Esto es todo lo que he exigido y me parece ser lo equitativo y lo justo.

No busco el favor, porque no lo nesecito. no busco la indulgencia porque no tengo culpa. Asi pues, anhelo que se haga la justicia; que se me disierna si la razon me lo acuerda; que se me fulmine un fallo terrible si hay razon ilustrada, infalible probada, que me atribuya culpa.

No es mucho pedir à fè; tan solo es reclamar justicia — y se exige entre tanto que me resigne al estallido de las **impresiones**, que me subordine al peso de inmerecidos denuestos.

Provoco á la una; rechazo las otras; porque si mi corazon está hecho pedazos, mi conciencia está serena como el alma de mis hijos, firme como el pedernal de granito.

Se quiere sublevar contra mi las prevenciones sociales, hacerme odioso, anonadarme, como si despues de la escena tremenda en que he sido actor, como si despues de la montaña de pesares que pesan sobre mi alma, hubieran decepciones que pudieran aumentar las mias.

Gran parte de estas prevenciones, nacen sin duda de la severidad de la disciplina que siempre procuré mantener á bordo. En un buque tan grande, tan concurrido de pasageros de todes clases y condiciones, no podia ser de otro modo, precisamente porque el mantenimiento de los reglamentos y la disciplina, era una precaucion contra el fuego que desgraciadamente fuè esteril.

Entre tanto, aquel era mi deber; y á despecho de las constantes prevenciones y antipatias que me creò mi tenacidad y los miles de incidentes desagradables ocurridos en muchos viages del « *Amèrica,* » yo habia conseguido inspirar á los viageros, al comercio, y á las familias una merecida confianza.

Esto prueba mi celo, esto prueba mi constante cuidado, esto prueba mi incesante precaucion contra el fuego, elemento que siempre temí, que siempre asechè porqué podia atacarme de dos diversas maneras, ó por causas involuntarias ó por causas criminales y pérfidas.

Hoy que ese elemento terrible ha convertido en cenizas el *América* cubriendo de luto muchos corazon; y sin que se pueda determinar la causa y origen del incendio, se atribuye despiadadamente **á mi impericia ;** se me responsabiliza, se me difama ; pero supongamos por un momento que el vapor hubiera sido quemado intencionalmente; que el fuego hubiera sido parte de una combinacion infame de que hay

ejèmplo; de un mòvil inicuo que no es imposible, hipótesis que no pueden rechazar mis gratuitos acusadores, como pueden afirmar lo contrario, como no pueden afirmar sus mismas suposiciones, ¿ no es cierto entonces que cuanto han dicho y siguen diciendo contra mí, apareceria absurdo y temerario hasta en el juicio apasionado de los que no raciocinan, ó de los que están dispuestos à aceptar cuanto les quieren dar ?

Pues si nadie determina la causa del fuego; si todo són meras inducciones oscuras, inducciones muy falibles y muy desautorizadas, ¿ con qué derecho se me formulan cargos vagos pero iracundos que no se pueden sostener, que no se pueden señalar con el dedo de la prueba irrechazable y terminante?

VIII.

El señor de Burmeister, uno de los náufragos, llega á decir QUE NO ME MATÓ POR QUE NO TENIA UN REVOLVER....!

Me alegro por èl que se ha ahorrado un homicidio y que ha horrado un delito en el cuadro de ese grande infortunio.

Quizàs bajo las impresiones de una equivocacion fatal del momento este trasporte sería esplicable; pero la ostentacion de esa voluntad despues que el frio espiritu del hombre se ha concentrado, y meditado sobre la catástrofe, este apetito voluntario de la vida de sus semejantes, de sus compañeros de infortunio, me parece una ironia, sin que me afecte en mis sentimientos, pues que lo creo todavia una perturbacion de su animo, pues solo de esa manera puede aceptarse que revele en un diario la cofindencia, que dice le hizo el Comisario del *América*, despues de exigirle el secreto bajo las garantias de su **palabra de honor**.

Quizàs si el señor Burmeister se ha salvado de la muerte asido à los maderos que flotaban en el agua, como se salvaron muchos otros; y como no habia nadie á bordo que los arrojara sinó yo, puesto que la tirpulacion fugó y los pasageros se echaron al agua; quizás me habria pagado, quitándome la vida, el único y triste auxilio que yo le daba al nàufrago para que se conservase la suya.

Abandono, pues, ese desahogo al juicio de la opinion y aun quisiera que el mismo señor Burmeister lo recogiese, como un arranque que desgraciadamente le ha escapado.

El Sr. Redonnet era náufrago como èl y como yo. El señor Redonnet tuvo fuerzas y serenidad para sostenerse sobre sus brazos; es persona muy competente, pues que ha viajado mucho, es un respetabilísimo comerciante del Rio de la Plata, un hombre de honor que no cede á nadie el derecho de ser creido en una escena en que ha sido valiente actor: ¿ por què es que este señor à quien no he conocido antes, se apresura calorosamente à confirmar cuanto he dicho en mi manifiesto y se ofrece à jurar en juicio solemne su afirmacion ?

¿ Por que el Sr. Sienra y Carranza desmiente las opiniones y los juicios que se les atribuyen en un diario acerca del origen de la catastrofe y de mi personal comportamiento?

El señor Carranza es un caballero muy instruido dueño de sus juicios, es un ingeniero; tiene opinion propia y tambien es actor victima de la catâstrofe.

¿ Por què es que los señores Pondal y Garay, tambien actores víctimas, vienen nóblemente à declarar la verdad de mi esposicion con sus propias firmas ?

¿Por qué el señor Reynal y su señora; el señor Canstt, citados como testigos oculares è inmediatos en varias esposiciones, no han desmetido esas versiones honestas y prudentes en que figuran sus nombres ?

¿ Solo tíenen razon los que me difaman ? — Se quiere desheredar hasta del derecho de la desgracia compartida, á los que son justos y leales á su conciencia ?

Hay pues, dos versiones, dos juicios, dos declaraciones de los mismos náufragos, en demostracion, con referencias; esamínelos pues la prensa, comparelos, analízelos al menos para emitir una opinion atendible y no formular la suya á que falta el derecho de la desgracia y de los peligros.

IX.

Me congratulo pues, de que en medio de todas mis desgracias, no me hallo solo en la esposicion verdadera de los hechos, y de que personas honorables y competentes los ractifiquen; pido al pùblico mas que por mi, por la averiguacion esacta de la verdad , que vaya recojiendo con atencion justiciera, estas esposiciones que han de ir conduciendo á que se haga la luz, y á ciertos diarios que conforme han

franqueado sus columnas al insulto, à las suposiciones, á los mas innobles ataques, tambien publiquen mi defensa, apoyada en testimonio vivo y que han sido actores en la terrible catàstrofe.

Solo así se prueba el amor á la verdad, y à la justicia, porque no hay en el mundo un ejèmplo semejante, de que sin oir al supuesto criminal se le condene; un tal proceder no abona mucho en favor de los que, olvidando sus deberes, se erigen en jueces, en lugar de fieles espositores de los hechos, arrebatando à la justicia su mas nóble tributo.

Termino por hoy con el propósito de continuar, cuando resalta de este drama fatal en que se me quiere dar un rol siniestro que rechazo, y el pùblico à quien me diríjo, y la prensa á quien pido reproduccion, deben comprender que un estímulo de honor me impelen á llenar esta triste tarea que el destino me ha impuesto, y que he de cumplir si tengo al menos la fortuna de que la imparcialidad me juzgue y la despreocupacion estime los hechos y las pruebas.

B. BOSSI

APRECIACIONES DE LA PRENSA

La verdad y la Pasion

Buenos Aires, Diciembre 29 de 1871 — *EL ITALIANO*

El doloroso acontecimiento del *Amèrica*, es el tema que no se puede abandonar en estos momentos. La prensa, los náufragos, los parientes de las víctimas, todos piden justicia, y nosotros tambien alzamos nuestra voz con toda la fuerza de nuestros pulmones, sí, hàgase justicia, justicia ejemplar y para todos.

Pero leyendo las diferentes relaciones impresas por los diarios, y despues leyendo los comentarios de algunos de ellos, dudamos de que se tome el verdadero camino que debe conducirnos à la verdad. Tengan paciencia nuestros cólegas, pero francamente, nos es necesario decirles, que jamás hemos visto tratar cuestiones y narrar hechos con tanta exaltacion, pasion y parcialidad, como en esta circunstancia. La mania del *bombo* de hacer pompa de conmoventes relaciones, de episodios afligentes, de cuadros terribles, y la voluntad de hacer creer un amor apasionado à la justicia, los impele hasta relatar episodios inverosimiles, à crear hechos imposibles, á blasfemar de la lógica è insultar villanamente el buen sentido.

Nosotros queremos justicia y por eso pedimos un proceso.

Ellos piden justicia sin procesura, asi sin sentencia, ya han creado la víctima, la condenan, la torturan con insultos, la cubren de improperios.

Este proceder nos recuerda el famoso dicho de Sixto V. — *¿ Quiere un proceso ? sea en hora buena; pero condènesele à muerte; y la sentencia sea ejecutada antes de mi comida; que hoy la harè anticipar de una hora.*

Tal es el caràcter de las publicaciones que leemos todos los dias.

Pero, ¿ què hay de constatado ?

Hemos leido atentamente las relaciones de los pasageros del *Amèrica*, y nos hemos convencido que todas eran inspiradas de aquel temor pànico impreso de la terrible catàstrofe y de la esaltacion de haber salvado de la muerte. Diversidad de incidentes gravísimos, contradi-

10

ciones en los hechos sustanciales, apreciaciones erróneas, insultos, calumnias y amenazas, forman en general el fondo. Poquísimos, y entre ellos especialmente la del Sr. Rohl, hay claridad, y relatos de hechos naturales, y hacen al Capitan acusaciones creibles y sin pasion.

El Sr. Augusto Rohl, antiguo marino, es oficial esperto, hombre que ha dado pruebas de sangre fria sin ejemplo, es el historiador de este hecho que mas de todos nos convence, y que encontramos mas conveniente con las circunstancias concomitantes que se hallan en conocimiento de todos.

Pero que diferencia de esta narracion à la de los otros, que diferencia entre Rohl y Billinghurst.

Nosotros no queremos tomar la defensa de Bossi; èl la hará ante los Tribunales, porque èl mismo, aunque la autoridad no procediera deberà pedir un proceso. De ciertas posiciones no se sale limpio sino despues de un ràpido exàmen imparcial, sin haber obtenido una sentencia, y si no se pueden poner à la vista estensamente del público todos los actos comprobantes que se relacionen con su conducta.

El manifiesto y las relaciones de Bossi dejan algo que desear; siempre hay que esclarecer los hechos, porque nadie està obligado á creer la palabra del acusado. En este caso, Bossi no habla à los amigos, habla á la opinion pùblica, y à esta no se puede satisfacèrsele con palabras, se necesitan hechos, pruebas, testigos; y tiene razon.

Tambien el periodismo tiene un deber, y es, de no tergiversar la opinion pública. Es infame y ruin lapidar à un hombre sin pruebas fehacientes, y es locura crear héroes sin razon.

Bossi hace tres dias era un hombre honrado y respetado, su vapor era el hermoso palacio; hoy es el verdugo de cien víctimas, y su buque un castillo pirotecnico!

El Sr. Moorse era un capitan respetable, como todas las personas honradas, hoy ya es un hèroe, un salvador, un Dios! ¿ Què ha hecho para merecer tantos elogios? ¿ Cuáles son sus grandes actos de magnanimidad.

Sparta à los restos de los 300 hèroes de las Termópilas, dedicò una piedra, diciendo *que habian muerto cumpliendo con su deber!* La República Argentina tiene mas abundancia de laureles, y ciñe con ellos la frente y los prodiga á quien ha hecho *solo y no mas que su deber, admitiendo que lo haya hecho.*

Y cuando hablamos asì, no se crea que nos inspiramos en el mani-

fiesto de Bossi, porque tambien á èl no le prestamos fè. Nos basamos sobre los hechos, y solo sobre ellos decimos, que en cualquier parte del mundo el Sr. Moorse, *en vez de obsequiársele con una medalla se le haria un proceso*; salvo las consecuencias.

Està del todo probado, que el Capitan Bossi hizo levantar dos faroles de avisos, debia hacer mas, pero esto al menos èl lo hizo. Por otra parte, está constatado, que el Capitan Moorse estuvo sobre cubierta y tuvo mucho tiempo la vista fija sobre el *Amèrica*; ¿ Cómo se esplica, pues, el no haber visto los faroles encendidos á tan corta distancia? Es creible esa su ceguedad?

Puede ser que existan escelentes razones para alejar cualquiera responsabilidad al Sr. Moorse, pero no es prudente el dejar de investigar las causas de una tardanza fatal; y los procesos hacen la luz sobre todo, mientras los ojos de las coronas muchas veces encubren la negligencia.

Ademas, todos los pasageros del *Amèrica* convienen en que la esplosion de los tubos sucedió 40 minutos antes de desarrollarse el incendio. Resulta que pocos momentos antes que se viese la llama, segun el mismo Sr. Moorse, el *Villa del Salto* habia pasado muy cerca del *Amèrica*.

De la declaracion de los nàufragos resulta, que el *Villa del Salto* pasó despues que el *Amèrica* se hallaba parada; se deduce, pues, que el *Villa del Salto* no podia estar distante del *Amèrica*, mas de cuarenta minutos de distancia. Ahora, como se esplica que el *Villa del Salto* tardó mas de hora y media despues de pronunciado el incendio para presentarse en el lugar del siniestro, y esto calculando el breve tiempo que hayan declarado los nàufragos.

¿ Se nos contestará que la conducta posterior del Sr. Moorse escluye cualquier duda sobre él? Nosotros no buscamos condena, vemos los hechos y pedimos que se haga la luz. Si una negligencia en Bossi puede haber hecho naufragar 200 pasageros, el mismo defecto en el Sr. Moorse puede haber hecho ahogar cien nàufragos.

Sabemos que los propietarios de la Compañia Salteña, son demasiado honestos, por no haber ordenado á los Capitanes de sus vapores, de ocurrir al inmediato socorro de un buque en peligro, aunque fuera uno de aquellos que les haga concurrencia. Sabemos que las leyes marítimas, ademas del sentimiento de reciprocidad, obligan todos los buques á socorrerse en las emergencias de la vida del mar, todo eso lo conocemos, pero vemos sin embargo, un hecho que para nosotros representa

un punto negro. Muchas veces los zelos son contagiosos. Hemos dicho que queremos justicia, y la pedimos completa y para todos.

Si el haber salvado Roma, no le sirvió á Horacio para que se le absolviera de la muerte de su hermana, el haber salvado, como era su deber, cien náufragos, no debe dejar duda sobre la posibilidad de que el Sr. Moorse pudiera salvar á los otros. *Unicuique suum.*

Todavia del «América»

Buenos Aires, Enero 3 de 1872—*El Italiano*

Concluyó el año 1871 pero las consecuencias de los hechos acontecidos en èl, las oiremos aun quien sabe por cuantos dias mas.

Creiamos haber dicho la última palabra sobre el desgraciado acontecimiento del *Amèrica*, pidiendo *justicia*, y *justicia completa, imparcial para todos*, pidiendo *que fuera procesado el capitan Bossi y que se investigase la conducta del capitan Moorse.* Pero nuestra voz tuvo la misma suerte que la del profeta, *clamantis in deserto*, por lo que se refiere à nuestros cólegas de la prensa, y provocó, al contrario, equívocos en algunos amigos que nosotros apreciamos mucho.

Dos palabras de esclarecimiento, creemos, seràn bastantes para convencer á todos, de la prudencia de nuestra conducta.

La manera hóstil en general, que tuvo la prensa para con el señor Bossi, no es digna de elogio. Que los nàufragos, salvados de un inminente peligro de muerte en la esaltacion consecuente, y las familias de las infortunadas victimas en el acaloramiento de la pasion, en la necesidad de un desahogo, descargue sobre el capitan Bossi toda su censura y se propasen con insultos y deduciones erróneas, contradictorias, imposibles es fàcil comprenderse y es perdonable, pero la prensa que tiene la obligacion de detener la opinion pùblica de los exesos, de abrir el campo à la ley para que juzgue, y la discusion libre è inalterable para que se haga la laz, no debe nunca, y jamás dejarse arrastar por la corriente y gritar muerte, antes que haya juicio.

El periodismo tiene por mision la verdad, y no la obligacion de ser el éco de todas las voces que corren ofendiendo la fama y el honor de los hombres.

Al solo leer las relaciones de algunos nàufragos, se conoce que se basan en suposiciones, de recuerdos oscuros, y à lo menos de datos

completamente sujetivos. Es por eso que à Bossi se le considera un verdugo y al capitan Moorse un héroe! y por eso los diarios han de invocar para el primero la roca Torpeya, y para el otro el triunfo del Capitolio!

Seámos sinceros: pongàmonos en condicion de estar bajo el peso de una grave responsabilidad, y de ver que se nos condena sin dejarnos el tiempo de comprobar nuestra conducta, y despues juzgaremos, si es justo colocar à Bossi en la misma condicion.

Estas palabras haràn creer à muchos de que defendemos à Bossi; nó, nosotros no lo defendemos, pues al contrario lo queremos acusar, pero delante de un tribunal y de jueces que le hagan un proceso imparcial.

Bossi fuè, y es nuestro amigo personal, esto no nos prohibe decirle que para justificarse delante de la opinion pùblica, èl necesita de una sentencia; sin ella serà siempre perdido, pues pesarà sobre èl una sospecha que nunca se borrarà, y de la que ni su manifiesto ni su palabra sino tan solo las pruebas, podràn purgarle. Si eso significa defender ó querer encubrir la responsabilidad de Bossi, lo dirà el que posea la mas mínima dósis de lógica. — Eso si que se llama pedir justicia, querer la luz, *jugar limpio*, y creemos cumplir con nuestro deber de hombres honrados, como italianos, y como amigos de Bossi.

Si otro tanto pueden decir los que no nombran à Bossi, sino dicièndole que es un *cobarde*, *miserable*, *ruin*, aun en esto apelamos à la gente honrada y educada. Antes de un juicio, antes que se formule una sentencia para qué atribuir à un hombre, que hasta ayer era honesto y estimado, los epitetos que solo serian aplicables al mas cobarde, bandido convicto y confeso?

Se nos dirà de que las luz se hizo ya despues de las declaraciones de los nàufragos que se salvaron, pero quien es que lo pueda decir en buena fé? La mayor confusion se manifiesta en todas ellas, y hemos visto ya retractaciones que nunca se hubieran esperado, y que serian un motivo para escribir muchos artículos. Esperamos que aquellas declaraciones exaltadas se conviertan en declaraciones juradas y sean examinadas con tino por un magistrado imparcial, y serà mucho mejor.

Hemos pedido ademas, que se someta al Capitan Moorse à un proceso, é insistimos en el pedido. Lejos de nosotros la idea de que el Capitan del *Villa del Salto*, hubiese dejado morir à propósito los pasageros del *Amèrica*, pero su conducta no aleja del todo las sospechas.

No hay duda de que el *Villa del Salto* pasó despues de haber reven-

tado los tubos del *Amèrica*, y que se escapaba el humo por la chimenea, cosa demasiado visible por el color blanquecino del vapor. ¿Porquè el *Villa del Salto* no dió señal ninguna de vida? Dicen que el *Amèrica* era el que debia dar la señal de peligro. Supongamos que en la máquina, en vez de tres foguista, hubiese muerto el Capitan y los maquinistas, ¿y no era del caso de que, cesando la autoridad abordo, la tripulacion no conociese el peligro en que estaban, ó no supiese advertirlo? Muchas veces hemos visto buques en marcha que apenas han notado la menor posibilidad de desastre ó la menor sospecha en un buque que han encontrado, en el acto se gan aproximado para serciorarse de lo que podia haber, y eso es en alta mar, aunque los buques siguen su marcha ordinaria. ¿Ademas de eso; es creible la ceguedad del Capitan Moorse por los faroles de peligro que se encendieron?

¿Y cómo se esplica todo el tiempo empleado por el *Villa del Salto*, para volver al lugar del peligro? Ya nos parece sentirnos tachar de ingratos, pero no nos asustamos. El Capitan Moorse no ha hecho mas que su deber, cuando pruebe que son insusistentes los cargos contra él formulados. Ocurrir al socorro de un buque incendiado es una obligacion legal, no es heroismo; el salvar los náufragos es una obligacion y no una generosidad, el socorrer un buque en peligro es deber y no cortesia. Solo la mania de correr à los estremos puede hacer de Bossi una vìctima antes de la sentencia, y de Moorse un hèroe en vez de un culpable. Si nuestras opiniones no tienen el mèrito de convencer à los que nos acusan de parcialidad, empero tienen el mèrito de ser fundadas sobre el verdadero amor de la justicia.

La opinion de « El Siglo » en la cuestion catástrofe del « América »

Montevideo Enero 17 de 1872.

Inmediatamente despues de la catástrofe del *América*, y en medio del grito de horror y de las sentidas lágrimas que arrancaba á todos los corazones sensibles el cuadro desgarrador de uno de los mas espantosos siniestros, un conjunto de acusaciones tremendas, pueriles unas, irritantes otras, y fundadas algunas, se hicieron conocer en las colum-

nas de todos los diarios de Buenos Aires y Montevideo contra el Comandante del buque incendiado.

Herida é impresionada como estaba la imaginacion popular, las versiones mas falsas y mas estravagantes, corrian de boca en boca y servian de fundamento al desahogo de los dolores mas agudos y de la desesperacion mas justificada por parte de los que habian asistido personalmente al cuadro terrible de un centenar de criaturas humanas devoradas por el fuego ó sepultadas en el mar á pocas millas de Montevideo, realizando un viage de paseo en una noche apacible y hermosa — pocos momentos despues de compartir alegres y tranquilos los mas gratos momentos de amena sociabilidad.

Es instintivo en nuestra naturaleza inquirir la causa de los males que sufrimos, encontrar á quién responsabilizar por nuestros infortunios y á quien hacer sufrir un castigo en compensacion del dolor que se nos ha inferido.

Cuanto mas grande es el mal que se nos ha hecho y mas agudo es es el dolor que sufrimos , con mas espontaneidad y con mas violencia se revela, por lo general, ese sentimiento en el corazon humano.

El dolor es ciego é irreflexivo.

No convencereis jamás á una madre de que su hijo muerto violentamente, murió víctima de su agresion injustificada, aunque tal sea la verdad; ni la convencereis de que murió casualmente, si de manos del homicida se disparó casualmente una arma de fuego.

Es posible y aun es probable qne de esa creencia participen cuantos vinculados estuvieron á la desgraciada víctima, y por lo menos puede asegurarse que tal es la primera impresion que se produce, sin deliberacion y sin exámen, bajo la influencia de los sentimientos del dolor.

No de otro modo puede esplicarse el grito de acusacion y de odio que se produjo contra el comandante Bossi desde que llegó à conocimiento de Montevideo, y Buenos Aires el incendio del *Amèrica*, con todos sus cuadros patèticos y sus nóbles y tiérnas víctimas.

Montevideo y Buenos Aires estaban en aquellos momentos identificados con todos y cada uno de los que lloraban un deudo inmediato, y compartian los dolores que en el hogar de cada víctima hacian apurar el càliz de la amargura de una desolada famila.

El *Amèrica* se habia incendiado: la mayor parte de sus pasageros (1)

(1) Para enconar mas y mas los ánimos en contra mia, se elevó la cifra à 210 pasageros—mientras que solo eran 114 y los muertos 46 — comprendidos algunos tripulantes.

habian sucumbido, y el Comandante Bossi estaba vivo: el dolor y la desesperacion, la sensibliidad y la imaginacion no necesitaban mas para descubrir la víctima espiatoria de tantas desgracias acumuladas en una sola hora sobre un número considerable de personas.

Cada detalle de la catástrofe que coria de boca en boca exaltaba mas la imaginacion y provocaba nuevas acusaciones contra Bossi, que se habia salvado y que no habia perdido ni à la compañera de sus dias ni al hijo de su amor como Beccar; contra Bossi, que no habla visto como la familia Larrazabal morir entre las llamas á un padre y à un hermano estrechando en su agonia á la hermosa jóven que pocos meses antes recíbia como esposa en sus amorosos brazos; contra Bossi que no habia visto como la familia Pinedo à una hija suya sugetando en sus brazos el cadàver yerto de su esposo; contra Bossi, que tampoco habia visto como la família Martinez Nieto, à una madre y á una hija que le pertenecieron, morir en una desesperacion indescriptible; contra Bossi, que mandaba el buque y á quien estaba confiada la salvacion de los pasageros.

Las acusaciones contra Bossi eran un hecho natural, esplicable, y justificable.

Ni nos sorprendió, ni podia sublevarnos porque jamàs nos sublevamos contra lo que tiene raiz en el corazon humano que hemos recibido de la mano del Creador sin beneficio de inventario, y hé aquí esplicado porque hemos censurado tan duramente à Bossi que en su manifiesto atribuyese á móviles torcidos y bastardos, lo que era la espresion irreflesible, e injusta, si se quiere, de los dolores mas acerbos y de los sentimientos mas íntimos.

Bossi debiò hacer abnegacion de sus pasiones y para decirlo todo, de su personalidad entera — Ante la madre desolada que lloraba varios hijos perdidos à su vista entre las llamas y las olas, ante el colèrico acento del padre que ha visto desaparecer todo un hogar que le representaba diez ó quince años de afectos y de amores, de trabajo y de abnegacion, Bossi debió enmudecer, y à haber hablado, haberlo hecho, con todo el respecto que debian merecerle tantos infortunios

Bossi era à la vez víctima del mismo infortunio, pero el infortunio de Bossi revestia otros caracteres que no se ofrecen espontáneamente à la apreciacion vulgar y que no impresionan tan hondamente la imaginacion.

El infortunio de Bossi consistia principalmente en las circunstancias que se desconocian y en la inculpabilidad que se le negaba.

Bossi debió considerarse víctima inocente de la exacerbacion pública y someterse por el momento à su situacion, en la esperanza de obtener por el esclarecimiento de la verdad, y por el ascendiente de la razon, la compensacion de la injuria que se le infería.

La prensa juega un rol muy principal en los sucesos que vamos analizando.

La prensa periódica se apodera del suceso y lo aprecia y lo juzga y lo comenta, con la misma pasion que los nàufragos y sus deudos y todas las personas impresionadas hondamente por un tràgico suceso.

Las versiones mas absurdas se repiten, y las suposiciones mas inverosimíles se comentan.

No acusaremos nosotros, sin embargo, à la prensa periódica de haber salido de su esfera como lo ha hecho Bossi.

La prensa periódica no es un Tribunal que pronuncia sentencias sino un medio de discusion en que se espresan y se debaten todas las opiniones.

Si la prensa debiera tener la circunspeccion de un juez y no pronunciarse sino en virtud de acusacion y de defensa con todas las pruebas imaginables en cada proceso, la prensa dejeneraria de su mision, perdería su accion inmediata sobre la opinion y seria completamente nula.

Anticipar ó reservar un juicio, es cuestion de criterio individual y de tacto que no nos vanagloriamos nosotros de tener infalible, porque en esta cuestion hayamos procedido con mas circunspeccion y con mas tacto, à nuestro juicio, que nuestros cólegas.

Tambien ha influido en nuestro proceder una circunstancia casual.

Bossi fué la primera persona con quien hablamos en los primeros momentos de la catàstrofe; de Bossi recibimos los primeros informes y con Bossi compartimos las primeras impresiones dolorosas que aquel suceso luctuoso producia en todos los corazones.

Las primeras versiones, evidentemente falsas, no pudieron, pues, prevenirnos mal porque empezábamos por saber la verdad.

No nos habiamos separado cincuenta pasos de Bossi, cuando varias personas nos referian que Bossi se habia salvado en el bote de proa que se desprendió del buque al producirse el incendio, y entre tanto Bossi habia sido tomado casi ahogado de entre las olas, por un bote del *Villa del Salto*.

Como esa, corrian diferentes versiones, todas falsas, caprichosas, y estravagantes, bajo cuya influencia se formaron las primeras impresiones y se lanzaron las primeras acusaciones.

En los momentos de conflictos cuando la exaltacion de la opinion exigia à la prensa la esplosion de sus iras contra el Comandante Bossi, nosotros decíamos en estas columnas:

« El infortunio es tan grande y la responsabilidad que quiere arrojarse sobre el Sr. Bossi es tan tremenda, que por nuestra parte nos sentímos insensiblemente inclinados desde el primer momento á guardar circunspeccion y reserva, hasta que todos los datos que en casos semejantes pueden y deben tomarse, diesen una base cierta para aventurar un juicio tan grave por su naturaleza y por sus consecuencias necesarias.

No es que tengamos miedo de pronunciarnos en tan grave cuestion, pues que si miedo tuviésemos de acometer y fallar con nuestro criterio individual una sola de las cuestiones que pueden debatirse en la prensa, no ocupariamos un puesto en ella, sino que tenemos miedo de cometer una injusticia, sea absolviendo sin fundamento en un suceso que ha costado un centenar de preciosa vidas, sea condenando á quienes soportan ya un infortunio que nosotros no sobrellevariamos sin hacer apelacion á los ùltimos esfuerzos de la energia y de la abnegacion.

« Pero cuando todos los datos conducentes y todas las averiguaciones necesarias se hayan hecho, no esquivaremos nuestra opinion y ella será dada sin ambajes y sin reticencias, como la requieren la solemnidad de la cuestion y la magnitud del infortunio que agobia à tantas familias, que destroza el corazon de tantas madres y que ha dejado en la orfandad à tantos niños. »

Cuando trazamos estas lineas no teníamos el propósito de esquivar una cuestion tan enojosa y tan grave, y en prueba de ello vamos à espresar nuestra opinion.

« 1.ª La conducta de Bossi despues de la esplosion de los tubos y antes de manifestarse el incendio.

2.ª La conducta de Bossi durante el conflicto del fuego.

En el próximo número abordaremos con resolucion y sinceridad ambas cuestiones, pues las estrechas proporciones de un articulo de diario no nos permitirian estendernos como lo deseamos en un solo número.

La opinion del «Siglo» sobre la catástrofe del «América»

Montevideo, enero 19 de 1872.

En el primer periodo de aquel terrible drama, nosotros no encontramos nada que reprobar al Comandante Bossi. — Sabemos que disentimos al espresarnos así con la opinion de personas muy respetables y sobre todo con la opinion de la casi totalidad de nuestros cólegas, pero es una opinion de conciencia que hemos formado despues de un detenido exàmen de cuanto se ha publicado y que no podemos dejar de espresar, por lo mismo que se trata de responsabildades morales y legales que abruman la conciencia de un hombre desgraciado y que afligen el corazon de muchas familias desoladas.

Para acusar á Bossi se ha dicho sucesivamente:

1°. Que Bossi jugaba en esa noche funesta una regata con el *Villa del Salto,* llegàndose hasta determinar la cantidad que se arriesgaba de parte á parte.

2°. Que Bossi mandó dar toda fuerza à la máquina insistiendo en que asi se hiciese à pesar de las observaciones del maquinista, quien le significó que las calderas no resistirian.

3°. Que Bossi no hizo la diligencia que debía para llamar en su auxilio al *Villa del Salto.*

4°. Que no tomó en seguida de la esplosion de los tubos, las medidas indicadas por la prudencia y la pericia mas vulgar, para prevenir el incendio.

5°. Que desoyó las advertencias de los pasageros, que no inquirió si habia realmente fuego; y para decirlo todo de una vez, que todo lo sacrificó à su vanidad y á su orgullo.

El exàmen tranquilo de la cuestion con todas las piezas del proceso à la vista, no deja duda alguna sobre la falsedad de todos y cada uno de los hechos enunciados, sobre la injusticia de todas y cada una de las acusaciones que influyen en esos hechos.

Que Bossi no jugaba una partida estipulada y convenida con toda anticipacion no necesita demostrarse. *El rumor popular* que eso supuso ha quedado completamente eliminado de la discusion.

Los mismos que lanzaron la especie à la circulacion, no se atreveràn à responsabilizarse por ella.

No es menos infundada la suposicion de que Bossi ordenase dar toda fuerza à la màquina y que à toda fuerza venia cuando hicieron esplosion los tubos. —De parte de quien se lanza tal afirmacion no se presenta prueba alguna en abono, y entretanto Bossi somete una série de consideraciones para demostrar lo contrario, de tal fuerza moral, que no es posible dejar de desechar por calumniosa aquella suposicion.

Bossi observa que el *Amèrica* no necesita forzar su marcha para aventajar al *Villa del Salto*; invoca el testimonio del propio Comandante de ese buque y de todas las gentes de mar, sin que nadie le desmienta; cita el hecho de sus viages frecuentes en que se le ha visto fondear en el puerto de Montevideo á la una y media y á las dos de la mañana, mientras que en el viage de la tremenda catàstrofe, á las dos de la mañana se encontraba distante del puerto diez y ocho ó veinte millas.

Verdad es que se dijo, y hasta se refirió en la prensa, que el maquinista declaraba, que Bossi habia mandado forzar la marcha, y que hizo sus observaciones para hacerle sentir que eso no era posible.

Pero ni el maquinista ha elevado à la prensa tal declaracion, ni ha habido quien garanta que tal declaracion se haya prestado.

Tampoco seria fehaciente el testimonio singular del maquinista, cuya responsabilidad personal vendria à quedar sino escusada almenos atenuada, á ser cierto el hecho que se refiere: por otra parte, no es verosímil que si el maquinista hubiese observado al Comandante Bossi que no era posible forzar la màquina, èste hubiera despreciado su observacion; 1.°, porque la superioridad de la marcha del *Amèrica* sobre el *Villa del Salto* habia sido constatada en todos y cada uno de los viages anteriores, durante mas de tres años; y 2.°, porque Bossi no era el simple Comandante de un Buque, sino comparticipe de su propiedad; y si es dado suponer tanto desprecio en un hombre por los valiosos intereses que se le confian, y sobre todo por la vida de un centenar de pasageros, no es dado suponer que no tenga por lo que le pertenece, el sentimiento instintivo de su conservacion, tanto mas fuerte cuanto mayor ruindad quiera atribuirse à su corazon.

Nadie, por otra parte, cree ya en semejantes patrañas. Nadie, ó por lo menos muy contadas personas, persisten en sostener ninguna de las dos especies referidas, esto es, que jugaban una partida interesada el

América, y el *Villa del Salto* , ni que Bossi mandase forzar la máquina á despecho de las observaciones del màquinista.

Sobre este particular habria sido necesario que la autoridad hubiese practicado activas y prolijas investigaciones.

Hasta ahora no se sabe ni la verdadera causa de la explosion de los tubos, ni se ha fijado científicamente la importancia que debia atribuirse à ese accidente, circunstancia decisiva à nuestro juicio para fijar las responsabilidades de Bossi en lo que respecta à las diligencias que practicó, sea para prevenir sus consecuencias probables, sea para obtener el auxilio del *Villa del Salto*.

Bossi ha dicho que la esplosion de los tubos no determinaba otro peligro que el de inhabilitar el buque para continuar su marcha , obligàndolo á fondear y esperar el remolque que se le enviaría desde Montevideo, desde que à la hora acostumbrada no estuviese el vapor en el puerto, con tanta mas razon, cuanto que el *Villa del Salto* comunicaria que lo habia dejado à pocas millas.

¿ Es esto cierto ?

No podríamos nosotros pronunciarnos sobre este punto científicamente, porque científicamente no se ha dilucidado la materia por personas competentes, pero sí podemos observar que nadie ha contradicho à Bossi, esto es, nadie ha sostenido que la esplosion de los tubos determinase el mas remoto peligro de zozobrar ni la mas remota probabilidad de un incendio; algo mas todavia; nadie se esplica aun, despues de producido el incendio, cómo ha podido ser este consecuencia de la esplosion de los tubos.

Estos precedentes son indispensables para juzgar con justicia los reproches que se hacen á Bossi, por no haber hecho mayor diligencia para llamar en su auxilio al *Villa del Salto*.

Si la esplosion de los tubos no inferia otro perjuicio al buque y á los pasageros que la demora del viage por algunas horas , no puede , en nuestro concepto, hacerse un severo reproche à Bossi de que no apurase todos los medios estremos de significar al *Villa del Salto* la necesidad que tenia de su auxilio.

Bossi dice, que como el *Villa del Salto* venia un poco atrás debia pasar en seguida casi á su habla, esperò confiadamente en que se detendria á saber la causa porque habia detenido su marcha , con tanta mas razon, cuanto que el buque arrojaba una cantidad inmensa de vapor, y estaba envuelto en una densa nube de humo.

¿ Es esto cierto? es decir, ¿ Es cierto que el buque estaba parado, atravesado y rodeado de las circunstancias estraordinarias que se mencionan?

Así debe creerse, pues nadie ha contradicho tal asercion, disistièndose simplemente sobre si estaba ó no fondeado á la sazon el *Amèrica*, y sobre la mayor ó menor distancia á que pasó el *Villa del Salto.*

¿ Debia Bossi esperar que el *Villa del Salto* se aproximaria á inquirir la causa de aquel accidente?

No somos marinos y no conocemos los usos y pràcticas establecidas á ese respecto, pero el buen sentido nos induce à creer que no puede menos de ser una regla invariable de la navegacion, el deber de abundar en solicitud, y que los buques deben prestarse todo el auxilio posíble, tomando en consideracion las circunstancias que mas remotamente revelen un accidente estraño á bordo de un buque cualquiera.

Nos basta para pensar así, una sola consideracion, y esa consíderacion es, que puede muy bien suceder que el incidente haya empezado por inhabilitar á les personas que podrian requerir el auxilio en los tèrminos establecidos para tales casos, y que por no hacerse las señales de ordenanza se perdiese el buque y pereciesen los pasageros.

Bossi, pues, tenia derecho à esperar que el *Villa del Salto* vendria espontaneamente en su auxilio, y no es estraño que no recurriese desde el primer momento à las medidas estremas de pedir auxilio.

Partimos, como se comprenderá facilmente, del supuesto ya establecido, de que no habia razon para suponer, de que la esplosion de los tubos tuviera otra importancia que la inutilizacion de la màquina, y determinara otro peligro que la demora del viage.

En ese mismo concepto comprendemos que Bossi se limitase á reclamar el auxilio del *Villa del Salto* por el medio mas comun de los faroles, una vez que se apercibió que pasaba sin detenerse.

Nosotros creemos que un Comandante de buque debe proceder con sùma circunspeccion y no producir mayor alarma ni pagar tributo á las imposiciones del pànico.

Si la esplosion de los tubos no ponia en peligro al buque ni à los pasageros, Bossi está justificado procediendo como procedió.

No se tome en consideracion para inpugnar esta afirmacion lo que sucedió dèspues, porque los actos de los hombres, no deben juzgarse por la manifestacion posterior de hechos antes velados y ocultos., improvables ó inverosímiles.

El Comandante del *Villa del Salto*, y sus parciales han espuesto sus razones para justificar el hecho de haber pasado frente al *Amèrica*, sin detenerse: no queremos discutir ahora ese punto porque no es nuestro ánimo acriminar al *Villa del Salto*, si bien debemos hacer notar que por ódio y por hacer sentir por el contraste mas resaltante la reprobacion á Bossi, se ha querido colocar en las condiciones de un hèroe al Capitan del *Villa*, que hizo lo menos que podia hacer en obsequio del *Amèrica*, de su tripulacion y de sus pasageros.

Las manifestaciones que se han hecho á ese Capitan, y el propósito de premiar su conducta con una medalla de honor rememorativa de su filantropia y arrojo, prueban una vez mas hasta dónde se estravió el sentimiento pùblico en los primeros momentos de la catástrofe del *Amèrica*.

El *Villa del Salto* pasó junto al *Amèrica*, que estaba parado,, atravesado y cubierto de vapor que arrojaban los tubos de la esplosion, y no se detuvo — el *Amérìca* hizo señal con sus faroles y tampoco consiguió que el *Villa del Salto* se detuviese: hasta aquí fuè el Capitan del *Villa del Salto*, por lo menos, poco solícito y no estuvo bien inspirado.

El *Amèrica* arde y el *Villa del Salto* se apercibe del fuego, es decir, lo vé ya consumido por las llamas. — Entonces retrocede ya del puerto, llega al lugar de la catástrofe, desprende sus lanchas y recoge en ellas à los nàufragos que se conservaban todavia sobre las olas, asidos á maderos ó suspendidos por salvavidas.

¿Què hay en todo esto de estraordinario ni de heróico?

¿Podia hacer menos ningun hombre colocado en la situacion del Comandante del *Villa del Salto*?

Suponiendo que el Comandante del *Villa del Salto* estuviera completamente justificado por su omision en inquirir la causa de la detencion del *Amèrica*, y que no hubiese visto la señal que se le hizo por medio de faroles, como lo creemos firmemente, ¿dónde está el acto de filantropia y la accion heróica practicada por ese capitan?

Si el capitan del *Villa del Salto*, viendo incendiarse un buque, no hubiese ocurrido al lugar del siniestro á salvar á los nàufragos, se habria colocado fuera de las condiciones regulares de humanidad y de deber: habiendo ocurrido al lugar del incendio y prestado el auxilio de sus botes á los que se ahogaban, ha cumplido apenas con su deber.

Es verdaderamente sensible que á la par que la accion hèroica de D. Luis Viale, que ultrapasando los lìmites de toda prescripcion de

deber y humanidad dió su vida por salvar á una mujer para él desconocida, mostrándose sublime de valor y abnegacion, en ese conflicto supremo, se haya querido enaltecer una accion que no sale del órden regular y que solo respondió á las prescripciones, del deber mas estricto.

Perdònesenos esta digresion y sèanos permitido continuar.

El último cargo que se ha hecho á Bossi, es el de que, advertido por los pasageros de que creian percibir señales de fuego en el humo que notaban y en la atmósfera que se respiraba, prestó poca atencion á esa advertencia, limitándose á preguntar al maquinista si habia fuego en el departamento de la máquina de donde se suponia que salia el humo y provenia el holor.

Bossi ha sostenido, invocando el testimonio de los señores Pondal, Garay y otros, que bajó á la màquina é inquiriò con insistencia si habia en ese departamentp algo que indujese la presencia del fuego y volvió arriba íntimamente persuadido de que nada habia.

Es posible que no hubiera por parte de Bossi toda la prolija insistencia que el caso demandaba, como es probable que á haberla habido hubiera sido posible dominar el incendio antes de estallar, ó salvar al menos á los pasageros y tripulacion, por el conocimiento anticipado que se habria adquirido de la inminencia del peligro.

Pero à nuestro juicio, eso solo probaria, que Bossi estuvo mal inspírado y que no desplegó todo el celo è inteligencia que el caso demandaba, pero jamás daria mérito á las acusaciones que se le han hecho y á los insultos que se le han prodigado.

La desgracia persigue à Bossi en todo ese luctuoso suceso, y se muestra aun con caràcteres mas cargados en el momento supremo del conflicto que entregó el buque à las llamas y à los pasageros à las olas, sin que su personalidad, culminante por el rol que desempeñaba en aquel cuadro desesperante, se exhibiese con vigor y gallardia para imponer obediencia, para infundir valor y para hacer lo que cupiese en el esfuerzo humano, en lucha desesperada contra los elementos mortíferos desbordados é implacables.

Que prensa !

(«Unitá Italiana» 28 de diciembre de 1871)

Levatevi dal viso i duri veli.

Dante.

En este desgraciado asunto del incendio del vapor *Amèrica* contra nuestra voluntad nos vemos obligados à callarnos sobre las apreciaciones tratándose del Director de este diarío individualmente, y por evitar la idea de preferencia, y predisposicion favorable nosotros callamos por en cuanto, pero reservàndonos el derecho de descargar toda nuestra justa indignacion sobre aquellos, que en este caso hubiesen querido abusar de la desgracia agena.

No hablaremos por tanto ni de las causas del incendio, ni de la conducta del comandante Bossi, pero considerando entretanto la prensa de este país como se portó en tan delicada circunstancia, le juzgaremos sin embaje á estos apóstoles del progreso humano.

No! es preciso cubrirse con las dos manos la cara y esclamar indignados: Vergüenza!

La mision suprema, ùnica y noble de la prensa es de propagar las santas doctrinas de fraternidad y de amor, de censurar el vicio è indicar la reparacion.

Su objeto precípuo es publicar la verdad, asociar los pueblos á las mismas ideas de libertad è independencia, manifestar la opinion pùblica de un país para que se pueda juzgar del grado de civilizacion en que se encuentra.

Y bien quién desea saber como llena su mision las pèrfidas insinuaciones y las repugnantes apreciaciones de los diarios *La Tribuna, Paz, Revolucion, Prensa, Hijo de la Paz*, y *Ferro-Carril.* con motivo de la ùltima catàstrofe ?

El mundo marcha; utopías señores—si hay progreso, esiste solamente en detrimento de la moral y de la sociedad, esta marcha pero perfecionàndose cada dia mas en el egoismo, en las ciegas pasiones, en los ódios y en la destruccion del órden y del corazon humano en los mas nobles sentimientos.

Apenas se supo la desgracia acaecida al vapor *América* los enemi-

gos del capitan Bossi que son muchos, declarados por la envidia y por la maledicencia de gentes abituadas à hallar todo malo, naturalmente les llegó la ocasion para ellos bellísima, de donde sacar argumento para calumniarlo y vilipendiarlo; no es estraño que el vulgo, la plebe, los mas, creyesen á aquellas voces; (si verdaderas ó falsas, por ahora no *queremos* decir) pero que la prensa cuyo requisito es de ser sèria, pero seriisima cuando se trata de cosas de tanta importancia, se pusiese á repetir aquellas voces ventiladas en los bodegones, y que solo pueden hallar eco en la plebe, esto es impropio, es repugnante.

Hay quien dice que Bossi està preso en el fuerte de S. Josè, y quien repite que lo està à bordo de una fragata italiana.

Hubo hasta quien anunció que Bossi se habia escondido á bordo del vapor *Etna* mientras que esta fragata està hoy en Gibraltar.

Muchos dicen, que ha de estar muy preocupado Bossi, pues pesan sobre su conciencia tantas victimas, y otros se limitan á decir un *quien sabe* místico porque Bossi tenia sus intereses à borbo del *Amèrica*....

Y esos diceres son una cobardia porque nos consta de que de todos los accionistas solo Bossi no habia asegurado las suyas que pasan de 25,000 pesos.

Y sin embargo todas esas voces ridiculas las repiten en coro ciertos diarios inspirados por la pasion y la manifiesta parcialidad.

¡ Algunas veces pensando, como es fàcil, que algunos publicistas vendan su conciencia, temblamos por la gente honesta !

La Paz de ayer escribia: Bossi está preso en el Fuerte de S. Josè; y Bosssi estaba en su cama afligido por sus amarguras y por el cinismo de sus enemigos.... Pobre prensa!

En medio de la furia de las pasiones desencadenadas contra el capitan Bossi, y repetidas con inesplicable animosidad y culpable ligereza por la prensa, es sobremanera digna de elogio la reserva prudente del *Siglo* que se limitó à publicar todo lo que se ha dicho sobre la terrible desgracia del 24, sin acusar preventivamente al Sr. Bossi y sin tampoco defenderle.

Conducta verdaderamente imparcial y justa, que siguió tambien el diario *Los Debates*.

Que contraste ! entre esta reserva y la ligereza de los otros cólegas, que sin exàmen, y no creyendo sino al resentimiento de los pasageros mal prevenidos y de implacables enemigos, maldicieron à un hombre

relegado en el lecho del dolor, sin respeto para sus antecedentes como valeroso y esperto marino.

Es triste el pensar que un acontecimiento imprevisto pueda esponer un hombre à que se le niegue la gloria que por treinta y tres años se le prodigó en todos sentidos.

Es doloroso ver à *La Tribuna*, que antes no tenia mas que elogios para el vapor *Amèrica*, su Comandante y el órden que èl mantenia à bordo y que ahora venga censurando aquella disciplina. ¿Por què el honorable còlega es tan inconsecuente, y mas ahora que agrava y perjudica à la situacion de un hombre sobre quien estàn hoy fijas todas las miradas?

Es dificil contener la indignacion que provoca una conducta tan parcial y tan injusta contra el Capitan Bossi; que ha hecho todo lo que humanamente se podia antes y despues de la tremenda catástrofe que arrebató à tantos infelices la vida y à él la fortuna.

Se esplica muy facilmente la exaltacion de las masas que sienten mucho pero que piensan poco.

Pero la prensa no debe ser un dócil instrumento de aquella exaltacion, que puede ser, como en el caso presente, alimentada por los muchos enemigos que Bossi tuvo desde el dia en que su vapor adquirió la supremacia sobre todos los del Rio de la Plata.

No pretendemos seguramente, que la prensa absuelva al Comandante del vapor *Amèrica* de aquella parte que pueda imputársele en la catástrofe del 24.

Seria una pretension injusta y ridícula. Pero la prensa como el Juez en el Tribunal, tiene el deber sagrado de suponer la inocencia y no la culpa en los acusados, y solo despues de un acto prolijo è imparcial juicio puede condenarlos.

Bossi y la prensa Bonaerense

No decir nada de la catástrofe del *Amèrica*, es imposible: es á la órden del dia, sobre todos los diarios y en todas las conversaciones públicas y privadas de esta como de la vecina Repùblica.

No queremos ni defender ni menos atacar al Sr. Bossi, y eso no por miedo ni por astio; — sentimientos que no conocemos — pero por conciencia.

Y es la verdad.

¿Quién sino un marino puede rectamente juzgar la conducta del Comandante Bossi en el desagradable asunto del incendio del *Amèrica*? Todos hablan bien ó mal de este asunto, pero ¿quién fuè que lo hizo como se debe sino el Sr. Rhol, el ùnico *marino* que hasta ahora se ha ocupado de este lastimoso incidente?

Y bien:

Compàrense las *observaciones* del Sr. Rhol con las *insolencias* de los Sres. Billinghurst, Beccar, Burmeister y otros, y se verà que otro aspecto toma la cuestion.

Nosotros fuimos los primeros en hacer una tal comparacion, y deducimos la siguiente conviccion que:

No es la opinion pública sino la de un consejo de HOMBRES MARINOS que ha de declarar, si el Comandante Bossi ha de ser absuelto ò condenado.

Eso es natural, y nos consta que el mismo Comandante Bossi, convencido de esta verdad insistió para que se procediese à un juicio de hombres competentes (es decir, de marinos) que lo juzgasen con escrupulosidad.

Hace perfectamente el Sr. Bossi: este es el ÚNICO camino que ha de seguir y ha de insistir hasta que este juicio se verifique.

Quien ha de juzgarlo, la autoridad oriental, la argentina ó la italiana.

Esta es una cuestion de derecho internacional que la resolverà quien debe. Para nosotros, para el público y sobre todo para el Sr. Bossi, lo importante es que se le juzgue. »

Y en otro lugar dice el mismo diario:

Hè aquí lo que se lee en el *Nacional* de Buenos Aires fecha 5 del corriente:

« Hemos recebido dos articulos del señor Bossi, uno enzalzandose y el otro contestando al Sr. Beccar, que no los publicamos porque no queremos que las columnas de *El Nacional* sirvan para defender al Sr. Bossi de los justos ataques que le han dirigido. (1)

Cada vez mas el capitan del *Amèrica* và subiendo de tono ahora es èl el que acusa y los desgraciados pasageros son las victimas de su estremada osadia.

(1) Dejo al lector los comentarios — Rosas era un àngel al lado de estos nuevos liberales!

El Sr. Bossi, á fuerzà do escribir y desmentir los hecho con la mayor insolencia està estraviando la opinion en Montevideo, hasta el punto de que ya hay algunos diarios que lo defienden.

En estos paises mas que en ninguna otra parte todo se olvida, ¡ cuantos asesinos famosos del tiempo de Rosas y que contribuyeron á hacer mas sangrienta la época de la tirania, estan hoy gozando de distinciones ! Así es que no seria muy dificil que el Sr. Bossi volviera nuevamente á conducír pasageros en nuestros rios.

Pero en fin el pecado se paga con la penitencia; los que viagen con Bossi están mas espuestos en llegar al otro mundo que al punto donde quieran trasladarse. »

Ahora nosotros preguntamos à nuestros lectores:

¿ Puede llevarse mas allá aun el ódio personal?

Rehusar sus propias columnas al Sr. Bossi, negarle hasta el derecho de defensa, ese derecho que en un pais ilustrado no se niega al mas infame asesino, que la Italia no negò à un Boggia, que la Francia no ha rehusado à Troppman. Y es, por Dios, un diario que se supone republicano el que le niega tal derecho à un acusado, y à un acusado como el Sr. Bossi, que en treinta y tres años de carrera marítima probó su competencia en el hàbil mando de un buque? Y el *Nacional* pretenderà desde hoy aspirar à la fama de diario imparcial, recto, desinteresado?

....

(*Unità Italiana* N.° 177—9 de Enero de 1872.)

Esposicion del Sr. A. Rhol y contestacion de Bossi (1)

« Buenos Aires, Diciembre 27 de 1871.

« *Sr. D. Manuel Bilbao.*

« MI QUERIDO AMIGO:

« Embarcándonos el sàbado á la tarde, á la hora de costumbre, fuimos recibidos á bordo del palacio flotante vapor *Amèrica*. El tiempo sereno, y sin el menor anuncio de mal tiempo, nos prometia un feliz y cómodo viaje. Habia elejido este vapor por la comodidad que presentaba para viajar con familia, sin desconocer que el casi ùnico peligro real era algun incendio que pudiera declararse á bordo. Estas ideas comuniquè á mi señora y à otros amigos que viajaban con nosotros.

Veinte minutos ò media hora antes que el *América*, partió el *Villa del Salto*, con igual destino del primero, y nos llevó de consiguiente una distancia de ventaja, que consiguió conservar hasta cerca de la una de la madrugada, hora en que disminuyendo la presion de vapor, fué à media fuerza permitiendo que pasara el *Amèrica* adelante, quedando el *Villa* à retaguardia.

La comida abundante que se sirviò, la urbanidad del Capitan Bossi con las señoras y el órden que reinaba à bordo, y que Bossi cuida, no era alterado en lo mas mínimo, con un rigor como lo desplegára un comandante à bordo de una fragata de guerra. Todo fué admirable y es digno del mayor elogio.

Los ciento (segun Bossi) pasageros de primera clase, se perdian en los espaciosos salones del vapor, se formaban algunos pequeños grupos, sonò el piano unas cuantas veces, pero no hubo alegria general, y à las 12 reinaba un silencio profundo, habièndose recogido la mayor parte de los pasageros à decansar un rato, sabiendo que tenian que madrugar para desembarcar en Montevideo.

(1) Esta esposicion y contestacion debian ir en la seccion de las otras, pero no habiendo podido obtener antes los diarios en que fueron publicadas, las reproducimos aquí.

Antiguo marino, observo casi siempre la costumbre de inspeccionar el buque en el que por priméra vez viajo. Así lo hice en esta ocasion. Habia acomodado à mi familia, y me fuí á visitar el buque en todas sus partes donde fuese admitido.

El primer ingeniero nativo de los Estados Unidos, me invitó à inspeccionar la màquina. Reconocí en esta persona, un jóven amable, é inteligente, pero comprendí en el curso de nuestra conversacion que la ó las calderas estuviesen ya algo deterioradas, y la presion de vapor con que se trabajaba en aquel instante (30 lib.) era precisamente todo lo que con prudencia podria emplearse. — Fuè una razon que me hizo desistir de bajar hasta el lugar donde se alimentan los fuegos de las hornallas. — Me despedí del ingeniero y fuí á la proa à donde está el timon y el lugar del oficial de guardia adonde se dirigen las maniobras, se hacen la navegàcion, sondas, etc. etc.— Pronto entablé una conversacion con el Capitan Bossi que dirigia la navegacion, conocí que es marino acostumbrado à mandar, pero algo altivo, de aquellos caracteres que no admiten consejos de nadie. Comprendí que navegábamos sin practico, y probablemente sin un buen segundo, reuniendo el Capitan Bossi en su persona todos estos empleos. — Estuve con el capitan hasta cerca de la una, y observàndole que el *Villa del Salto* quedaba siempre á la misma distancia, me dijo: — De todos modos pasaremos á aquel vapor y entraremos antes á Montevideo, sin que por eso altere la marcha de mis maquinas ò gaste una libra de carbon mas de costumbre, al contrario lo que hago es hacer gastar carbon al *Villa* inutilmente. — Yo dije entre mi: « Sí, no alteras su marcha porque conoces demasiado bien el estado de las calderas (1).» Sin embargo aplaudí en mi interior la prudencia del capitan que no comprometia su buque y la vida de tantas personas abordo, por el deseo pueril de mostrar la superioridad de su vapor.

Pero despues me retiré, fuí à la cabina que figuraba abordo con las iniciales A B, que tuve con mi familia, y me recostè un rato. — No habia tomado sueño aun, cuano sentí un ruido de faroles y vidrios que se quebraban y 10 ó 15 segundos despues paró la máquina y las ruedas cesaron de dar vuelta. — Casi siempre los que duermen abordo de un

(1) El señor Rohl sabia mas que yo siendo el comandante y principal accionista; seguramente el maquinista engañó á uno de los dos — con todo, la presion no pasó de 30 ℔ — pudiendo elevarla hasta 40 y 45, como varias veces lo hicieron los maquinistas sin mis órdenes por apuestas en tierra — lo que me obligaba observar constantemente el indicador.

vapor en marcha se despiertan conforme para la máquina. — Así fué en esta ocacion.

Voces por todas partes, de entre los pasageros. ¿ Que hay Dios mio? ¡ ¡ ha barado el vapor ¡¡ Fuego ! ! ¿ por què no marchamos ? y otras esclamaciones.

— Dos palabras mias á mi familía bastaron para aquietarla y se quedó acostada aunque despierta.

Pasaron así tres minutos. Apercibí voces de mando, correr en la cubierta y volviendo à andar la màquina, comprendí que algo estraordinario debia succeder abordo.

Me vestí y junto comigo mi señora y todos mis hijos, los que no hacian mas que observar mis acciones para hacer lo mismo. « Aguardenme, ahora vuelvo » fueron mis palabras, y salí fuera de la cabina. Encontré un sirviente ó al Comisario, no recuerdo esactamente. ¿ Què hay ? pregunté. Nada señor me contestó ha habido esplósion y descompostura de máquina, no podremos proseguir. En este instante mirando por estribor observè al *Villa del Salto* que venia cerca de nosotros, al parecer rumbeando para ponerse al costado nuestro.

Por el instante volví á la cabina y espliquè à los niños lo ocurrido, para que no se alterasen y que iba llegando el vapor *Villa del Salto*.

Pasaban asì dos ó tres minutos mas cuando no oyendo voces de mando y maniobras que son de órden cuando atraca un buque al costado me fuí á proa, en momentos que el capitan Bossi ordenaba y vigilaba la maniobra, en sí fácil, de largar el ancla; pero tropezó con algunas dificultades que èl mismos tuvo que vencer.

Este hecho me hizo conocer que viajaba sin un buen segundo ó contramaestre, pues á estos y no al capitan correspondia este trabajo. Así fuè que el capitan no pudo estar en todas partes y por vigilar á una maniobra que pueda confiarse à cualquier buen marinero, perdió un tiempo precioso y no supo lo que sucedia en otras partes de su buque, donde su presencia era mucho mas necesaria. Miré el reloj; faltaban 15 minutos para las 2 de la mañana y el *Villa del Salto* ya se habia alejado sin haber observado nuestras dos luces, que una encima de la otra habia hecho izar el capitan en el palo de proa que sirve tambien como astabandera, y que indican en el idioma de señales, que una embarcacion pide auxilio.

Estas dos luces las ví yo y repito que se habian izado, desde que ha habido personas que han dudado que tal señal se hubiera hecho. Pero

cohetes de luz azul, cañonazos, tocar la campana á toda fuerza, en fin, porcion de medios que se emplean para llamar la atencion de otro buque, sobre todo, sabiendo que no estaba lejos todavia de nosotros, nada de esto se ha empleado, à lo menos yo ni los he visto ni oido. Fué quizá porque Bossi se creyó siempre dueño de la posicion, y no le importaban mucho los auxilios prestados por una especie de antagonista, que en cierto sentido lo era el *Villa del Salto.* (1)

Desde que no se permitió à nadie acercarse á la màquina, no pude llegar à saber el verdadero estado de aquella, ni quienes se hubiesen quemado, y si las heridas eran de gravedad. Observamos confusion bastantes y personas auxiliadas por otras como si curasen heridas ó quemaduras—pero fuera de un cierto olor de aceite que se mezclaba con el vapor, no apercímos humo ni fuego. Apesar de varias aserciones de personas que aseguraban que el vapor ardia, me encojí de hombros, y los tranquilizè. Me parecia imposible que con un capitan è ingeniero á bordo, tiempo de calma y hombres bastantes á su disposicion, podia quemarse el vapor, sin hacer siquiera un esfuerzo para dominar el fuego, y sin prevenir á los pasageros el peligro oficialmente. Por desgracia no ha sido así; lo que á mí me parecia imposible, sucedió, y de ahí es que tenemos que deplorar tantas víctimas, que con un poco de tino se hubieran salvado perfectamente y con facilidad.

No quiero acriminar al capitan Bossi, tengo la casi seguridad que él mismo ignoraba que tal incendio habia à bordo—Pero en mi opinion ahí está el punto vulnerable de la conducta de Bossi.—El debia saberlo. El no debia ignorarlo. El era el gefe de Policia qué teniamos á bórdo, y en quien descansaban y fiaban todos los pasageros.—¿Qué hizo Bossi? qué llamaba su atencion desde las 2 menos 15 minutos que el ancla estaba en el fondo, hasta las 2 1|2 que se declarò el fuego?—¿ Fuè Bossi el que mando arriar el único boté de servicio, dando lugar á que unos cuantos foguistas y aceitistas se salvaran, ò se fueron estos hombres por su propria cuenta, estando mejor enterado de los sucesos abordo sabian ellos que quizà una mano criminal y vengativa habia originado el fuego?—Lo positivo es que Bossi ignoraba todo esò y de consiguiente inhabilitó á todo el mundo de salvarse—Repito una vez mas: Yo por mi parte declaro que no debía haberse perdido una sola alma á bordo, desde que hubo material para salvar 500 personas con suma

(1) Ya espliquè que no habia à bordo cañones ni cohetes; ademàs, ningun peligro habia en el momento de la rotura del tubo.

facilidad. Bossi es un ignorante en cuanto à la construccion de su buque, si no sabia que una vez declarado el incendio en toda regla, no habia poder humano para apagar y dominarlo. (1)

Sigo mi narracion: Seria cerca de las 2 1|2, estando con mi señora y observando por una vidriera el movimiento de la gente cerca de la máquina, cuando pasó mi amigo B. corriendo à mi lado, diciéndome: «Rohl! el vapor se quema!; y se perdió de vista corriendo à su camarote.— Imediatamente despues vì humo y fuego, y tomè mis medidas para salvacion de mi familia. — La cadena de circunstancias con la cual la Providencia me favoreció, la sangre fria de mi señora que estaba resignada à morir, la obediencia de mis muchachos son ya del dominio público.

Despues del Todo Poderoso debo yo y todos los salvados dar las gracias al intrepido marino Moorse y toda su oficialidad y tripulacion, (2) que hicieron esfuerzos sobrehumanos para salvar à cuantos pudieron. La recepcion de mi familia y de todos los demas nàufragos por parte de los pasageros del *Villa* ha sido igualmente admirable y no puedo espresar mi gratitud con palabras. De la magnànima poblacion de Montevideo, no digo nada; creo me hubieran dado toda la ciudad si la hubiera pedido. Lo mismo querido Bilbao, tengo que decir de nuestros porteños, á quienes à todos les doy las gracias y un apreton de manos en nombre de mi familia,igualmente agradezco á *La Tribuna* y demàs diarios, los que con mas ó menos pequeñas, variaciones, se han ocupado de la salvacion de todos nosotros, lo cual sin el auxilio casi visible de Dios, no hubiese logrado apesar de toda mi sangre fria y presencia de ànimo.

Estuvimos tres horas en el agua, salvàndose mi señora è hijos quedando yo en el rio otra media hora. Lisandro Billinghurst, Martinez y y yo fuimos creo los ùltimos recojidos.

Lo que puede haber originado el fuego son segun mi opinion, dos causas; la primera ya la dije, que una mano criminal prendiese fuego al buque por venganza. desde que el capitan no ignoraba el estado de

(1) Demasiado lo sabia, por eso me hize de tantos enemigos, por querer evitar lo que desgraciadamente sucedió.

(2) La intrepidèz del Capitan Moorse, que el Sr. Rohl le dá, bien se comprende es un momento de espansion perdonable de su parte. — Porquè el Capitan Moorse no hizo mas que lo que hubiera hecho el mas insignificante marino, y talvez otro hubiera salvado á todos.

las calderas y tubos que sin embargo forzó la máquina como muchos se habrán supuesto, y fueron así quemados algunos del servicio.

La segunda, que la esplosion de la caldera hizo apagar los fuegos, de una ó dos hornallas, quedando los otros fuegos prendidos, los que poniendo en estado candente la caldera, esta comunicó el fuego al buque.

Una vez mas las gracias por todo. Adios.

Su amigo

AUGUSTO ROHL.

Piezas para el proceso del Comandante Bossi

Sr. D. Augusto Rohl.

Muy señor mio:

V. es el que ocupandosé de la catàstrofe del vapor *Amèrica*, pone la cuestion en el terreno que nos conducirà al descubrimiennto de la verdad despojado de la pasion y con esa severidad que hace su mayor elogio; su raciocinio frio è imparcial, viene á dar una severa leccion á los que solo emplearon el insulto como si este fuera suficiente argumento para provar las imprevisiones de que se me hace cargo.

Los cargos que vd. me hace espero provarle que no los he merecido; vd. es un hombre del arte, con sobrada inteligencia para que pretenda engañarlo.

Empezarè por decirle à vd. Sr. Rohl, y convendrá conmigo que en la navegacion moderna à vapor debiera ser obligatorio á los capitanes el tener estudios de maquinaria, para no estar á merced de un foguista ó pèsimo operario transformado mas de una vez en maquinista: esa ignorancia de los capitanes los coloca á la voluntad del último empleado en la máquina, y siendo èl responsable, está à la merced de todos ellos.

Mi primer maquinista lo creo un jòven inteligente porque estaba empleado en el establecimiento donde se construyó la máquina del *Amèrica*, el director me lo recomendó como muy capàz pero advirtièn-

dome que le faltaba la prática; cuando salí de los Estados Unidos, traje un maquinista de primér órden contratado por un año. Este jóven veniade primér aceitero, acabado su contrato del primer máquinista se volvió á su patria; al despedirse de mí, me dijo: que debia dar la preferencia à este: con todo solo le dí el cargo de segundo para que continara haciendo la pratica, pero habiéndose dado á la bebida el primero, le dì su plaza y desde entonces siguió hasta el malhadado momento de la desrgacia.

Solo una vez pude tener un segundo maquinista muy capáz, de nacion norte-Américano que habia estado de primero en el vapor nacio nal *Montevideo*; este hace al algunas meses que se despidió para irse á Inglaterra, segun me dijeron à dirigir la construccion de un vapor.

Cuando ví al segundo que lo habia remplazado yo no se por que fatal presentimiento exigí del primero que lo despidiera, mas este, como todos los primeros maquinistas que no consienten de los capitanes intervengan en la nòmina de sus empleados me contestó, que al despedir à su segundo se iria èl tambien; como yo he tenido la creencia que esta clase de màquina solo los amèricanos podrian manejarlas con maestría, cedí y seguí sufriendo la tortura de tener un hombre contra mi voluntad, lo que èl no ignoraba.

El priméro tenia de costumbre hacer su cuarto hasta las I2 y generalmente la presion que conservaba era de 30 libras; al entregar el cuarto al segundo le órdenaba disminuir la presion poco á poco segun la distancia del puerto de nuestro destino, ó la aumentaba à fin de llegar á la hora que yo señalaba que generalmente era al amanecer así en verano como en invierno.

Esa desgraciada noche, entretenido con los pasageros, ni un sola vez me acerquè a la maquina y solo de cuando en cuando miraba por los cristales desde arriba la cantidad de presion, costumbre que habia tomado hacia tiempo, porquè una vez allé (1) que el indicador señalaba 45 libras, cosa que me habia sorprendido y que creia era una mala intencion del segundo maquinista, á los pocos dias ese mismo rompió la vàlbula del condensador; entonces el primer maquinista comprendió que debia despedirlo y así lo hizo.

Hechas estas observaciones, paso à contestar los puntos mas principales de su carta, vd. dice: *que si nó alteraba mi marcha era porquè conocia el estado de las calderas*; es un error Sr. Rohl, yo no alteraba la

(1) Hacia algunos meses de este hecho.

marcha del vapor *América*, porque despues de tres años de continuos viages, conocia la presion que se necesitaba para cada uno de los vapores de la carrera, 30 libras sobraban para pasar al *Villa.* aunque jamas me preocupaba de tal cosa; cuando vd. me habló, el *Villa del Salto* nos quedaba ya à la mitad de la distancia que guardábamos, cuando salimos de Buenos Aires.

Todos los viages succedia lo mismo; salia antes y llegaba despues, sin que nosotros saliéramos de nuestra marcha regular. Vd. comprenderà que un vapor que podia andar hasta 18 millas por hora, no forzaba su máquina andando 12 y con la bajante en favor; tambien debe vd. comprender que calderas de tres años no podian estar en un estado tal, que no pudieran sufrir 30 ó 35 libras de vapor, cuando mas de una vez al principio, para establecer la superioridad de la marcha llèvabamos la presion hasta 45. Vd. ha visto señaladas 30 libras; yo nò he visto mas tampoco; esos diceres de que yo le ordené al maquinista de forzar, vd. los rechazará como hombre competente en la materia, porquè para el *Villa* no habia necesidad de gastar una libra de carbon mas; si se hubiera tratado del *Uruguay* ò del *Saturno*, podria haberse admitido esa supuesta órden de forzar la màquina, cosa que yo nunca hubiera hecho porque quien como yo tenia su dinero en la prenda, su vida, su honra, su porvenir y tantos pasageros de que yo era responsable, no iba á esponerlo todo por un placer frivolo, que mas de un vez me lo habia dado cuando empezó à navegar el *Amèrica* en esta carrera.

La causa porque hubo esplosion de un tubo ó tubos, vd. no la trata, porque supone la esplosion de las calderas, lo que no ha existido; pues yo en el acto que vi la rotura supuse un descuido del segundo màquinista de no haber alimentado dicha caldera con el agua necesaria,y lo que mas me afirmó en esa persuacion fuè la cantidad de barro que encontrè en la máquina, como lo han presenciado varios pasageros, entre ellos el Sr. Pondal.

Tambien estâ vd. en un error al decir que no pudo ir á la màquina porque todas las puertas estaban cerradas: fueron tantas las personas, que me ví en la necesidad de dar órden de cerrar para hacer la limpieza, temiendo me llevasen el barro à las alfombras; esto de por sí solo probaria la tranquilidad de mi espíritu y que no pasaba por mi mente ni la mas remota idea de un peligro.

En el acto de la rotura del tubo, cuando me presentè y acababa en ese mismo instante de dejar á los Sres. Pondal y Garay en sus camas,

noté la falta del segundo maquinista estando de cuarto; al hacerle cargo al primero, al que hallè con una mano quemada, de que el segundo era la causa, trató de defenderlo, diciéndome que èl se encontraba en la màquina; pero me ocultó, como supe despues, que habia tenido un altercado con el segundo, y que instantáneamente habia ordenado abrir los fuegos en ese mismo momento que daba la órden, hubo la esplosion del tubo; lo que no pude saber es, si el altercado fuè debido à la mucha presion, ò à la falta de agua en la caldera; inútilmente me empeñé en arrancarle al primer maquinista esa confesion; obstinados en no contestarme, tuve que quedarme con la curtosidad de saber el orígen de dicha rotura. El segundo maquinista no lo vì mas, creo que oyó mi justo enojo y seguramente se escondió. Viendo que el primero no mandaba apagar los fuegos, le preguntè si podriamos seguir hasta Montevideo con una caldera; me contestó negativamente, cosa inesplicable, cuando mas de una vez en las largas noches del invierno habíamos marchado con una sola caldera. En fin, siendo los maquinista absolutos en la direccion de la màquina, tuve que conformarme y decirle «haga usted apagar los fuegos», me pidió algunos marineros para la operacion, los que en el acto estuvieron á su disposicion; antes de retirarme volví à prevenirle que observara si habia alguna otra novedad en la màquina, à lo que me contestó que nada absolutamente; subí al castillo de proa para dar algunas disposiciones: en ese momento se venia aproximando el *Villa del Salto* y contaba con que vièndonos rodeados de una inmensa cantidad de vapor escapado por varios conductos, que se repartia en distintas direcciones del casco, y la columna que despedian la vàlbula y chimenea, fuera mas que suficiente indicio de una catástrofe; con todo, estando el *Villa del Salto*, al costado, fuí al silvato pero no habiendo presion en las calderas fué enl vano; entónces ordené izar dos faroles como vd. ha visto: yo no tenia otros medios à la mano ni á bordo. Segun veo, el Sr. Larrain y otros tomaron el cabrestante por cañon hacièndome cargos porque no me serví deèl. (1)

Aclaremos; el *Amèrica* no tenia ni nunca tuvo cañon ni fusiles, por desgracia, ni rewolvers; el *Amèrica* no tenia cohetes ni fuegos de bengala, como creo que nadie tiene en esta navegacion; por consiguiente

(1) Tan fundados como estos fueron los cargos que se me hicieron, y parece increible que personas de buen sentido les dieran crèdito.

creo haberle esplicado suficientemente, Sr. Rohl, los motivos del porquè no empleé esos medios.

Es muy positivo lo que Vd. dice, que el *Villa del Salto* venia con rumbo à nosotros, y tan es así, que me pareció verle orzar un tanto al S. E. para evitarnos. Si su comandante hubiera estado sobre cubierta, como hombre marino y que debe conocer sus deberes, estoy mas que persuadido que hubiera venido al costado à indagar lo que nos pasaba, pero teniendo pràctico, no es estraño que estuviera recostado: el vaqueano ó pràctico de cuarto, quién sabe en ese momento à donde se hallaba y el timonel porque no dió aviso; el caso es, que no prestaron atencion aun hallándonos por delante de su proa, ni notaron la inmensa nube de vapor que cubria al *Amèrica* y menos los dos faroles que Vd. ha visto. Triste fatalidad ! si no despierta ese señor Arístides Capuano abordo del *Villa del Salto* hoy nos contaríamos todos entre las victimas.

Yo ordenè se fondease el ancla despues que pasó el *Villa del Salto*, porque perdí la esperanza de que volviera; no lo habia ordenado antes, por estar mas pronto à darle un calabrote y pedirle me diera un remolque hasta Montevdeo.

Entonces fuè que quince ó veinte pasageros que se hallabaan á proa incluso el Sr. Garay, indignados por no haberse parado el *Villa del Salto*, querian formular una protesta contra ese indebido proceder, apelo à esos señores pasageros y sobre todo al Sr. Garay que llevaba la palabra: no sé, Sr. Rohl, à donde se hallaba Vd. en este momento.

Tambien apelo à los que viajaron constantemente en el *Amèrica* y digan con franqueza si me han oido alguna vez ocuparme de los otros vapores de la carrera; à mí me referian que en los otros vapores, el asunto constante en la mesa era de mi persona y del *Amèrica*; no me preocupaba de esto, así es que esta idea de antagonismo que vd. supone de mi parte, no exsistia señor Rohl, ni podia existir, porque como vapor creo no tenia competidor, y nada tenia yo que envidiarles à los demas capitanes.

Yo no mandè arriar el ùnico bote de servicio, es otro error de vd., Sr. Rohl, y se esplica, porque vd. no estaba presente cuando dí mis órdenes; el Sr. Sienra y Carranza, y otros las han oido; reunida instantàneamente la gente de servicio compuesta de un contramaestre, 7 marineros cinco mosos, — de la màquina no ví à nadie — al grito de incendio, dí la voz de silencio, cada uno á su puesto, contramaestre y marineros arriar los botes y dejarlos á los costados, los mozos à la bomba; ellos

todos obedecieron mi primera órden; pero como à bordo de un vapor como el *Amèrica* no hay un punto en que pueda colocarse el comandante para observar si sus òrdenes se ejecutan, no pude ver en el momento si cumplian con su deber. Lo primero que noté fué que la bomba no despedia agua, el hombre que tenia la manguera en la mano en ese momento me avisaba lo mismo; esta bomba estaba de proa; en el acto acudí para ver los motivos porquè no trabajaba, nadie se hallaba en su puesto, habian disparado; corro al costado de babor à ver si allì estaban y noto un gran número de individuos en ese bote de servicio que vd. cita, que se alejaban del costado del vapor; èsto me indignó tanto que sentí mucho en ese momento el no haber tenido una arma fuego para castigar aquellos miserables que faltando á mis órdenes abandonaban en el peligro á las señoras y niños salvándose ellos.

Vuelvo al costado de estribor para ver si habian echado al agua el bote salvavidas y al llegar allì sufro la última y la mas triste decepcion viendo tirarse al agua à los encargados de esa operacion. Debo advertir à Vd. que á la voz de incendio y al tomar esas disposiciones, se hallaban á la proa conmigo unos quince ó veinte pasageros, los que al grito de incendio dispararon todos à popa, no quedando uno solo conmigo: señor Rohl, si me acompañan siete ù ocho nadamas, hubieramos encontrado el medio de empujar un bote salva-vidas al agua.

Aquí me tiene vd. solo con un marinero que no sigue el ejemplo de los demàs, pero que el fuego y nuestra escasa fuerza nos rinden impotentes ¿ que hubiera vd. hecho en mi posicion ? Sea tan franco como se muestra en su relato.

Estàbamos divididos por la vorágine, señor Rohl, que aumentaba por segundos de un modo espantoso; vd à popa yo à proa; ocupàndose con esa serenidad y valor estoico de salvar à su familia y à eso debe vd. el tenerla viva; si hubiera habido unos cuantos Rohl, creo que nadie hubiera perecido. Pues yo tambien queria hacer algo por mi familia que eran todos los pasageros; no pudiendo ya pasar por el salon ni por arriba de la tolda, decidì pasar por mar, pero antes de dar este paso triplicàndose mis fuerzas por la desesperacion, arranquè puertas, ventanas, cajones y cuantos objetos podia disponer, arrojandolos al agua; á falta de botes les enviaba esos débiles objetos de salvacion; agotados esos recursos porque el fuego lo venia invadiendo todo, me arrojè al agua dirigièndome á la popa á donde presencié ese horrendo espectàculo que he descripto en mi manifiesto. Visto que nadie contestaba de mis em-

pleados á mi llamado, y que de nada podia servir allí, volví à la proa á ocupar mi puesto: una vez sobre el castillo de proa con mi solo marinero y un jóven pasagero de proa, aun tuvimos tiempo para arriar el ancla de babor para que pudieran asirse y descansar los nàufragos, y cuantos cabos habia en la proa se pusieron al costado; al concluir esta operacion, el fuego no nos dejaba mas espacio que el ángulo agudo de la proa, adonde ya no cabíamos; en ese momento fuè que oimos la voz de «un vapor viene» ¡ llegaba à tiempo. !

Sr. Rohl, yo no ignoraba que una vez incendiado el vapor no habia poder humano que lo apagara; el *Yí* y la *Porteña* nos habian dado una prueba incontestable.

Por eso, me hice de quinientos enemigos por mi severidad respecto al uso de los fòsforos y cigarros: vivia constantemente sobresaltado y á ese temor que me dominaba, debo que los quinientos enemigos se hayan transformado en mi desgracia en cincuenta mil, los que en lugar de hacerme justicia me atacan despiadadamente.

El orígen del fuego, Sr. Rohl, es misterioso; juro ante Dios que despues de la rotura visitè la máquina y no habia ni el mas leve indicio; el fuego apareció à proa de la màquina, paraje aislado á donde nada existía que pudiera incendiarse; un pequeño estampido fué el anuncio dejando olor à pólvora muy remarcable, y una inmensa llamarada que abrasó todo el ancho del buque se mostró instantàaea, y esta corria como si hubiera tenido conductores.

Vd. dice quien sabe si una mano criminal por venganza no es la causa etc., otros lo han dicho y lo dicen como vd.; y hay hasta quien casi lo afirma.

Se han visto dos hombre luchando para arrojar un bote al agua; uno de ellos tenia rewolver, pero segun parece no pudieron realizarlo....... pronto creo que se hará la luz y entonces tendrè que ocupar la atencion de vd. como hombre inteligente, verídico y del oficio.

Queda de vd. atento S. S.

B. BOSSI.

S|C Enero 2 de 1872.

Dos palabras mas del Señor Rohl.

De los *Debates* de Montevideo, transcribimos esta otra carta del Sr. Rohl, relativa al nàufragio en el *Amèrica*. (1)

Señor redactor de los *Debates*:

Viendo con gusto las alabanzas que se me hacen respecto à mi comportamiento en el vapor *Amèrica* y el corage que he desplegado para mi familia, dirè — que aun atribuyendo mucho á la divina providencia por los cordiales afectos que me ha dispensado, sino hubieran sido mis esfuerzos yo y mi familia hubieramos perecido, — pues personas hubo y en particular señoras, que poseidas solamente del miedo han perecido entre las llamas. Pero mis primeros afanes fueron el dar con unos salva vidas que habian en el vapor y colocárselos à mi familia, arrojando tablas al mar para que ellas se pudieran asir: — pues advierto que yo era el único de ella que sabia nadar, por lo cual he salvado à mas de diez personas. Declaro tambien con pesar que el que tuvo la culpa de la muerte de tantas personas, fué el indigno Bossi, el cual ni aun entre los mismos criminales tendrá perdon.

Bastan estas líneas para quedar claramento constatadas varias dudas despidièndome de vd. su afectisimo amigo y S.

S. Q. B. S. M.

AUGUSTO ROHL.

S|C Diciembre 28 de 1871.

Rectificacion.

El Sr. Rohl, con motivo de la publicacion en nuestro número anterior de una carta que lleva su firma al pié, y que habiamos transcripto de

(1) Fíjese el lector en esta carta, pues le servirá de norma para juzgar de los medios que emplearon para hacerme aparecer criminal y esta es una bagatela al lado de las esposiciones de los calumniadores Billinghurst, Castro, Larain Burmaiste- y otros.

los *Debates* de Montevideo, nos dirige las siguientes lineas diciendo que *no ha escrito ni enviádo tal carta.*

Creemos en la palabra del Sr. Rohl, y hacemos lugar à su desmentido, como lo pide ;pero al mismo tiempo debemos hacer notar que ese desmentido debe ir dirigido al diario Oriental citado.

Es costumbre universal establecida en la prensa, el transcribir todo aquello que se conceptùa de interes ò de oportunidad; y practicàndola hemos reproducido repetimos, la carta que apareció en *La Tribuna* de ayer, de *Los Debates* de Montevideo, núm. 148, correspondiente al dia 30 de Diciembre.

He aquí ahora el desmentido del Sr. Rohl.

Bolsa de Buenos Aires, Enero 3 de 1872.
4 1|2 de la tarde.

SEÑOR REDACTOR

En este momento avisado por unos amigos, acabo de leer en *La Tribuna* la transcripcion de una supuesta carta mia que ha aparecido en los *Débates* de Montevideo.

Ruego à vd. señor, dar publicidad à estas pocas líneas que solo escribo, para asegurar à vd. y à todas las personas que se interesen por la lamentable catàstrofe del *Amèrica que no he escrito ni enviado tal carta*.

Siento sobre manera que se haga uso indebidamente de mi nombre, esperando sea la primera y última vez.

Al ponerme à sus órdenes, Sr. Redactor, firmo como de costumbre.

AUGUSTO ROHL.

Decision Judicial en el asunto del «América»

Seños Editor del *Siglo*:

Tenga la bondad de insertar la siguiente declaracion del Fiscal y reselucion del Sr. Juez del Crimen, como ùltimo esclarecimiento à todo lo que se ha hecho, dicho y escrito contra mi persona, en la circunstancia fatal de mi desgracia.

B. BOSSI.

Sr. Juez L. del Crimen de la 1.ª *Seccion:*

El Fiscal del crímen usando de la vista conferida en la averiguacion sumaria instruida con motivo de la esplosion è incendio del vapor italiano *Amèrica*, respetuosamente dice : Que lo que al estado de esta causa corresponde, es sobreseer con calidad de por ahora y sin perjuicio de reabrirla, si nuevos datos y esclarecimientos pusieran à la autoridad en camino de llegar al esclarecimiento de la verdad.

Del testimonio de considerable nùmero de testigos que han depuesto, nada se deduce que pueda causar sospechas de criminalidad sobre persona determinada.

La esplosion de los tubos, son, á estar al testimonio de varios testigos, la consecuencia del mal estado de las calderas, *que eran muy viejas, dicen, y estaban remendadas.* (1)

El primer maquinista del *Amèrica*, esplicando la causa de la esplosion de los tubos flus, dice «que ha sido á consecuencia de algun defecto en el fierro de que estaban construidos, foj. 20 vta.

En cuanto al incendio que sucediò como quince minutos despues de la esplosion, las opiniones, que otra cosa no son las manifestadas por los testigos de este voluminoso espediente, se atribuye á diversas causas.

1ª. La incandescencia de las calderas por falta de inmediata alimentacion de agua, despues de producida la esplosion.

2ª. La intencion criminal por parte del segundo maquinista, que habia tenido algun desagrado con el Capitan.

3ª. La aproximacion de carbones encendidos arrojados por la esplosion sobre el casco del buque.

Tratàndose de meras opiniones, el Fiscal no hace mas que señalarlas y continuar, porque solo la de la segunda hipótesis daria mérito á un procedimiento criminal y à mas este sin probabilidades de llegar à ningun resultado, porque solo descansa en el testimonio de un testigo.

Sin embargo, la hipótesis mas racional, es la que esplica el incendio por las causas señaladas en los nùmeros 1 y 3, viniendo entonces á ser el resultado de la esplosion.

Hay quien atribuye al Capitan Bossi la responsabilidad de este

(1) Las calderas no podian estar viejas desde que solo tenia el vapor 3 años como es de pùblica notoriedad.

primer siniestro, porque ordenó se levantase vapor hasta 34 y 35 libras con la intencion de alcanzar al *Villa del Salto* que navegaba adelante.

El primer maquinista declara sobre este hecho (1) que niega Bossi, agregando con todo, el primero, que «en su opinion consideraba las calderas bastantes fuertes para llevar aquella presion, aun cuando en ello podia haber su riesgo.»

Esta hipótesis podia haber dado mérito à la inmediata continuacion de esta sumaria hasta averiguar si la esplosion fuè efecto del escesivo vapor que se levantó, pero este mismo testigo, como mas arriba se ha ha dicho, atribuye la rotura de los tubos «á algun defecto en el fierro de que estaban construidos »

Todo es así en este proceso desgraciado.

No hay dos testigos contestes, no yà en lo principal, pero ni aun en los mas ínfimos detalles del siniestro.

Con tales elementos ¿á quien acusar ? — ¿ á quien hacer respónsable de esta dolorosa catástrofe que vino à enlutar tantas y tan desgraciadas familias ?

Si el penoso deber del fiscal es apurar todos los medios legales de averiguaccion para descubrir à los culpables, ese deber està ampliamente cumplido.

TODOS LOS TESTIGOS RESIDENTES EN MONTEVIDEO HAN SIDO PROLIJA Y MINUCIOSAMENTE INTERROGADOS, Y AUNQUE MUCHOS DE ELLOS ATRIBUYEN LA RESPONSABILIDAD DE LA CATÁSTROFE AL CAPITAN BOSSI, NINGUNO OFRECE UNA PRUEBA, UN INDICIO, UNA DEMOSTRACION QUE AUTORIZARA UN PROCEDIMIENTO CRIMINAL, CONTRA UN HOMBRE HARTO DESGRACIADO YA.

Si el capitan Bossi es delincuente — lo que no resulta de autos — su castigo escapa á la justicia humana para quedar librado à ese eterno juez que se llama la conciencia, de cuyo no se eximen ni las intenciones de los hombres.

En lo que respecta á las precauciones tomadas para salvar los pasageros y tripulantes del «*Amèrica*» resulta haberse llamado al *Villa del Salto* por medio de faroles, no habiendo hecho otras señales, porque el incendio vino á incomunicar á los de proa con los de popa, tornando así imposible toda otra demostracion.

(1) Si esto fuera positivo el único responsable y criminal seria el 1° maquinista por haber llegado á una presion de que constituia un peligro, pues no hay poder humano que obligue á esponer la vida de tantas personas.— Es una disculpa que mereceria un proceso.

No ha podido determinarse con presicion la oportunidad ó momento en que empezaron las señales de auxilio, asegurando Bossi y otros testigos que se ejecutaron desde que comprendió que podia haber algun peligro, cuyo alcance no era posible sin embargo medir en aquel momento.

El Fiscal, à la altura á que ha llegado esta instruccion no encuentra mas temperamento adaptable que el que deja señalado en el exordio, sin perjuicio de la resolucion que V. S. crea deba adoptar. — Testado (y en el incendio que se succedió.) — No vale.

Montevideo, Agosto 27 de 1872.

VAZQUEZ.

Montevideo Setiembre 2 de 1872

Vista la resultancia de esta sumaria informacion y las razones manifestadas por el Sr. Fiscal en la vista que precede, sobresèese en esta causa con calidad de por ahora y sin perjuicio de reabrirla si nuevos datos pasaran al Juzgado en camino de llegar àl descubrimiento de la verdad, y archivese.

VILAZA.

La vista fiscal y resolucion del Juez Letrado del Crimen, que ahora publico como lo habia prometido, acabarà de probar toda la injusticia con que se me quizo fulminar.

El Fiscal declara en ella que todos los testigos residentes en Montevideo han sido prolija y minuciosamente interrogados, y que aunque muchos de ellos àtribuyen la responsablidad de la catástrofe al Capitan Bossi, *ninguno ofrece una prueba un indicio, una demostracion que autorizara un procedimiento criminal.*

Y como es tan tenàz la resolucion de algunos testigos de acusarme, el Fiscal agrega que si *alguna responsabilidad criminal he contraido ella escapa á la justicia humana, para quedar librado à ese juez eterno que se llama la conciencia, de cuya mirada no se escapan ni las intenciones de los hombres.*

En cuanto al primer tèrmino de la declaracion del Sr. Fiscal debo observar que para que el Sr. Fiscal haya llegado á esa terminante conclusion, no ha sido necesario que yo *desplegase mis labios, que esplicase mi conducta ni combatiese las acusaciones de mis gratuitos detractores.*

Es en presencia de las declaraciones de esos testigos, acusadores casi todos ellos, inhabiles para declarar, por la parcialidad y la saña con que me acusan desde el primer momento en publicaciones por la prensa, que el Fiscal ha venido à formular su opinion, y eso solo prueba hasta dónde eran absurdas esas acusaciones.

Quede constatado pues, que la autoridad judicial de este pais no ha encontrado siquiera *mérito para encausarme*, pues ni siquiera se ha creido que habia mèrito para entrar al verdadero juicio criminal y no me ha podido hacer figurar en el sumario indagatorio sino como uno de tantos testigos, como uno de tantos actores del horrible drama de la noche del 24 de Diciembre.

Y en cuanto al 2° término de la conclusion fiscal, observarè que he tenido que habèrmelas con un funcionario público sobre el cual no habia dejado de ejercer su influencia la atmósfera de antipatías, de prevenciones y de òdios que se consiguió formar respecto de mi persona, pues à no ser así no habria agregado esa alusion al tribunal de la conciencia, suponiendo que pueden haber habido faltas y crímenes quo escapan à la justicia humana, que en todo caso solo podrian tener su represion y su castigo en aquel severo trbunal.

Es notorio que en cuestiones de conciencia, los fiscales del infalible tribunal de los hombres nada tienen que ver, y es por lo menos una impertinencia que el Sr. Fiscal se haya permitido esa alusion.

En cuestiones de conciencia, cada uno es dueño de arreglarse con la suya; y en cuanto à la mia, nada tiene que envidiar ni en este ni en otro caso, no digo ya à mis gratuitos detractores, sino al mismo Fiscal del Crímen, no obstante toda la rectitud y la integridad que me honro en reconocerle.

En fin, de cualquier modo y apesar de ese y otros *lunares* que se observan en la vista Fiscal, *el hecho culminante es, que despues de haberse oido à todos los que han querido deponer contra mi en un juicio indagatorio que ha durado ocho meses,* ha sido forzoso reconocer, sin que yo haya pronunciado una sola palabra en mi defensa, *que no hay una prueba, ni una demostracion, ni un simple indicio que autoricen un procedimiento criminal contra el Capitan Bossi.*

Resulta, pues, que aun cuando se me hubiese negado el derecho de defenderme como lo pretendia *La Tribuna* de Buenos Aires, habria sido algo mas que absuelto, *se habria declarado que no habia mèrito ni para iniciar un juicio criminal á mí respecto.*

Por no prolongar mas este folleto, omito la publicacion de varios artículos publicados en el *Rosario, Chile y en esta,* que manifestaron su imparcial opinion en este doloroso suceso, lo mismo que un sin nùmero de declaraciones de personas que no influyó en su ánimo la grita de los que no buscaban un culpable sino una víctima, y espero que despues de todo lo publicado, la opinion pùblica juzgarà si tenia sobrada razon para indignarme y rechazar ataques tan villanos y calumniosos á mi honor y reputacion.

No contento con lo que pudiera resultar del sumario que el Juez competente en el pais levantaba, pedí se me reuniese un consejo de marinos para juzgarme, pero nadie quiso reconocer en mi un reo, y resultó que no encontrè ni jueces para juzgarme.

Pero como el buque que yo mandaba era italiano, mi gobierno pasó una órden al Consulado para que nombrara una Comision de Instructores, á fin de fallar sobre los hechos ocurridos y declarar si conocia en mi un acto que mereciese un proceso.

Fuè nombrada legalmente la Comision compuesta del Gefe y Oficiales de la Escuadra de guerra Italiana; fuí examinado, fueron examinados detalladamente los testigos y los pormenores del siniestro, nada se omitió por la digna Comision para llegar á conocer la verdad, y despues de un minucioso juicio, la Comision declarò: **que ni indicio de culpabilidad habia en la conducta del Comandante Bossi, que al contrario, habia cumplido con su deber, antes y durante la catastrofe.**

Este fué el informe pasado al Ministerio por esa Comision de marinos, cuya opinion yo respeto mas que todas, pues no podria reconocer en alguien la misma competencia, la misma pericia, la misma conciencia de causa.

¿ Quièn osaria desmentir una opinion tan autorizada y tan concienzuda ? Y para concluir, á todas esas opiniones favorables y contrarias, yo pondrè por sello la tranquilidad de mi conciencia de ese eterno è infalible juez, que sabe que mi alma, amargada por los injustos insultos, hoy perdonando à los enemigos, reboza de satisfaccion por la solucion de este juicio, y de gratitud para mis amigos que tanto contribuyeron à mitigar los sufrimientos de mi triste situacion.

B. BOSSI